

Selección RNR

# La geek y el highlander

ISABEL JENNER

Tecléame "Te quiero"  
Libro 1



Romance Histórico

# La geek y el highlander

## Libro I de Tecléame «Te quiero»

*Isabel Jenner*



1.ª edición: noviembre, 2017

© 2017, Isabel Jenner

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 9788490699102

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: [emicaurina@gmail.com](mailto:emicaurina@gmail.com)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Lola y Rocío,  
porque gracias a vuestro impulso y al entusiasmo que me transmitisteis  
pude comenzar esta maravillosa locura.*

*Y para mamá y para ti, Virginia,  
porque sin vosotras no habría sido capaz de llegar hasta el punto y final.  
Os quiero.*

# Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Agradecimientos

Nota de la autora

Próximamente, el libro II de Tecléame «Te quiero»...

# Promoción

# Introducción

¿Tienes curiosidad por saber cómo surgió esta novela?

Si es así, te pido que imagines que estás leyendo un libro acerca de épocas pasadas y que hay un móvil a tu lado que no deja de vibrar. Ahora, deberás sujetar el libro con una mano y estirar la otra hasta alcanzar el teléfono; tú corazón y atención divididos entre no perder el hilo de la historia que te ha cautivado y la curiosidad por revisar todas las notificaciones que aparecen en la pantalla.

¿Te ha pasado alguna vez?

Bien, entonces observa los dos objetos que sostienes entre tus dedos y pregúntate: «¿Qué ocurriría si...?»

Así es como comienzan la mayoría de las aventuras antes de ser escritas.

Así fue como surgió esta novela...

¿Qué ocurriría si en un libro de romance histórico los personajes tuvieran a su disposición *smartphones*, Internet y todas las nuevas tecnologías de las que disfrutamos en la actualidad, pero sin perder su forma de hablar o de comportarse? ¿Sin perder su esencia?

Lo que podría suceder se encuentra en las próximas páginas, y sus protagonistas están impacientes por arrancarte una sonrisa... ¿Me acompañas?

# Capítulo 1

*En una Escocia del siglo XVIII...*

La construcción de madera y techado de paja se alzaba con digna funcionalidad en un exuberante rincón de los Trossachs, la región que marcaba el inicio de las Tierras Altas de Escocia. Acogía en su interior seis tablas de recio roble sobre las que se habían dispuesto seis ordenadores de sobremesa y unos troncos tallados con modestia que hacían las veces de sillas para los usuarios. Ese día solo uno de los ordenadores estaba encendido, aunque se podían escuchar las voces de dos personas dentro de la edificación. Socarrona una, más profunda y enfadada la otra.

—Vas a perder.

—Cierra esa boca, Ian. O te la cerraré yo.

Duncan MacLaine lanzó una mirada que prometía sangre a su hermano menor antes de volver a enfocar su vista cansada en la pantalla del ordenador. Por suerte, no había nadie cerca a esas horas, que hubiera podido escuchar la agorera afirmación de Ian. Pulsó varias veces la flecha derecha del teclado y luego la barra espaciadora, con escasos resultados.

—A lo mejor podríamos romper la rueda del molino para que esos trastos del diablo dejen de funcionar —continuó Ian, sin darse por aludido mientras señalaba el monitor delante del que se sentaba Duncan—. Si la rueda no gira, no hay energía. Y así tendrías la oportunidad de salir vencedor en los juegos. Como has hecho siempre.

Con un resoplido, Duncan levantó sus enormes manos de las teclas y dio por perdida la tarde de práctica.

Apagó el equipo y se puso en pie. Sus dos metros de imponente figura, apenas cubiertos por un kilt que le envolvía las caderas y un tartán que cruzaba su ancho pecho desnudo, se alzaron sobre la fila de ordenadores comunales que utilizaban los habitantes de la aldea en un momento u otro de

la semana. Reprimió el deseo de prenderles fuego uno a uno hasta que solo quedasen unas cáscaras retorcidas.

Si todo fuera como en los años anteriores...

Pero su tío, Arran MacLaine, el respetado *laird* de los MacLaine, había decidido incluir competencias de realidad virtual e informática en los juegos de las Tierras Altas que se celebraban cada verano a orillas del Loch Katrine. Dichas competencias, que se llevarían a cabo después de algunas de las pruebas físicas tradicionales, consistirían en juegos de simulación de combates y entrenamientos, donde los hombres deberían demostrar su capacidad de concentración y coordinación, y su desempeño como estrategas, junto con ejercicios de informática y ofimática en los que los participantes mostrarían sus habilidades y conocimientos para gestionar asuntos relacionados con las finanzas del clan. El día de los juegos nada volvería a ser como antes...Y Duncan temía sufrir la primera y más horrorosa derrota de su vida. Aunque jamás lo admitiría ante Ian. El muy condenado no pararía de torturarlo si lo hacía.

—¿Sabes cuántos clanes van a participar este año? —preguntó en cambio.

—Tengo entendido que vendrán los Duff, los Craig y los Maxwell.

Duncan asintió y flexionó con cuidado los hombros, algo agarrotados por la incómoda postura que había mantenido varias horas frente al ordenador.

A pesar de las típicas rencillas por el ganado, todos eran clanes vecinos que mantenían relaciones cordiales con los MacLaine.

—Todavía queda una semana. Estaré listo para enfrentarme a ellos.

No se le escapó la mirada escéptica que le dirigía Ian, con esos ojos de un color tan parecido al suyo, como si hubieran capturado el misterioso verdor de un bosque umbrío.

—Tú también acudirás a los juegos, Ian, y no veo que estés haciendo nada útil, como entrenar. Solo incordiar como una puñetera mosca en el trasero de un caballo.

El chico se encogió de hombros con absoluto descaro.

—Yo asumí que iba a perder desde que el *laird* mandó un correo electrónico con las nuevas condiciones. —Su rostro adquirió una expresión muy elocuente—. En el que, además, incluía una lista de los clanes que iban a participar. Hermanito, de no ser por mí, no te habrías enterado de los cambios hasta el mismo día de las competiciones. Si ni siquiera te has tomado la molestia de abrir el mail, ¿cómo vas a quedar primero en una prueba de informática?

Duncan masculló un juramento y se echó la mano al *sporrán* para abrir el e-mail del demonio, pero no había ni rastro del teléfono móvil dentro del morral de cuero que colgaba de su cintura. Lo había vuelto a olvidar en la cabaña. Ian tenía razón: era un completo desastre en cuanto a nuevas tecnologías.

Apretó los dientes y se giró una última vez hacia su hermano antes de salir al exterior; los cabellos, largos y oscuros, le tapaban parte del rostro.

—Quedaré el primero en todas las pruebas.

Tras esa contundente frase, siguió el sendero que continuaba entre ondulantes curvas hasta MacLaine Tower. Pero no tenía ni la más mínima intención de ir a ver a su tío, así que giró en el primer claro abierto entre los brezos que encontró, sumido en sus pensamientos. Era cierto que no había nada que consiguiera agriar el buen humor de Duncan durante demasiado tiempo, pero llevaba unos días bastante disgustado y Arran MacLaine era el único culpable de su situación.

El objetivo de los juegos era demostrar el valor y la destreza física de un hombre para servir a su clan, y Duncan siempre había destacado por su fuerza y su tenacidad. Tenía el cuerpo y la mente de un guerrero, músculos entrenados por la espada y la batalla. Por mucho que Arran le explicase que el mundo estaba cambiando, no entendía cómo el *laird* había puesto las capacidades para manejar programas de un maldito ordenador, como ese «Exel» o como fuera que se llamara, o la pericia en un juego virtual a la misma altura que el esfuerzo real que requería el lanzamiento de un tronco o los reflejos en una lucha cuerpo a cuerpo. «¡Ah, el progreso!», masculló. Pero

no tenía por qué gustarle, y así se lo hizo saber al hombre que había cuidado de Ian y de él como un padre desde que los suyos murieron cuando eran unos niños. Sin embargo, el *laird* MacLaine se había mostrado inflexible en su decisión, y Duncan llevaba tres eternos días entregado a la agónica e imposible tarea de ser un fenómeno del mundo digital.

Antes de que pudiera darse cuenta, había llegado a su cabaña, a la que se había marchado a vivir cuando había cumplido los dieciocho y había sentido la necesidad de ser un hombre independiente. Se encontraba cerca de la aldea, pero lo bastante lejos como para disfrutar de su intimidad. Siempre que su hermano no se dejara caer por allí, claro estaba.

Era una casa sencilla, pero Duncan se sentía muy orgulloso de ella porque la había construido con sus propias manos.

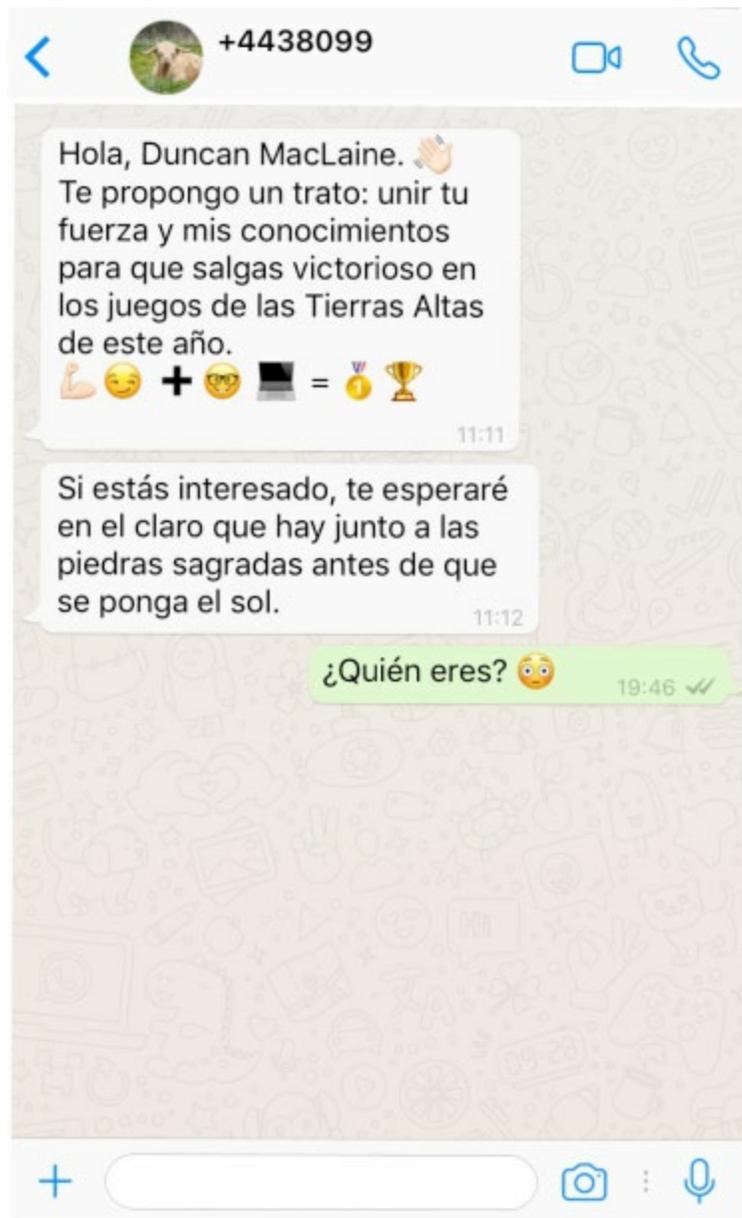
Estaba formada por una sola planta rectangular, con un entramado de madera que sostenía las paredes, hechas de bloques de piedra, barro y tepe, así como el techo de ramas y hierba seca. Una única ventana dejaba pasar la luz al interior para aislarla mejor del gélido invierno de las Tierras Altas, y disponía de un agujero en el tejado a modo de chimenea. Por dentro era igual de austera: nada más que una estancia que hacía de salón, cocina y despacho, con varias sillas talladas en sólido pino y un escritorio que podría sostener un ordenador que nunca iba a adquirir. Su dormitorio estaba separado del resto por una especie de cortina de mimbre, que bastaba para ocultar la cama a las visitas.

Empujó la puerta y rebuscó entre sus cosas hasta dar con el móvil debajo de una pila de camisas.

Tenía el cristal de la pantalla rajado por varios sitios. Cicatrices como las que mostraba su propio cuerpo, debido a los golpes y refriegas en las que lo había acompañado. La carcasa con los colores de su tartán, rayas amarillas y blancas sobre fondo negro, también había visto tiempos mejores.

Pulsó el botón para desbloquearlo y se sorprendió cuando vio nuevas notificaciones de Whatsapp. Sus conocidos cada vez le escribían menos al ver que rara vez respondía. Eran de un número que no estaba en su agenda de

contactos. Y el mensaje, inesperado:



No obtuvo ninguna contestación, ni indicios de que su pregunta fuera a ser respondida, así que se quedó un momento mirando a la pantalla. La foto de perfil era una vaca de las Tierras Altas, una imagen bastante ambigua para saber quién se escondía detrás. Aunque, si Duncan tuviera que apostar, diría que se trataba de uno de los muchachos que correteaban entre los brezales de la aldea, listo para gastar una broma. Como sobrino del *laird*, mucha gente

conocía su número en caso de que se presentara una emergencia y él sabía que, a ciertas edades, era muy tentador arriesgarse a tomarle el pelo a un superior. Sin embargo, no tenía nada que perder y el mensaje le intrigaba lo suficiente como para presentarse a la cita, solo para descubrir qué se proponía el que lo envió.

Se rascó la mandíbula e hizo una mueca al tratar de imaginar cuánta gente daría por hecho que ese año perdería los juegos, luego se encogió de hombros y salió de la cabaña dando un portazo.

Todavía faltaba un poco para que se escondiera el sol, puesto que los días se alargaban en verano, así que comenzó a caminar con paso tranquilo hacia el círculo de piedras donde tendría lugar el encuentro.

Cuando faltaban solo unos metros hasta su destino, un crujido entre la maleza, como el paso de veinte jabalíes, lo hizo frenarse en seco.

Un pequeño chillido femenino lo impulsó a ponerse en movimiento de nuevo.

Desechó la idea de sacar la daga que llevaba escondida en la bota y se apresuró a bajar un terraplén poco inclinado en dirección a esa voz. Encontró un bulto enredado entre algunas zarzas, que no paraba de moverse.

Duncan estiró los brazos y, sin prestarle atención a los arañazos a su piel al descubierto, consiguió desenredar de entre los afilados pinchos a quien quiera que estuviera debajo de un tartán con los colores de los MacLaine, igual al suyo.

Solo se dio cuenta de que estaba sujetando a su doncella en apuros del trasero cuando la joven se apartó con otro chillido para hacerle frente.

Al mirarla, el *highlander* se encontró con la criatura más extraña sobre la que se hubieran posado sus ojos alguna vez. Tenía los cabellos rojos como el más descarado amanecer, pero estaban anudados en una trenza tan tirante que parecía empujar su rostro hacia atrás, un rostro menudo como el de un duende y muy solemne. Sus labios estaban apretados en una fina línea bajo una nariz respingona y usaba unas enormes gafas de metal que no le dejaban ver con claridad el color de sus iris. Aunque le parecieron oscuros y

misteriosos.

De su cuerpo, Duncan tampoco podía decir mucho, porque la gruesa tela del tartán le daba una apariencia sin forma. Pero, por lo que su mano había tocado (sin querer), no parecía estar en los huesos.

—¿Te has perdido, muchacha?

—Te estaba siguiendo, Duncan MacLaine.

Duncan parpadeó por dos razones. La primera era que su voz sonaba algo ronca, demasiado sensual para un pequeño duende del bosque. La segunda era igual de desconcertante:

—¿Estabas siguiéndome? —repitió.

La joven pareció ruborizarse un poco antes de responder:

—Pero no en el sentido tétrico de la palabra.

Duncan volvió a parpadear.

—¿Hay algún otro sentido?

—Sí. —Su rostro seguía muy serio—. Uno beneficioso. Para los dos.

Aquel encuentro era lo más raro que le había pasado a Duncan desde que una lagartija de patas cortas le había anunciado que se había quedado sin Internet por primera vez. Aún recordaba lo feliz que se veía ese bicho al informárselo. Hasta podría haber jurado que estaba sonriendo...



Pero aún no tenía ninguna intención de poner fin a la conversación y sus sentidos estaban alerta por si ella era parte de una emboscada del pícaro que le había propuesto el trato por Whatsapp.

Se cruzó de brazos y reprimió una sonrisa al ver que la mirada de la chica se dirigía al lugar donde se levantaban sus bíceps.

—Te escucho.

—Yo fui quien te escribió hace un rato. —Tras esa sorprendente confesión, la joven lo apuntó con el dedo—. Voy a hacer que ganes los juegos de las Tierras Altas.

Duncan dejó caer los brazos de golpe.

—¿Cómo dices?

Su rostro debía destilar tanta incredulidad que la expresión de la chica reflejó duda por un momento.

—¿No fuiste tú quien recibió el whatsapp en el que te proponía vernos? Pero estás aquí y estoy convencida de que era tu número...

—Sí que lo recibí —confirmó Duncan, impaciente—. Lo que quiero saber es qué podrías hacer *tú* para ayudarme.

La observó de arriba abajo, en una clara muestra de su escepticismo.

De todas las sorpresas que creyó que podría encontrarse al acudir al claro, jamás se le habría pasado por la cabeza que se toparía con un misterioso y serio duendecillo del bosque que supiera de ordenadores. Aquel no era un tema por el que solían interesarse las mujeres.

Ella cuadró los hombros, lista para defenderse.

—Tengo amplios conocimientos informáticos, utilizo las últimas novedades en tecnología que existen. Soy, como todos se empeñan en llamarme, una auténtica *geek*. —A Duncan la palabra le sonó como de otro planeta—. El poderoso Duncan MacLaine, en cambio, ha ganado los juegos siete años consecutivos. Pero todo el mundo sabe que, a pesar de ser un hombre joven, no tiene ningún interés en aprender sobre ordenadores, teléfonos o nada que no esté relacionado con la fuerza bruta.

Duncan se crispó como un erizo.

—¿Y quién, si puede saberse, es la adalid de la modernidad que tiene las gallas de enfrentarse a un bruto?

La joven no dijo nada.

—Respóndeme. ¿Cómo te llamas, muchacha?

—No soy una muchacha. Soy Dallas Sterling.

—¿Sterling? —Era un clan aliado de los MacLaine, pero a bastantes millas de su aldea, muy cerca de las Tierras Bajas—. ¿Y qué hace una Sterling tan lejos de su hogar? ¿Y con el tartán de los MacLaine?

—Mi padre se casó con Fiona MacLaine y juró fidelidad al *laird* Arran —contestó ella con orgullo—. Pertenece al clan MacLaine tanto como tú.

—¡Vaya! Mi hermano me dijo que Fiona había actualizado su estado al de casada en Facebook y que se había mudado de nuevo a la granja de su familia, pero no sabía que venía con una niña incluida.

Duncan se alegraba de verdad por Fiona, ya que la mujer había quedado viuda muy joven y parecía que la vida le había dado otra oportunidad; sin embargo, había llamado a Dallas Sterling «niña» movido por un impulso

desconocido, destinado a hacerla reaccionar y que cambiase su pétrea expresión. Aunque solo había conseguido un parpadeo un poco más rápido que los anteriores. Y bien podría haberlo soñado.

—En efecto, tiene una nueva hija. Una *mujer* de veinte años.

«Ajá», por el énfasis que le dio a «mujer», el rápido parpadeo no habían sido imaginaciones suyas. Aunque el avance para todo aquel que intentara descongelar aquel rostro severo prometía ser muy, muy lento.

Volvió a cruzarse de brazos.

—¿Y qué conseguirías tú, Dallas Sterling, si me ayudaras a ganar?

La joven desvió un momento la mirada antes de volver a centrarse en él.

—No aceptarás mi trato si no te lo digo, ¿verdad?

El guerrero sopesó la respuesta por un momento, valorando si debía poner fin a esa extraña situación o no, si debía negarse a asociarse con ese excéntrico duende bajo cualquier circunstancia.

La determinación que brillaba en los ojos de la muchacha y la intriga que despertaba en Duncan lo llevaron a asentir. Si ella mentía acerca de su manejo de la tecnología, lo descubriría más pronto que tarde.

—Exacto. No habrá secretos en cuanto a las razones de tu oferta. — Duncan hizo una pausa—. Solo si quieres que sigamos adelante, claro está.

—Muy bien, contaba con ello. —A Duncan le pareció escuchar un susurrado «por desgracia», pese a que ella seguía sin hacer ni un solo gesto, sus labios aún tirantes. «¡Por Dios, sí que es seria!». Su actitud lo desconcertaba por completo y sus siguientes palabras lo confundieron aún más—. Entonces has de saber que mi mayor deseo es ver perder a Fergus Maxwell.

Fergus Maxwell. El *highlander* tenía un vago recuerdo de un adonis rubio y bastante presumido, y se preguntó qué podría tener en común con una joven tan peculiar como ella.

—¿Por qué?

El rubor de antes aumentó varios tonos más.

—Él... él me dejó plantada en el altar.

Duncan agrandó los ojos. Eso sí que resultaba bastante inesperado. No se le ocurría una pareja más dispar.

—¿Quieres vengarte de tu exprometido?

La joven dobló el dedo índice como un gancho y lo utilizó para subirse las gafas, demasiado grandes para su cara.

—Yo lo denominaría «devolverle el favor». Todo el clan Sterling se avergonzó de mí cuando Fergus no acudió a la boda, y el clan Maxwell hizo circular muchos memes a mi costa.

—¿Muchos memes? —solo atinó a repetir el *highlander*, anonadado. Desde que habían iniciado su conversación, la mitad de lo que le había dicho le había parecido que estaba en otro idioma.

Ella suspiró y rebuscó entre los pliegues del tartán hasta sacar un móvil con una pantalla enorme.

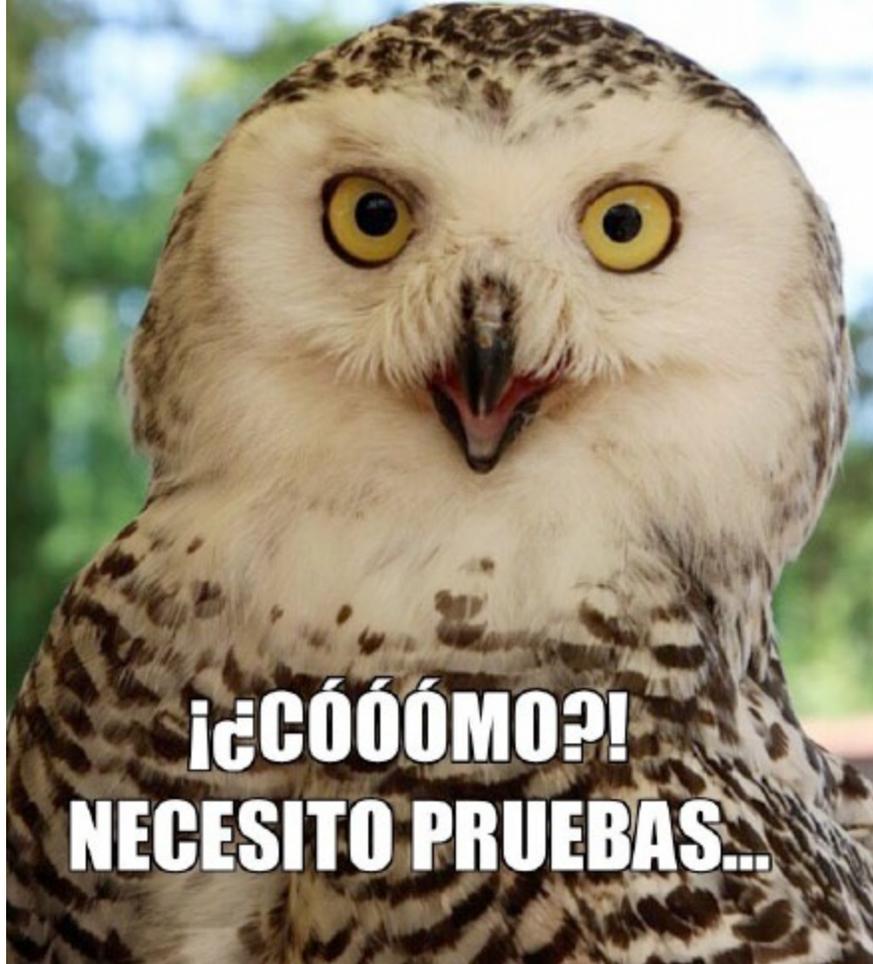
Toqueteó el aparato y luego se lo tendió a Duncan, que negó con la cabeza. Temía que se le escurriera de sus manazas y cayera al suelo. No parecía barato.

La joven volvió a suspirar y se colocó a su lado. Al tenerla así de cerca, se dio cuenta de que no le llegaba más allá de los hombros y que sus cabellos habían adquirido un precioso tono fuego a causa de un perdido rayo de sol. Un auténtico y llamativo duende.

Intentó concentrarse en lo que le enseñaba.

—Estos son solo algunos de los memes. Seguro que ya han llegado hasta la aldea, aunque tú no los hayas visto.

**MI CARA AL ENTERARME DE QUE LA  
GEEK STERLING INTENTÓ CASARSE**



**¡¿CÓÓÓMO?!  
NECESITO PRUEBAS...**

**ASÍ QUE TE HAN DEJADO PLANTADA  
EL DÍA DE TU BODA...**



**Y DIME, ¿QUÉ SE SIENTE AL VER AL  
NOVIO CORRER HACIA LA  
FRONTERA CON INGLATERRA?**

Duncan casi se atragantó con las imágenes.

Desde luego, no carecían de ingenio, pero ¿quién podría hallar placer a costa de una joven rechazada por su novio? Miró con un poco más de admiración a la chica que llevaba esa humillación con tanta entereza, aunque seguía fascinado por su seriedad.

El duende le devolvió la mirada.

—No quiero que aceptes mi ayuda por compasión. Los dos vamos a conseguir algo con nuestro acuerdo. Será en beneficio mutuo.

—Te aseguro que no lo haré por pena, muchacha. En realidad, siento una inmensa curiosidad.

Curiosidad por saber más de esa extraña criatura que parecía salida de un cuento, por saber cómo creía que podía enseñar nuevas tecnologías a un tosco guerrero como él.

Curiosidad por saber el color exacto de sus ojos.

Y, por encima de todo, curiosidad por saber qué sería capaz de hacerla sonreír.

Pero Duncan no iba a añadir nada de eso.

Dallas Sterling se acercó un poco más a él y le rozó sin querer el brazo, cerca de donde un espino le había arañado al rescatarla.

—Entonces, ¿aceptas que seamos socios?

Había esperanza en su tono.

—Dime el lugar y la hora donde comenzaremos las lecciones.

Le pareció que sus labios perdían parte de rigidez, pero no podría haberlo jurado.

—Si por mí fuera, empezariamos en este instante. Solo tenemos una semana. Pero no he traído nada con lo que podamos practicar, por si rechazabas el trato. —Eso fue más bien un murmullo para sí misma, antes de añadir—: Creo que lo más apropiado será mantenernos apartados de la aldea para evitar escándalos sobre la relación que nos une y que no se extienda el rumor de que la *geek* Sterling te está ayudando con los juegos. ¿Mañana a primera hora en este mismo claro te parece bien? Te haré una llamada perdida cuando salga de la granja.

Duncan asintió y ella también pareció muy conforme. Luego estiró la mano hacia él, la palma extendida.

—No te arrepentirás, Duncan MacLaine, te lo prometo.

El *highlander* envolvió la mano, pequeña y de huesos delicados, con la suya, morena y áspera, y casi la tapó por completo.

—En unas horas lo comprobaré, muchacha.

Una cosa era segura: el humor de Duncan volvía a ser tan bueno como siempre.

## Capítulo 2

Dallas Sterling cerró la puerta de su cuarto con cuidado de no dar un sonoro portazo. Le temblaban tanto las manos que no resultaría extraño que tirase cualquier desdichado objeto que se cruzara en su camino hasta la mesa de madera atestada de mandos, cables y varios monitores de ordenador. Aunque, pensándolo bien, no resultaría demasiado raro. La torpeza de Dallas era tan legendaria entre sus familiares como su afición por los cachivaches tecnológicos. Su madre siempre la había reprendido con cariño por ser tan descuidada antes de fallecer, y sus primos escondían los jarrones y la cristalería cuando iba a visitarlos. Después de aquel día, Duncan MacLaine también había pasado a ser una víctima más de su escasa agilidad tras desenredarla de un zarzal que no quería soltarla. Aún no podía creer que hubiera seguido al enorme *highlander* y que la mala suerte la llevara a tropezar y rodar cuesta abajo como un fardo de paja. Y esa montaña de hombre le había puesto la mano en el... en su... ¡trasero! Dallas sintió las mejillas acaloradas y se deshizo de las prendas que llevaba para ponerse un cómodo y fresco camisón. Pero esa noche, por alguna extraña razón, no sintió las habituales ganas de conectarse a Internet, que la llevaban a pasarse algunas horas frente a la pantalla del ordenador mientras leía las noticias en Google acerca de las últimas rencillas entre escoceses e ingleses o saltaba de un vídeo a otro en YouTube para saber cómo plegar y anudar el tartán sobre el cuerpo de la forma más adecuada.

Tuvo la acuciante necesidad de tumbarse en la cama y repasar cada minuto de su encuentro con Duncan. La conclusión a la que llegó después de un rato fue que, caídas aparte, dicho encuentro había ido mucho mejor de lo que esperaba.

Al día siguiente lo vería de nuevo y conseguiría el objetivo al que se había aferrado como una roca en la tempestad para dejar atrás el escarnio al que la

había sometido Fergus Maxwell. Para superar la humillación pública de su antiguo prometido.

En realidad, no había querido asumir el papel de arpía vengativa, pero no le había quedado más remedio cuando Fergus no solo no se había presentado en la capilla donde Dallas esperaba con un ramo de flores en la mano y la ilusión de un futuro compartido en el corazón, sino que había esparcido, exagerado y alimentado los rumores acerca de su obsesión por las máquinas y su extraño carácter, algo retraído y poco femenino. Las burlas no tardaron en llegar y, pese a que mudarse a la aldea de los MacLaine había servido para que disfrutara de un pequeño respiro después de tres largos meses de sufrimiento, el daño ya estaba hecho.

Cuando Dallas se había enterado de las novedades en los juegos de Loch Katrine y de los clanes que participarían en ellos, supo que había llegado la hora de hacer justicia. No había tardado demasiado en averiguar la absoluta nulidad que era Duncan MacLaine para la tecnología (¡ni siquiera tenía perfil de Facebook!), y había trazado el plan perfecto que traería un poco de paz a su existencia: convertir a Duncan en ganador ante las narices de Fergus, quien no hacía más que jactarse de su victoria en las redes sociales.

Un diablillo en su interior rogaba porque alguien capturase en una foto la cara de derrota de su exprometido para la posteridad. Ella estaría demasiado ocupada tuiteando el resultado.

Con esa imagen tan satisfactoria en la mente, se incorporó y cogió un saco de tela de debajo de la cama para comenzar a guardar las cosas que usaría al día siguiente en su primera lección.

Cuando terminó, se arrebujó entre las sábanas y trató de conciliar el sueño, aunque estaba muy nerviosa. No se debía a que parecía que aún podía sentir la enorme mano de Duncan MacLaine en su trasero, ni a que recordara su voz profunda y su impresionante apariencia. No, Dallas Sterling solo había sufrido una vez por un hombre, y no sería tan tonta de volver a caer en la misma trampa.

Sobre las siete de la mañana, vestida con una sencilla falda de lana verde, una blusa blanca y un corpiño de color pardo, y lista para su primera clase desde hacía un buen rato, Dallas se acercó el teléfono al oído y colgó al escuchar el primer tono que daba el móvil de Duncan, con el corazón un poco más acelerado de lo normal.

Intentó no imaginarlo mirando su nombre en la pantalla del teléfono con un enorme ceño fruncido por haber sido despertado de un agradable sueño.

Salió de la granja con pasos presurosos, pero muy medidos, y se aproximó al claro presidido por tres enormes piedras dispuestas en círculo, testigos mudos de rituales paganos, leyendas ancestrales y, ahora, de sus lecciones con Duncan. Por suerte, una de las piedras contaba con tres tomas de corriente, camuflados en la parte de atrás en suaves tonos grises como los de la roca, y mientras un largo cableado soterrado llegaba desde el molino. No tardó en montar la videoconsola y demás artilugios necesarios para el juego de realidad virtual que probarían ese día. A ella le encantaban, y parecía una buena forma de empezar a romper el hielo.

Se disponía a encender la consola cuando uno de sus pies se enredó en los cables y el único pensamiento que tuvo mientras el suelo se inclinaba hacia ella fue que su padre la regañaría por necesitar unas gafas nuevas otra vez. Sin embargo, su nariz quedó a unos centímetros de la frondosa hierba y los cristales, intactos, porque unas manos fuertes la habían aferrado de la cintura y habían conseguido detener el golpe.

—¿Que mis reflejos no descansan a tu lado es parte del entrenamiento, muchacha?

Dallas se esforzó en recuperar el aliento que había retenido cuando el brazo de Duncan, parecido a un tronco, le había rodeado las costillas. Alzó la cabeza y mantuvo el gesto profesional de profesora a alumno, a pesar del alivio de ser rescatada.

—Gracias.

Se mordió la lengua para no decirle de nuevo que no era una muchacha. En realidad, no debería tomárselo tan a pecho, ya que ser una muchacha no

era nada malo; pero para ella era importante que la tratara como a una mujer adulta. Una igual.

No tenía nada que ver el aspecto que Duncan presentaba esa mañana.

En lugar del tartán cruzado sobre el hombro con el pecho descubierto, ese día llevaba una camisa blanca, lo más probable que en deferencia a ella, pero la tela se seguía tensando sobre sus músculos y el *kilt* dejaba sus poderosas piernas al aire.

Aunque Dallas había vivido rodeada de *highlanders* de cuerpos robustos por el ejercicio físico, incluido Fergus, nunca había estado tan cerca de uno tan alto ni que exudara semejante fuerza bruta por cada poro de su piel. Se sentía intimidada, como un ratoncillo ante un león. Un león muy guapo y oscuro, además.

Dallas emitió una tosecilla para centrarse.

—Comenzaremos las lecciones con una prueba de habilidad.

Se alejó de él y extrajo las gafas de realidad virtual del saco antes de comentar:

—Imagino que tu móvil no tiene giroscopio.

Las cejas negras de Duncan se dispararon hacia arriba.

—¿Giro qué?

—Giroscopio. Es un sensor de movimiento que permite medir, mantener o cambiar la posición de un dispositivo móvil en cualquier eje. Es imprescindible para los juegos con gafas de realidad virtual, pero he supuesto que no lo tendrías, porque tu teléfono me pareció bastante antiguo. Mi móvil sí que lo tiene integrado, pero, francamente, no me atrevo a dejártelo. — Cuando estaba nerviosa quizás hablase un pelín de más—. En fin, que hubiera sido bueno que tuvieras giroscopio para practicar en casa e ir cogiendo agilidad, pero no tienes de qué preocuparte. He traído la videoconsola porque, al fin y al cabo, tampoco tiene demasiados botones y jugar con ella será como ensayar la prueba real de los juegos.

El hombre puso un gesto entre aturullado y ofendido, pero Dallas no le dio

tiempo a protestar. Rebuscó de nuevo en el saco y se dirigió a él con dos mandos ovalados de color negro que depositó en sus manos.

—Si el *laird* MacLaine no proporciona mandos a los participantes, no quedará más remedio que uses los míos. Confiaré en que tengas cuidado.

Dallas recibió un gruñido por toda respuesta, mientras Duncan miraba los mandos como si le hubiera puesto un par de serpientes enroscadas en cada palma.

Aquello no iba a ser fácil.

—¿Qué juego es? —El tono de Duncan era de total desconfianza al lanzar la pregunta.

—Tiro con arco.

Eso pareció tranquilizarlo un poco.

Sin embargo, Dallas percibió que volvía a tensarse cuando se acercó con las aparatosas gafas de realidad virtual y se las ofreció.

—Adelante. Póntelas.

El guerrero no hizo ningún ademán de cogerlas.

—Tú primero.

—¿Cómo dices?

—Quiero ver cómo lo haces, muchacha.

Dallas apretó los labios.

—No tiene ningún misterio —protestó, pero la mirada del hombretón no dejaba lugar a dudas: primero tendría que usarlas ella.

Aguantó un resoplido a duras penas. Por suerte, se habían fabricado con espacio suficiente para que los que llevasen gafas graduadas no tuvieran que deshacerse de ellas, así que tiró de la correa, se la pasó por la cabeza, y la ajustó hasta sentirse cómoda.

—Listo —le dijo mientras se acostumbraba a la sensación de que su mundo se hubiera fundido en negro.

De pronto, Dallas creyó sentir un roce muy tenue sobre la mejilla derecha, como una caricia imaginada. Después, notó una corriente de aire a su espalda

y unos labios muy pegados a su oído susurraron:

—No ves nada.

La joven dio un respingo y a duras penas pudo controlar el gesto de llevarse la mano a la mejilla. ¿Duncan la había acariciado? Descartó la idea al momento por imposible.

Ahora estaba detrás de ella, y era sorprendente que se hubiera movido con tanto sigilo pese a su corpulencia.

Trató de sonar normal, a pesar de hablarle al vacío.

—Por supuesto que no se percibe nada de la realidad. La gracia está en que veas el juego.

—Muy bien, muchacha. —Le llegó la queda respuesta—. Confiaré en ti y me pondré ese dichoso trasto, pero si intuyo, por un solo momento, que hay alguien más a parte de nosotros en el claro o tratas de hacerme alguna jugarreta, no te gustarán las consecuencias. —Duncan se inclinó más sobre ella hasta que su aliento le calentó el cuello—. ¿Me he explicado bien?

Dallas casi se arrancó las gafas de un manotazo y lo miró con rabia.

—No sé qué clase de personas frequentas, pero no sería tan mezquina como para hacer algo así.

Duncan alzó una ceja.

—Todavía me estoy formando una opinión acerca de qué clase de persona eres. —Se detuvo un momento—. O criatura mágica.

Ahora la confundida fue Dallas, pero Duncan cogió las gafas y trasteó con la correa hasta que logró ajustarlas.

El armatoste negro le cubría media cara y fue muy tentador para Dallas darle una patada en la espinilla.

Mejor dos.

—Muy bien. Vamos a empezar —optó por decir.

Por fin, encendió la consola y se posicionó cerca de Duncan.

—Primero aparecerán unas dianas para que te familiarices con los movimientos hasta que consigas acertar en el centro. Luego te enfrentarás a

arqueros de un clan enemigo.

—Pero ¿dónde diablos están las flechas? ¿Y el arco?

—Los tienes en tus manos. Son los mandos. Si quieres, te explicaré cómo...

Antes de que pudiera terminar su ofrecimiento, Duncan levantó los brazos y empezó a dar manotazos en el aire y a balancearse sin ton ni son. La escena hubiera resultado cómica si no hubiera sido Dallas la encargada de hacer que ese molinillo humano de dos metros de altura progresara hasta parecer un jugador medianamente bueno en solo unos días.

La tercera vez que giró sobre sí mismo, frenó en seco, claramente desorientado.

—No... no sé cómo hacerlo.

Por la forma de apretar los dientes y el tono enfurruñado, Dallas supo que no había sido fácil para él admitir tal cosa, así que dejó pasar su reacción anterior; bastante infantil, por cierto.

—Voy a ponerme delante de ti, ¿de acuerdo? Es la mejor forma de enseñarte.

Dio unos cuantos pasos hasta colocarse entre las piernas de Duncan, de espaldas a él, pero sin llegar a tocarlo.

—Describeme lo que aparece en el juego —le pidió.

—Tengo una diana justo enfrente que no para de parpadear.

—Entendido. —Tragó un poco de dificultad—. Ahora voy a cogerte las manos.

Al urdir el plan, Dallas no había contemplado en ningún momento la posibilidad de tener que tocar a Duncan para guiarle hasta que supiera manejarse él solo.

La joven inspiró hondo, rozó el dorso de la mano izquierda del *highlander* con la suya y los dos parecieron estremecerse. En un juego donde nada existía de verdad, la piel del guerrero era muy real.

Luego alzó sus manos unidas hasta hacer que Duncan estirase el brazo por

completo y con la derecha, en cambio, llevó su brazo hacia atrás.

—Las flechas están en tu espalda, como si llevaras colgada una aljaba —le indicó, orgullosa de su voz serena—. Presiona el botón derecho para agarrar una.

—Como si fuera tan fácil —rezongó Duncan.

Siguió sus instrucciones y luego dobló el codo hacia delante, en posición de disparo.

—Ahora, suelta el botón.

No hizo diana a la primera.

Ni a la segunda.

Estuvieron practicando esos movimientos hasta que Duncan dejó de gruñir de frustración y consiguió dar en el blanco. Sin embargo, Dallas no pudo celebrar la victoria porque solo era capaz de pensar en que se habían pegado tanto que podía notar su trasero pegado a los muslos de Duncan.

—Muy bien —graznó separándose un poco, pero Duncan no permitió que se alejara demasiado—. Pasemos al siguiente nivel.

Se esforzó con todas sus fuerzas en concentrarse en el juego.

Sabía que lo siguiente que tendría que hacer el *highlander* sería enfrentarse a tres arqueros de un clan contrario, pero cuando los supuestos enemigos aparecieron en el campo de visión de Duncan, este lanzó un poderoso grito de guerra que la sobresaltó tanto que su primera reacción fue codearlo en las costillas y taparse los oídos después.

—¡Para de una vez! Estás malgastando tus aullidos. La consola no tiene reconocimiento de voz, ¿sabes? No puedes matarlos del susto al escucharte. ¡Pero a mí sí!

Dallas fue consciente de lo que acababa de decir y cerró los ojos para esperar la explosión de ira, como ocurría con Fergus siempre que le parecía que había sido demasiado impertinente.

En lugar de más gritos, Dallas notó que el alto guerrero se pegaba a ella de nuevo, casi recostándose en su espalda, y una curiosa vibración se fue

desplazando con calidez desde la columna a todo el cuerpo de la joven. Después, las carcajadas de Duncan se hicieron audibles.

—Desde luego, tienes la lengua tan certera como una de estas flechas, muchacha.

—Lo siento —se disculpó, sorprendida por su faceta risueña.

El hombre aún tenía la vista cubierta por las gafas, pero bajó la cabeza en su dirección, sin apartarse.

—No has dicho más que la verdad. —Su sonrisa se esfumó—. Estoy acostumbrado a los gritos, al peso de un arma en mis manos y a la certeza de que, si yo no doy el golpe primero, puede que nunca tenga otra oportunidad de hacerlo. No sé cómo voy a lograr acostumbrarme a esto.

Levantó los mandos con evidente malestar.

—Te acostumbrarás. Ya has avanzado bastante en unas horas —trató de animarlo Dallas. Era extraño, pero se sentía muy cómoda a su lado. Cuando no estaba intimidada por entrar en un inesperado y avasallante contacto físico con él, por supuesto.

—No entiendo por qué Arran decidió cambiar así las pruebas —rumió Duncan.

Dallas se sorprendió de que él se mostrara tan abierto con ella e intentó darle una respuesta sincera.

—Bueno, imagino que supone menos coste de armas y menos riesgo para los hombres. Al fin y al cabo, son unos juegos, no una batalla real. Además —añadió—, los conocimientos informáticos siempre son útiles.

Duncan solo se encogió de hombros y no respondió.

Esta vez sí que se apartó de ella y Dallas notó el frío en la espalda, donde antes se había apoyado su amplio pecho. Lo miró de reojo; se había quitado las gafas de realidad virtual y también parecía estar observándola a ella con la misma atención. Sus ojos verdes eran impactantes.

—Practiquemos otro rato, Dallas Sterling de Loch Katrine. Quiero que me sigas impresionado con tus habilidades.

Duncan esbozó una sonrisa perezosa y Dallas se reprendió porque lo que no debería sentir, bajo ningún concepto, era ese tironcito incómodo en el corazón, cuando le había enseñado a ese músculo traicionero a no volver a latir con entusiasmo nunca más.

## Capítulo 3

Los días siguientes transcurrieron con una rutina parecida. Dallas llevaba todos los artilugios al claro dentro del fardo que Duncan había apodado como «el saco de los tormentos», y le enseñaba con mucha paciencia qué botones combinar para lanzar con más fuerza un tronco virtual, trucos para golpear más fuerte al enemigo o a no entrar en pánico cuando aparecían ventanas emergentes en el ordenador con preguntas a las que había que responder con un «sí» o un «no». Y, lo más difícil de todo, le enseñaba a dominar el uso del paquete de Office. A Duncan parecían atascársele un poco las fórmulas de Excel, pero no se rendía ante funciones y símbolos endemoniados (lo de endemoniados también era cosecha del guerrero).

Sentía que ya no la miraba con esa desconfianza que había mostrado el día que se conocieron, sino con cierta... admiración, y Dallas disfrutaba de la sensación de sentirse halagada. Cuando no estaba ocupada en mantener la verticalidad, claro.

Algunas veces se rozaban por puro azar, pero, en la mayoría de las ocasiones, la tenía que socorrer de algún percance (tropezones, enredos y accidentes de toda índole) y, con cada nueva catástrofe en la que caía directa en sus brazos, el corazón de Dallas latía un poco más rápido que la vez anterior. Ella intentaba serenarse y no bajar las defensas que Fergus le había hecho levantar a fuerza de sueños rotos, aunque era muy complicado mantenerse ajena al efecto que Duncan provocaba en ella.

Uno de esos días, cuando la mañana ya estaba bastante avanzada, Dallas decidió proponerle algo nuevo al *highlander*.

—¿Qué te parece si te abrimos cuentas en Facebook, Twitter e Instagram?

Duncan agrandó los ojos, de ese verde precioso, con auténtico horror.

—¿Y para qué iba a necesitar yo todo eso?

Dallas se colocó las gafas.

—No lo sé... ¿Para comunicarte?

No captó la ironía.

—¿Con quién? El que quiera hablar conmigo, sabe dónde puede encontrarme.

—Hay vida fuera de Loch Katrine. Quizás haya gente que quiera conocer más de Duncan MacLaine, el imbatible ganador de los juegos de las Tierras Altas. A lo mejor han creado un club de admiradores o tienes cientos de seguidores, y tú aún no lo sabes.

Ella, desde luego, sería presidenta de su club de fans. Admirarlo en la distancia no podía hacer daño.

Duncan la miró con interés por un segundo. Luego sacudió la cabeza y el movimiento agitó sus cabellos oscuros.

—Puedes ayudarme a crear esas cuentas, si eso te complace. Pero no voy a usarlas.

—¿Por qué? —preguntó, casi pateando el suelo con frustración—. ¿Por qué desprecias tanto las nuevas tecnologías?

—No lo hago, solo soy realista. Apenas recuerdo que tengo móvil, te aseguro que pasarán meses o incluso años entre cada visita que haga a esas aplicaciones.

—No pones nada de tu parte —refunfuñó Dallas. Aunque sabía que tenía razón.

—¿Y qué hay de ti? ¿Te sigue o sigues a mucha gente? Estoy seguro de que tienes un perfil en todas.

La curiosidad que Duncan mostraba por ella la extrañó.

—Bueno, sí, por supuesto que tengo un perfil en cada una... —Suspiró—. Pero casi no tengo seguidores. Por ejemplo, en Twitter sigo la cuenta oficial de Bonnie Prince Charlie.



—Desde luego, tiene carisma —lo aprobó Duncan tras echar una ojeada a la pantalla del móvil—. Yo ni siquiera me había fijado en lo de los colores... Dallas dio un único y enfático asentimiento con la cabeza.

—Sabía que te gustaría. También sigo el Twitter del rey Jorge II de Gran Bretaña. Por tener una visión global, ya sabes.

—Ese prefiero no verlo —resopló el *highlander*.

—De acuerdo. Entonces... —Dallas rebuscó en su teléfono en busca de algo interesante—. Me encanta la técnica de Canaletto, así que sigo su Instagram.

El guerrero cabeceó, en un claro intento de seguirle la corriente, y luego la miró con intensidad.

—¿Y qué me dices de Facebook? ¿Hablas con muchos amigos? ¿O tienes a Fergus Maxwell entre tus contactos?

A Dallas la estaba poniendo nerviosa ese interrogatorio. Desde luego, no le iba a confesar a Duncan MacLaine que, aunque había eliminado a Fergus Maxwell de sus listas, todavía se metía en su perfil, con cuidado de no ser descubierta.

—No creo que eso sea de tu incumbencia. Pero sí, tengo bastantes amigos en Facebook. Además de ser miembro de varios grupos muy interesantes.

Soltó el cebo de la evasión...

—¿Cómo por ejemplo?

Y Duncan picó...

—Soy orgullosa integrante del grupo de Facebook «Apasionadas y rebeldes», en honor a Rob Roy MacGregor.

—Oh, por Dios. —Él hizo un movimiento despectivo con la mano—. No me digas que eres otra de esas jovencitas que suspiran por su leyenda.

—Es que fue un héroe. Pelirrojo. Y de Loch Katrine. —Dallas iba extendiendo un dedo con cada argumento en defensa de su legendario Rob Roy.

—No fue más que un majadero y un proscrito —resopló Duncan, molesto.

—No puedes hablar en serio —lo reprendió ella, con ceño. Sería muy fácil rebatir sus palabras ya que era del dominio público que Rob Roy recibió el perdón real tras haber sido encarcelado por tratar de recuperar las tierras que

le habían robado y que le pertenecían. Pero algo en su actitud la hizo decidir que era mejor ignorarlo—. En todo caso, Twitter e Instagram son más bien para mantenerme informada. Facebook es más personal.

—Ya...

Dallas le dio unos segundos para que elaborara la respuesta, pero Duncan no alargó el monosílabo.

—En fin, estamos perdiendo un tiempo precioso...

—El caso es que creo que sí que quiero un perfil de Facebook.

—¿Qué? No hay quién te entienda... —rezongó, para después extender la palma hacia arriba con impaciencia—. Dame el móvil.

Duncan le alargó el dispositivo, un trasto lleno de golpes y que ya tenía bastantes años. Pero, por primera vez en su vida, Dallas perdió todo el interés en un teléfono cuando los dedos del guerrero rozaron los suyos. Le gustaba el contraste de su piel clara contra la morena del guerrero y su calidez, a la que se había ido acostumbrando cada vez más esos días...

Dallas parpadeó y se centró en la pantalla del *smartphone*. Con unos cuantos movimientos eficientes, ya tenía lista la cuenta.

—¿Qué foto quieres para tu perfil?

Duncan la miró pensativo un momento.

—¿Qué te parece una de nosotros dos? Al fin y al cabo, eres mi mentora.

—¡Ni hablar! —Se horrorizó.

¿Hacerse una foto los dos...? ¡¿Y subirla al perfil de Duncan?! Solo de pensarlo se le encogía el pecho de nervios y timidez.

—¿No quieres salir conmigo?

Al soltar la pregunta, Duncan había cruzado esos inmensos brazos y había plantado con firmeza las piernas abiertas en el suelo. Por su postura beligerante, estaba claro que lo había ofendido. Para ser un guerrero rudo y curtido en mil batallas, algunas cosas se las tomaba muy a pecho.

Intentó apaciguarlo:

—No es eso. Es solo que nunca pongo mi foto real en las redes.

—Ajá. Pones fotos de ganado —fue su airada réplica.

—¿De qué estás hablando?

Dallas incluso meneó la cabeza, totalmente perdida. Duncan carraspeó un poco, pero continuó con ese gesto de honor mancillado.

—Tienes una vaca de las Tierras Altas en tu perfil de Whatsapp.

—Oh, por favor. —Dallas sacudió las manos, restándole importancia al asunto—. Es una vaquita muy dulce. ¿Te resulta tan ofensiva?

Él abrió y cerró varias veces la boca antes de contestar.

—¡Pues, sí! ¿Acaso prefieres poner una vaca antes que ponerme a mí? Y a todo esto, ¿por qué no usas tu foto en...?

Lo detuvo antes de que siguiera con la andanada de preguntas:

—No pongo mi foto porque no me gusta como salgo, ¿de acuerdo? —confesó.

Notó que el calor le coloreaba las mejillas y esperó que le pidiera una explicación que la avergonzaría más. A nadie le gustaba admitir que no se encontraba atractiva. Al menos, no lo suficiente como para que alguien se casara con ella.

Esos ojos verdes la traspasaron por un largo momento. Luego descruzó los brazos y todo rastro de malhumor desapareció.

—De acuerdo. Entonces busca la foto de un duende pelirrojo.

Fue el turno de Dallas de abrir la boca.

—¿Un duende... pelirrojo?

—Fue lo que pensé la primera vez que te vi.

Su tono fue ronco y afectuoso, pero Dallas era incapaz de ver más allá de la imagen que se había formado en su mente.

¿Eso era lo que pensaba de ella? ¿Le recordaba a diminutas criaturillas de orejas puntiagudas que hacían cabriolas por los bosques?

—Eso es... Eres un... ¡¡Arrrgh!! —Dallas estaba tan indignada que no le salían las palabras.

El enloquecedor hombre se llevó una mano a su propia oreja, redonda y

perfecta, y la frotó como si le doliera.

—Mejor la foto de una *banshee*. Gritas igual que una.

—¡Suficiente!

Era imposible que la tomara en serio. Casi le arrojó el móvil al amplio pecho.

—Ya tienes la cuenta abierta. Puedes poner lo que quieras tú solo.

—¿Y cómo voy a encontrarte? —se quejó.

—¿Encontrarme para qué? —gruñó, exasperada.

—Quiero tenerte. —El corazón de Dallas se saltó un latido. Después de lo que pareció una pausa muy larga, Duncan añadió—: En mi lista de amigos... Por favor.

Ante una petición así, la joven fue incapaz de negarse, así que le volvió a arrebatar el móvil con las mejillas arreboladas y un gesto brusco. Tecleó su nombre en la casilla de Facebook y pulsó la solicitud de amistad a la vez que trataba de sofocar las mariposas que revoloteaban por su estómago. La aceptaría mucho, mucho más tarde.

—Hecho —masculló. Duncan le dirigió una amplia sonrisa satisfecha que ella devolvió con el debido ceño fruncido—. El tiempo apremia, así que centrémonos en más pruebas para los juegos.

No quería ni debía distraerse más a causa de Duncan MacLaine. Por el bien de los dos. El guerrero tenía que superar las pruebas y ella, darle una lección a Fergus Maxwell.

—Exacto. —Estuvo de acuerdo él—. Ahora tocan las reales.

—De eso nada —negó Dallas—. Tenemos que seguir practicando las tecnológicas.

Duncan dio un par de pasos hacia ella.

—Hace días que no hago ejercicio físico, muchacha. Y también tengo que pasarlas si quiero ganar. —«Vaya», se lamentó la joven. Ese era un argumento bastante pesado como para rebatirlo, y Duncan lo sabía—. Dame un par de horas y luego continuaremos con esos cacharros diabólicos.

Dallas suspiró. Estaba claro que los «cacharros diabólicos» que ella adoraba tendrían que esperar.

—Está bien. Puedo regresar a la granja y volver más tarde si me envías un whatsapp cuando termines.

—¿Por qué no me acompañas?

—¿A tu entrenamiento? —Empezó a retroceder los pasos que Duncan avanzaba—. Bueno, no sé si debería... Es decir, yo no te sirvo de ayuda allí y... ¡Ay!

Estaba bastante segura de que esa piedra no se encontraba ahí antes, pero en su huida, que debía de ser parecida a los andares de un cangrejo cojo, se golpeó el talón contra la dura superficie.

Los reflejos de Duncan, puestos a prueba una vez más, fueron tan efectivos como siempre. La sujetó con delicadeza y se la quedó mirando, sin soltarla.

—Dallas —empezó, provocando ese conocido temblor cuando pronunciaba su nombre—, ¿sabes que los duendes pelirrojos tienen un encanto irresistible?

De lo que Dallas no tuvo ni idea fue de cómo logró mantenerse en pie después de que dijera semejante frase y la soltara para echar a andar a pasos largos.

Se apresuró a seguirlo con el corazón retumbando en el pecho hasta una especie de campo de entrenamiento muy poco transitado, pero era evidente que Duncan no iba seguir con la conversación. Ella tampoco estaba muy segura de querer continuarla, así que se acomodó a la sombra de un roble y lo vio hacerse con un descomunal martillo con el mango de madera y la cabeza de hierro redondeado. Parecía muy pesado.

El *highlander* se deshizo de la camisa, dejando expuestos al aire fresco de las Tierras Altas unos hombros bronceados y una espalda ancha y surcada de músculos que ondularon con elegancia al alzar el voluminoso objeto. Se balanceó y calibró el peso, y luego giró sobre sus piernas un par de veces para darse impulso y lanzar el martillo a una distancia considerable con un

poderoso bramido.

Y el único pensamiento de una hipnotizada Dallas fue de arrepentimiento por no haber sacado el móvil para grabar con la opción de cámara lenta ese momento glorioso, ese instante fugaz en el que el *kilt* se había levantado con la velocidad del giro dejando a la vista unos muslos de granito y casi, casi había podido entrever partes vedadas a doncellas solteras.

Ese vídeo habría hecho tan felices a tantas personas. La habría hecho tan feliz a ella.

Se abanicó con la mano, acalorada... ¿Desde cuándo se fijaba tanto en los atributos de un hombre? Si ni siquiera había intercambiado un simple beso con su exprometido, ni prestaba atención a las fotos de *highlanders* esculturales que enviaban las pocas amigas íntimas que tenía para que el día fuera más llevadero.

Tendría que detener el torbellino que era su mente y centrarse en lo esencial. Tener éxito en los juegos para retomar la normalidad, volver a la rutina.

Sin Duncan MacLaine.

## Capítulo 4

A dos días de los juegos de las Tierras Altas de Loch Katrine, Duncan se acercó al claro que compartía con su pequeño duende con un humor algo extraño.

Por un lado, estaba exultante ya que el día anterior habían estado practicando lanzamiento de troncos virtual y lucha con espadas *claymore* hasta que consiguió sumar bastantes puntos y no morir en el primer minuto de la partida. Todo un logro para él, que veía el triunfo en los juegos menos imposible que cuando había hablado con Ian en la sala de ordenadores a principios de semana.

Permitir que Dallas Sterling lo ayudara a prepararse para las pruebas había sido una decisión muy acertada. Era impresionante que una chica tan joven pudiera tener todos esos conocimientos informáticos y, a pesar de ser un reconocido bruto y que la ofimática no fuera su punto fuerte, no parecía que se le diera tan mal el mundo digital con ella a su lado.

Sin embargo, también se sentía inquieto precisamente porque su maestra cada vez le fascinaba más. Había ocurrido de forma gradual, apenas sin darse cuenta. Al principio, había sido un pequeño chispazo de atracción, sumado a la curiosidad que le despertaba Dallas. No le había dado demasiada importancia, e incluso se había obligado a seguir prestando atención al resto de la población femenina, ya que había mujeres muy hermosas en la aldea.

Pero Duncan había decidido dejar de seguir fingiendo. Su comportamiento era el de un hombre interesado en una sola mujer, a la que ansiaba ver cada día, un hombre que disfrutaba con cada uno de sus tropiezos para sentirla junto a él y no tener que buscar excusas para tocarla... Solo que el interés de la mujer en cuestión no parecía ser recíproco.

¡Todavía no había respondido a su solicitud de amistad en Facebook! Y su expresión seria, como tallada en alabastro, no había cambiado un ápice, sin

importar cuantas bromas había intentado gastarle. Duncan ya no estaba muy seguro de cómo actuar.

Cuando estaba cerca de las piedras sagradas, una nube errante tapó el sol. El astro volvió a brillar en pocos segundos y Duncan aceleró el paso para llegar primero al punto de encuentro, pero el duendecillo ya estaba allí. Y esta vez, para su desilusión, no había signos de que su cuerpo fuera a entrar en contacto con el suelo de forma inmediata y requiriera de su intervención para rescatarla.

Murmuraba para sí mientras estaba inmersa en lo que parecía una batalla de cables.

Se acercó a ella por detrás en completo silencio para desestabilizarla, igual que cuando le había exigido que se pusiera las gafas de realidad virtual en su primer día de prácticas. Siempre era un placer para Duncan recordar el instante en el que la había acariciado con mucho cuidado y se había pegado todo lo posible a su cuerpo. Pero en esos momentos tuvo que contentarse con tenerla a la vista mientras ella bregaba con un cable anudado.

—¿Sueles hablar contigo misma a menudo? —La abordó con una sonrisa de oreja a oreja—. Creo que los cables no te van a responder...

Dallas dio un pequeño bote y se giró enfadada hacia él, en lugar de sonriente, como había sido su intención.

—Hablar con uno mismo es un claro signo de inteligencia —se defendió, ofuscada.

El sonrojo de sus mejillas agradó tanto a Duncan que intentó pasar por alto su actitud quisquillosa.

—¿Y eso lo dice...?

Dallas abrió la boca y luego apartó la mirada, todo ello sin perder la seriedad habitual de su semblante.

—Artículos sin ninguna base científica que leo en Internet.

Duncan se echó a reír y se llevó las manos a los costados.

—Por Dios, muchacha, me vas a provocar tantas agujetas en el estómago

que no voy a ser capaz de participar en los juegos.

Dallas levantó la respingona nariz hacia arriba.

—Me alegra causarte tanta gracia. —«Eso es algo que soy incapaz de conseguir contigo», pensó Duncan ante su desabrida respuesta—. Pero te agradecería que no bromearas sobre faltar a los juegos. No después de todo el sacrificio que estoy haciendo por enseñarte y todo el tiempo que llevo gastado.

Duncan se puso serio de golpe. ¿Eso era lo que sentía Dallas? ¿Los días compartidos habían sido un castigo y una pérdida de tiempo?

—Aquí el único que hace sacrificios soy yo —replicó, acusando el golpe. No creía merecer el trato frío y seco con el que lo recibía a diario, sin importar lo paciente o amable que él se mostrase, y estaba empezando a cansarse—. Tú te limitas a pasarlo bien con tus juguetes.

El duende se aproximó despacio.

—Seguro que tú nunca hablas solo, ¿verdad?

Duncan la miró como si le hubieran salido dos cabezas.

—Desde luego que no, ¿a qué viene eso?

Ella cambió ligeramente su rostro pétreo por uno de suficiencia.

—Estaba claro.

—¿Qué me quieres decir, Dallas?

Se imaginaba a dónde quería llegar la pequeña bruja, pero aunque una vocecilla interior le dijo que sería mejor que ella no respondiera porque no le iba a gustar nada lo que iba a oír, quería escucharla. A ver si se atrevía a poner palabras a lo que estaba insinuando.

No debió haber dudado de que Dallas Sterling se atrevería a eso y más.

—Me molesta que no aprecies mis esfuerzos ni el tiempo que invierto en preparar todos los dispositivos, en guiarte a cada paso y repetir las cosas mil veces porque... —La vio coger aire—. Tienes el cerebro del tamaño de un mosquito.

Duncan sintió el enfado correr por sus venas, junto a una extraña punzada

de dolor en el pecho, al saber que le consideraba inferior. Un bruto estúpido.

Dobló la cintura para acercar su rostro al de ella.

—Ah, ¿sí?

Dallas no se amilanó y pegó su naricilla a la suya.

—¡Sí!

El guerrero todavía se estaba preguntando a qué venía ese ataque contra él y qué decisión drástica podría tomar que no fuera la de retorcer su precioso cuello, cuando el cielo se oscureció de forma ominosa y un trueno retumbó con un sonido atronador.

En ese momento la joven puso cara de auténtico terror, aunque no se había amilanado antes ante un Duncan furioso, erguido sobre ella. Corrió hacia donde se encontraban sus trastos para meterlos en el saco a toda prisa.

—¡No! Si se mojan, se estropearán. Hoy he preguntado a Siri por el tiempo y ha dicho que estaría despejado.

Duncan no tenía ni idea de quién era la tal Siri, pero estaba claro que se equivocaba.

Aunque estaba enfadado y dolido con Dallas por el insulto a su inteligencia, cuando cayó la primera gota de lluvia no pudo hacer otra cosa que ayudarla a poner sus cosas a cubierto.

—Iremos a mi cabaña —dijo sin apenas pensarlo—. Va a caer un buen chaparrón y está más cerca que tu granja.

Dallas lo miró con preocupación y ansiedad a través del cristal de las gafas, que ya se había manchado con algunas perlitas de agua.

—¿Y si alguien nos ve?

—No creo que nadie se atreva a salir con la tormenta que se está forjando.

Sus palabras fueron casi inaudibles a causa del estallido de otro poderoso trueno y Duncan agarró los bártulos de la muchacha con una mano y rodeó su muñeca con la otra antes de echar a correr, sin ningún otro miramiento.

Entraron en la cabaña del *highlander* en el mismo momento en el que las nubes dejaban caer torrentes de agua sobre la tierra. Duncan se sacudió la

humedad como un perro mojado y puso «el saco de los tormentos», más tormentoso que nunca, en el suelo, sin mirar a Dallas.

—Puedes esperar a que escampe aquí dentro y luego volver a tu granja. Ya que es una tarea tan pesada enseñarme, no hace falta que regreses. Te libero del trato.

Lo último que quería Duncan era dejar de verla, pero el dolor por su rechazo ponía palabras en su boca de las que luego estaba seguro que se arrepentiría.

—Lo siento.

La voz que llegó a sus espaldas parecía bastante temblorosa.

Se giró un poco, sin responder, y vio que por su menudo y adusto rostro de duende corrían regueros húmedos de agua de lluvia. O tal vez eran lágrimas.

—Lo siento —volvió a repetir muy bajito.

—¿Qué es lo que sientes Dallas? ¿Que yo sea un idiota o el habérmelo dicho a la cara?

—¡Nada de eso! —protestó Dallas con más vehemencia.

Pero Duncan todavía estaba resentido. Necesitaba más que esa escueta disculpa para reparar el daño que le había hecho, y ambos lo sabían.

La joven se mordió el labio antes de continuar:

—Nunca he respondido así de mal a la gente que me rodea. Pero últimamente estoy tan acostumbrada a que se rían de mí que, a veces, saco las púas... —Eso sirvió para que Duncan recordase de golpe que ya había sufrido suficiente y por nada del mundo quería hacerla llorar. Intentó detenerla, pero ella siguió con lo que se proponía decir—: Sin embargo, no es excusa para la forma en la que te he insultado sin razón. Creo que eres muy inteligente, Duncan MacLaine, y admiro la forma en la que te enfrentas sin reparos a algo nuevo. Y... —Se sonrojó un poco más—. No puedo negar que utilizar mis aparatos electrónicos para enseñarte es un inmenso punto a favor, pero también disfruto mucho del tiempo que paso contigo.

Una ternura desconocida invadió su pecho ante las palabras de la joven.

Solo Dallas podía conseguir que su humor cambiase tanto como el imprevisible tiempo de Escocia.

Se giró por completo y se encaminó hacia ella.

—Seguro que lo dices por cumplir y que en realidad piensas que en cualquier momento voy a rebuznar como un asno.

Le guiñó un ojo para que comprendiera la broma, pero Dallas se retorció las manos con angustia.

—¡Por supuesto que no! Lo digo de corazón...

Duncan se pegó más a ella.

—De corazón, ¿eh?

Luego rodeó su pequeño rostro con sus manos curtidas y limpió las lágrimas derramadas con los pulgares.

—Pequeña, solo estaba bromeando. Sé que tus disculpas son sinceras y te las agradezco mucho.

—Entonces, ¿ya no estás enfadado conmigo?

No. Por supuesto que no lo estaba. Lo que sentía era un alivio inmenso porque Dallas no hubiera aceptado su estúpida oferta de marcharse de forma definitiva.

Siguió acariciando sus mejillas, que ya estaban libres de lágrimas.

—Dejaré de estarlo... con una condición.

—¿Cuál es?

Duncan no pudo dejar de notar que no intentaba apartarse de él.

—Háblame de ti. De tu familia, de tu compromiso, de por qué eres tan seria...

La joven le dirigió una mirada cortante.

—No hay mucho que contar.

—Eso lo veremos, pero antes...

Fue muy rápido y con dos certeros movimientos le deshizo la apretada trenza y le quitó las gafas. Luego las alzó hasta dejarlas fuera de su alcance.

—Pero... ¡¿por qué has hecho eso?!

—Porque tu pelo tiene que secarse y las gafas estaban manchadas —fue su directa e irrefutable respuesta.

Aunque Duncan tampoco habría podido añadir mucho más, aunque hubiera querido. Lo que había sido una acción inocente para que estuviera más cómoda se había convertido en algo muy distinto. Por fin podía ver el color sus ojos y estaba absorto en la contemplación de sus iris dorados. Era como si hubieran captado los rayos del sol en su interior. Cálidos y hermosos.

Eran de otro mundo.

—¡Eres un bruto!

Dallas, cuyos cabellos mojados y pegados al cuerpo eran tan largos que le llegaban hasta las caderas, se abalanzó sobre él. Tropezó en el camino y Duncan no dejó pasar la ocasión de aferrarla por la cintura... y, como al descuido, una de sus manos fue a parar a su trasero.

Le llegó el chillido amortiguado contra su pecho.

Iba a alargar la inesperada aunque deliciosa situación, y a recrearse en esos preciosos ojos, cuando notó sus temblores.

—Estás muerta de frío.

Echó un vistazo rápido alrededor hasta que localizó un tartán que había dejado descartado en el respaldo de una silla al salir de casa. Alzó a Dallas en brazos y se sentó con ella en esa misma silla después de coger la prenda seca, con la que la cubrió por completo, cabeza incluida. Luego frotó con suavidad sus cabellos.

—Me manejas como si fuera una muñeca...

Aunque era una protesta, a Duncan lo atravesó el ronroneo de placer que subyacía bajo sus palabras, e intentó que la sangre no hormigueara hasta ciertas partes de su cuerpo. Con ella encima, lo notaría enseguida.

—Por tu tamaño, bien podrías serlo —masculló.

Cuando sintió que ella dejaba de temblar, la apartó de su regazo a regañadientes y la dejó sentada en la silla mientras él se ponía en pie. Tenía que poner algo de distancia entre ellos o era probable que Dallas saliera

corriendo a pesar de la tormenta.

—Te escucho. Háblame de ti.

—¿Antes podrías darme mis gafas, por favor? Me duele la cabeza sin ellas.

Duncan accedió de mala gana, y los cristales volvieron a apagar el brillo del oro con el que refulgían sus ojos feéricos.

—Soy seria porque soy así. Es mi forma de ser.

El *highlander* parpadeó por la manera abrupta de empezar el tema.

—Mi madre murió cuando yo tenía seis años y mi padre también es un hombre muy serio. No tengo hermanos, pero tengo diez primos mayores que yo, todos locos por la tecnología. Ellos me enseñaron cada una de las cosas que sé. Siempre he sido bastante torpe y retraída, así que me conquistó un mundo en el que no era necesario mucho contacto humano. Y soy buena con los ordenadores. Tan buena que mi talento llegó a oídos de Fergus Maxwell y se hizo el encontradizo conmigo en una feria de queso de oveja y software. Me cortejó para que le enseñara mis conocimientos, lo que hice como una tonta. Luego me dejó plantada en el altar, mi padre se casó con Fiona y el resto de las cosas sobre mí ya las sabes. —Hizo una pequeña pausa—. Bueno, ahora también sabes que me gusta el queso de oveja.

Duncan fue asimilando toda la historia y la ira se fue apoderando de él.

—Ese bastardo... ¿Cómo sabes que se hizo el encontradizo contigo?

—Me envió un whatsapp algunos días después del plantón en la boda en el que me lo confesaba todo. Cómo siguió mis movimientos a través de Internet, lo difícil que fue ganarse mi confianza. Tanto que incluso tuvo que fingir que estaba enamorado de mí. Pero el asunto se le escapó de las manos. Fergus ya tenía una prometida, ¿sabes? Así que, una vez que consiguió lo que quería de mí, huyó y volvió con ella.

—Gusano cobarde —escupió el insulto con rabia y apretó los puños de pura impotencia por no tenerlo delante en ese instante.

Dallas se arrebujo en el tartán y lo observó.

—Tú sí que tienes un hermano, ¿verdad?

A Duncan le hubiera gustado seguir indagando sobre su pasado, las experiencias buenas y malas que había vivido. Pero, teniendo en cuenta que ella misma se describía como una persona reticente a hablar de sí misma, parecía que ya le había contado bastante y aceptó a regañadientes el desvío en el tema.

—Más bien una calamidad. Pero sí, tengo un hermano pequeño; tres años menor que yo, para ser exactos. Ian acaba de cumplir veintidós. Mis padres murieron cuando éramos unos críos y mi tío Arran nos acogió como si fuéramos sus hijos. Somos afortunados de tener a alguien como él.

—El *laird* Arran también tiene que sentirse muy orgulloso de ti, del hombre en el que te has convertido.

—Apenas me conoces, muchacha —resopló Duncan, azorado.

—Te conozco lo suficiente —fue su dulce réplica.

El *highlander* no supo qué decir. Se sentía muy halagado por su declaración, y algo aturdido por la conexión que se había establecido entre ellos en apenas una semana.

Para él, las mujeres eres seres demasiado delicados que había que tratar casi de puntillas, pero Dallas Sterling no se parecía a ninguna mujer que hubiera conocido antes. Era deslumbrante por dentro y por fuera.

Carraspeó y volvió a darle un giro a la conversación, hacia un asunto que ya se había tomado como algo muy personal.

—¿Y bien? ¿Ya tienes pensado qué harás para vengarte del cerdo de Fergus Maxwell? Podrías dejármelo a mí...

—En realidad, sí que lo tengo pensado. —Lo interrumpió con algo parecido a la excitación en una persona como Dallas Sterling.

Saltó de la silla, envuelta todavía en el tartán, y se hizo con su móvil para enseñarle algo. Muy seria.

—Esto es para publicarlo la noche antes de los juegos de las Tierras Altas y que se ponga nervioso. Lo he hecho yo misma.



El silencio quedó suspendido entre ellos por un momento, hasta que Duncan no pudo retrasarlo más.

—Es horrible.

Dallas frunció el ceño a la vez que miraba la pantalla.

—¿Tú crees? A mí me parece muy agudo.

—Malo de verdad.

La desilusión inundó el semblante de Dallas, pero luego se encogió de

hombros.

—Todavía tengo tiempo para pensar en algo... Ya se me ocurrirá. —Su expresión se volvió recelosa—. No sé si debo enseñarte los que tengo preparados para cuando pierda.

—Por favor —rogó Duncan—, enséñamelos.

La joven giró el móvil hacia él.



Duncan se llevó una mano a la barbilla.

—Apenas podría decirse que este es mejor que el otro.

El duendecito deslizó el dedo por la pantalla para mostrarle el siguiente.



—¿Pero qué demonios te ocurre con el ganado?!

Dallas le dirigió una larga mirada.

—Que vivo en una granja... Y no pienso cambiarlos. No insistas. — Aunque Duncan casi ni había separado los labios, era justo lo que iba a hacer —. Ahora, deberíamos practicar.

«¡Ni hablar!». No cuando por fin parecía que Dallas se abría a él y se sentía a gusto en su presencia.

—Aquí no tengo nada tecnológico —improvisó—. Aparte de mi viejo móvil. Y de ti.

Dallas sujeto el tartán con la mano izquierda y se agachó junto al pesado saco para extraer algo de él.

—Por suerte, soy previsor. He traído mi portátil para que podamos repasar los cuadros de Excel.

Duncan tragó saliva con fuerza para ahogar una maldición.

Los juegos estaban muy cerca, pero era cierto que quería más de aquella complicidad. Seguir escuchando la voz suave y ronca de ese delicado duende

que se había aparecido en el bosque, y sumergirse en los estanques de oro que eran sus ojos.

—No. No estás en la casilla correcta.

La lluvia seguía impactando contra el techo de ramas y hierba seca de la cabaña, como hacía horas, pero Duncan solo era consciente de la necesidad de frotarse los ojos y lanzar el portátil por la ventana. Habían comido algo rápido, un almuerzo muy frugal de pan y queso de oveja en honor a Dallas, y no habían dejado de practicar desde entonces.

Volvió a mirar el Excel.

	C	D	E	F	G	H	I	J	K
1	VACAS	OVEJAS	GALLINAS Y POLLOS	CERNICOS	PERRO (BA-BEL)				
2	29	-7	11	30	75				
3	1	28	10	1	14				
4	23	5	77	22	51				
5	18	28	77	63	66				
6	53	60	62	46	62				
7	12	22	66	12	50				
8	28	55	56	20	78				
9	27	50	41	67	70				
10	39	-8	12	30	65				
11	29	28	78	59	88				
12	18	25	66	32	75				
13	19	-2	62	26	62				
14									
15									
16									
17									
18									
19									
20									
21									
22									
23									
24									
25									
26									
27									
28									
29									
30									
31									
32									
33									
34									
35									
36									
37									
38									
39									
40									
41									
42									
43									
44									
45									
46									
47									
48									
49									
50									
51									
52									
53									
54									
55									
56									
57									
58									
59									
60									
61									
62									
63									
64									
65									
66									
67									
68									
69									
70									
71									
72									
73									
74									
75									
76									
77									
78									
79									
80									
81									
82									
83									
84									
85									
86									
87									
88									
89									
90									
91									
92									
93									
94									
95									
96									
97									
98									
99									
100									

—Yo creo que está bien.

Oyó el suspiro de Dallas a su espalda, que se paseaba sin descanso por la pequeña estancia.

—No, no. En el ejercicio dice que los MacLaine hacen una incursión para robar ganado a los McBean. Hay que sumar doce ovejas y ocho vacas a las casillas de los MacLaine y restarlo de los McBean. Tú lo has restado de los... McBain, que están justo encima.

Duncan sintió una especie de descarga eléctrica cuando la cabeza pelirroja

de Dallas, con su exuberante cabellera aún suelta, se asomó por encima de su hombro y sus pechos suaves se apretaron contra la espalda del guerrero para mirar la pantalla del ordenador.

Estaba tan seguro de que no lo había hecho a propósito como de que el invierno seguía al otoño, pero eso no fue impedimento para que se pusiera algo nervioso y se sintiera excitado por su contacto. Ella desprendía un aroma a bosque y a magia, y él solo era un hombre dominado por su encanto.

—¿Ves lo que te estoy señalando?

Si Dallas seguía hablándole con esa voz ronca al oído, se iba a encontrar con una sorpresa muy distinta al cuadro de Excel. Duncan se aclaró la garganta y luchó por concentrarse en la pantalla como si le fuera la vida en ello. Entrecerró los ojos.

—Lo he puesto en la fila correcta, muchacha, y no se hable más. Es mi última palabra.

Estaba convencido de que había sido de lo más contundente, pero la diablilla lo ignoró por completo. Rodeo la silla de madera sobre la que se sentaba Duncan, pegó el rostro a la pantalla del portátil y luego a unos centímetros del de él. ¿Es que quería volverlo loco?

Antes de que pudiera reaccionar, ella ya había volado hacia el dichoso saco.

—Un momento... —murmuró Dallas en voz baja mientras rebuscaba entre sus cosas—. Sé que metí un viejo par. Tienen que estar en alguna parte... ¡Ajá! Las tengo.

Sostuvo el objeto en cuestión escondido entre las manos y le lanzó una mirada especulativa.

—Están rotas, pero servirán para confirmar una duda que tengo desde hace varios días.

Desde luego, con esa mujer no le quedaba tiempo para aburrirse.

—¿Qué duda?

—Saber si de cerca estás más ciego que un topo.

—¡Eso no es cierto! —rugió Duncan, casi saltando de la silla—. Te daré una buena tunda por ser tan impertinente.

No se había amilanado antes ante su enfado, y no lo iba a hacer en ese momento por semejante fanfarronada. Su descarado y solemne duende se acercó con esos perpetuos labios apretados, en una misión que parecía de vital importancia. Cuando Duncan se iba a poner de pie, para ganar ventaja sobre ella con su elevada estatura, Dallas lo empujó en el pecho y se situó entre sus piernas abiertas.

—Estate quieto —le ordenó.

El *highlander* apenas daba crédito a lo que estaba pasando.

La muchacha adelantó el objeto que había sacado del saco, que no era otra cosa que un viejo par de gafas. Duncan contempló, atónito, cómo desplegaba una de las patillas, ya que parecía carecer de la otra, y las acercaba a su cara.

—Tienen mi graduación, pero estás de suerte porque yo tampoco veo bien de cerca. Quizás tú solo las necesites para leer.

¿Acaso estaba intentando consolarlo?!

Duncan se quedó inmóvil como un gamo asustado mientras las manos de Dallas revoloteaban por su rostro para colocarle aquella cosa.

El guerrero notó un peso extraño en el puente de la nariz y molestias detrás de la oreja izquierda a causa de los alambres que sujetaban la torcida montura de latón que, por supuesto, era demasiado pequeña para él. Por todos los demonios, aquello era ridículo.

—¡Me niego a llevar este aparato de tortura!

Empezó el movimiento que acercaría su mano hasta su cara para quitarse las gafas. Pero entonces, justo entonces, Dallas hizo lo último que Duncan habría esperado.

Comenzó a reír.

## Capítulo 5

Nada había preparado a Duncan para la avalancha de sensaciones que lo atravesaron al escuchar la risa de Dallas por primera vez. Era un sonido cristalino, cantarín, que se coló por cada recoveco de la piel del *highlander* y la fue acariciando en espirales de puro placer.

Atónito, se dejó envolver por sus dulces acordes como si se tratasen de un hechizo imposible de romper, hasta que enfocó bien la vista en su duendecillo pelirrojo y Dallas Sterling se apareció ante él con total nitidez tras los cristales prestados de las gafas. Pero no lo hizo como un duende, un hada o cualquier otra criatura sobrenatural; sino como la mujer hermosa y fascinante que era, capaz de robarle el aliento con solo posar sus ojos en ella.

En ese momento, Dallas parecía brillar.

Tenía la cabeza un poco inclinada hacia atrás, y los cabellos de amanecer se mecían sobre su cuerpo al compás de su risa cálida.

Sus ojos, en los cuales ahora podía distinguir con claridad motitas amarillas y castañas, destellaban con alegría absoluta al devolverle la mirada.

Su pequeña nariz estaba fruncida con adorable gracia.

Y su boca... «¡Por Dios!». A Duncan se le revolucionó el corazón. Nunca habría pensado en hallar tanto placer en contemplar unos labios sonrientes, plenos, que parecían pedirle...

—Dallas...

Su voz sonó muy grave.

Sin darle tiempo a que su alborozo remitiera, por miedo a que la melodía que salía de ella se apagara, la atrajo de las caderas para sentarla en su regazo y atrapó ese sonido de otro mundo con los labios.

Fue un toque efímero, que pareció calarle hasta el alma y llenarla con su música.

—Duncan, ¿qué...?

Dallas había apoyado sus pequeñas manos en los hombros del *highlander*, pero antes de que la joven soñara siquiera con moverse de entre sus brazos, Duncan volvió a acercarse a su rostro, esta vez para besarla con más firmeza. Sin embargo, calculó mal el ángulo, lo que provocó una inesperada colisión entre las gafas de ambos.

—¡Maldita sea! —se le escapó, frustrado.

Miró nervioso a Dallas, convencido de que estaba a punto de huir de su lado.

Ella, en cambio, descansaba confiada sobre su costado, con la mirada algo perdida y un rastro de sonrisa aún escondido en las comisuras de esa boca rosada. Duncan expandió el pecho en un suspiro mezcla de alivio y anhelo. Luego se quitó las gafas e hizo lo mismo con las de Dallas con mucha suavidad.

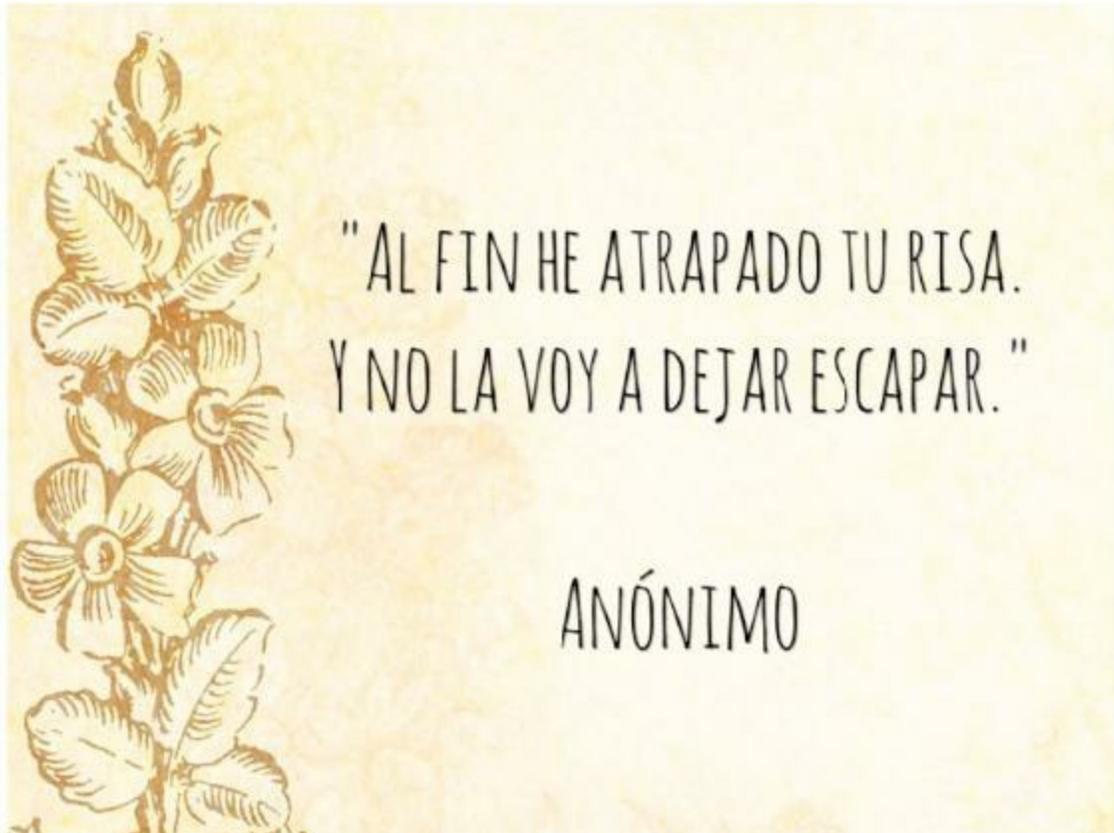
—Creo que no vamos a necesitar esto, de momento.

—Ah, ¿no?

—No. Porque al fin he atrapado tu risa, Dallas. Y no la voy a dejar escapar.

«Al fin he atrapado tu risa, Dallas. Y no la voy a dejar escapar.»

Sesenta y cuatro caracteres. Menos de la mitad de un tuit. Y, sin embargo, encerraban un mundo. Era una de esas frases que Dallas usaría como estado de Whastapp o como portada de Facebook, con un fondo bonito, y que recibiría muchos *likes*. Casi podía imaginársela.



La única, abismal diferencia era que la frase tenía dueño, Duncan MacLaine, e iba dirigida a ella. Solo a ella.

Y el beso que la había precedido, también.

Apenas se estaba recuperando de la liberadora sensación de reír frente a Duncan, cuando se había encontrado sentada sobre su regazo y los labios del guerrero habían presionado los suyos con mucha delicadeza. Demasiado cuidadoso y suave como para que Dallas fuera consciente del todo.

Pero la expresión con la que la estaba observando en esos instantes era más bien salvaje y prometía que lo que quería hacer con ella sería lento, muy lento.

Y no se equivocaba.

Duncan le abarcó el rostro con esas manos fuertes y gentiles a la vez. Le acarició las mejillas con los pulgares y luego los bajó hasta las comisuras de la boca de Dallas, las cuales se habían curvado hacia arriba minutos antes al ver su apuesto rostro completamente pasmado y enfurruñado por llevar unas

viejas gafas sin patilla. Después, los labios de Duncan sustituyeron a sus pulgares y Dallas perdió cualquier hilo de pensamiento coherente ante el reguero de besos que cosquillearon sobre su piel. Primero fueron toques cortos y calientes que dibujaron el contorno de su labio inferior y la hicieron temblar de la cabeza a los pies. Luego, Duncan regresó a las comisuras de la joven, y se detuvo más tiempo sobre ellas, saboreándolas con la lengua.

Su contacto quemaba. Pero no era suficiente.

—Duncan...

Se removió sobre sus muslos y Duncan la apretó más contra él.

—Shhh, mi pequeño duende. Quiero conocer cada curva de esa boca que me vuelve loco antes de devorarte a besos.

Dallas rodeó el cuello del *highlander* con los brazos, anhelando, por fin, el instante en que sus labios cayeran de verdad sobre los suyos, con el corazón acelerado y una extraña sensación entre las piernas...

Los dos oyeron a la vez el golpeteo de alguien que intentaba acceder a la cabaña, aunque Duncan, por suerte, la había trabado por dentro.

En su prisa por levantarse del regazo del guerrero, Dallas se tropezó y quedó tendida cuan larga era entre el escritorio y las musculosas piernas de Duncan, quien no consiguió responder para atraparla a tiempo por primera vez. Menos mal que no llevaba las gafas... En un acto reflejo, reptó bajo la mesa de roble e intentó fundirse contra la oscura pared de su escondite, con la cara en llamas. Un rápido cálculo la hizo llegar a la conclusión de que sería seguro abandonar ese refugio pasados unos treinta años.

—¿...bien? Dallas, ¿me has oído? ¿Estás bien?

Ella apenas asintió a la figura agachada de Duncan, mientras continuaba con las cuentas. Quizá cuarenta sería mejor.

—Mataré a quien nos haya interrumpido.

Dallas solo reaccionó con la sentencia de muerte que Duncan acababa de ladrar y, cuando este se dirigía hacia la puerta, lo llamó muy bajito.

—Dame una manta o algo con lo que pueda cubrirme —susurró cuando él

se agachó de nuevo a su lado.

Eso pareció devolverle algo de su buen humor.

—Que yo sepa, no tengo mantas para ser invisible. —Le guiñó un ojo—. A no ser que obres tu magia, mi pequeño duende.

—No seas tonto —lo regañó. Intentó mostrar su conocida severidad, pero volvió a sentir un alocado impulso de reír.

Duncan le alargó el tartán con el que la había cubierto hacía un rato, antes de gritar un poderoso «¡Ya voy, demonios!» y llegar hasta la puerta de madera, a la que seguían llamando sin descanso.

Dallas se envolvió como una momia en la lana y solo dejó una pequeña rendija para respirar.

Aguzó el oído cuando Duncan recibió al invitado inesperado con su potente voz.

—¡Ian! ¡¿Cómo se te ocurre salir con esta tormenta?!

«¡Oh, por Dios! El hermano de Duncan...». Dallas estaba dividida entre la curiosidad por conocerlo en persona y los nervios por que la descubriera allí.

—Tengo algo muy importante que contarte. —Escuchó decir a una voz casi tan profunda como la de Duncan—. Pero he llegado a pensar que iba a encogerme como un calcetín mojado después de lo que me has hecho esperar en la puerta. ¿Por qué diablos has tardado tanto en abrirme?

Dallas tuvo la certeza de que Ian estaba mirando el interior de la cabaña de su hermano con ojos curiosos. Se hizo lo más pequeña que pudo y rezó para que no reparase en un bulto cubierto por un tartán bajo el escritorio.

Su certeza se vio reafirmada cuando una sombra se cernió sobre ella, arrojando todavía más oscuridad a su escondrijo y dejándola con el corazón en la boca.

Volvió a respirar cuando, por el pequeño resquicio entre las arrugas de la lana, reconoció las piernas de Duncan, que trataba de taparla. Después, el guerrero arrastró una de las sillas de madera para colocarla estratégicamente delante de Dallas y se sentó con rapidez, lo que lo hizo quedar entre ella y el

campo de visión de su hermano.

—Estaba practicando para los juegos, lechuguino.

A Dallas no se le escapó el tono entre enfadado y cariñoso que usó con su hermano menor.

La risa de Ian resonó en toda la estancia y luego un crujido anunció que el joven había tomado asiento en otra silla.

—De eso precisamente quería hablarte. Verás, yo...

Un silbido de asombro hendió el aire y Dallas contuvo el aliento.

—¿De dónde has sacado todos esos artilugios?

¡Sus aparatos! ¿Cómo podía haberse olvidado de ellos?

«¿Por las caricias de Duncan, quizás?».

Tampoco era que necesitara responderse a sí misma siempre... Rogó por que Duncan pensara en algo razonable que contestar que no la implicase a ella.

—Son de Dallas Sterling.

—¡¿Qué?! —gritó Ian.

«¡¿Qué?!» hizo eco su mente.

—Encontré a Dallas Sterling por casualidad en la cabaña de ordenadores y se ofreció a echarme una mano con las pruebas de los juegos. Me ha prestado todas estas cosas, así que aquí me tienes. Practicando. Sin nadie más. Solo.

«Muy bien, Duncan. Creo que tu hermano lo ha entendido».

Un silbido más largo que el anterior precedió a las palabras de Ian:

—¡Vaya! Nunca me habría imaginado que recibirías ayuda de la *geek* Sterling.

Dallas notó el familiar latigazo de dolor en el pecho ante ese apodo. Esa era una de las razones que le había dado a Duncan para evitar mostrarse en público con él. Por el crujido de la madera, el *highlander* se había echado hacia delante.

—¿La conoces?

Su voz era mucho más fría que antes.

—Bueno, he escuchado hablar mucho de ella en las redes. Pero todavía no la conozco en persona, no.

—No la vuelvas a llamar así.

Dallas se estremeció por la ira que contenía su tono y, sobre todo, por su defensa.

—Si me lo pides con tanta amabilidad...

—Te lo estoy diciendo muy en serio, Ian. Será mejor que no me provoques.

—Tranquilo, Duncan. —La voz de su hermano también sonaba más seria—. Solo estaba bromeando. No volveré a llamarla así, te lo prometo.

A Dallas le pareció notar que hasta el aire se relajaba.

—Así que esa chica te ha caído muy bien, ¿eh?

Allí estaba de nuevo ese tono jocosos del pequeño de los MacLaine.

—Ian...

Y el de advertencia de Duncan.

—Me pregunto cómo será. No hay ninguna foto suya en Internet...

—Te he dicho que no me provoques. No me hagas repetirlo.

—¿Qué? Solo digo lo que pienso. Eres un cabrón con suerte. Esa chica es una leyenda de la programación. Maneja algoritmos, códigos binarios y demás términos que tú y yo ni nos planteamos que existen. Estoy seguro de que para ella es pan comido todo lo que te está enseñando. ¿Un zoquete como tú lleva bien estar al lado de alguien tan inteligente?

Dallas apretó la lengua mientras esperaba la respuesta del *highlander* y deseó que Ian se hubiera mordido la lengua.

No le había mencionado nada a Duncan de su amplia experiencia en programación porque no quería que se sintiera intimidado. No después de lo recientes que estaban las palabras tan hirientes que le había dirigido acerca de tamaño de su cerebro, y de las que se arrepentía muchísimo.

—Lo llevo... bien.

No. No era la respuesta más entusiasta del mundo, y Dallas volvió a

sentirse triste. Lo último que quería era que Duncan la considerase un bicho raro y la despreciara. Como hacía todo el mundo. Además, estaban sus besos... Y la promesa de más.

—En todo caso —continuó Ian—, venía a darte una noticia que incluso mejorará tu buena suerte.

—¿De qué se trata? —Le llegó la réplica de Duncan.

—Vengo de hablar con el tío Arran.

—¿Y qué te ha dicho? —Se interesó el guerrero—. ¿Que va a cancelar toda esta locura tecnológica?

Dallas intentó no enfadarse y seguir la conversación con todos los sentidos alerta.

—Pues no. En realidad, tiene más que ver con el final de los juegos.

—El final —repitió Duncan.

—Ajá. La culminación de tus esfuerzos. La recompensa, por decirlo así. El clímax de...

—Ian...

Dallas acababa de descubrir por qué Duncan era tan paciente con ella. Su hermano era un auténtico incordio. Apretó los dientes y estuvo a punto de deshacerse del tartán (que, por cierto, le picaba horrores) y zarandear al muy granuja para que hablase de una vez.

—¿Te acuerdas de Mairi? —preguntó Ian, por fin.

—Claro que sí, vive en la aldea, idiota.

—Exacto. Y además, es la muchacha más bonita de todas las Tierras Altas. O eso se dice —se apostilló Ian a sí mismo. A Dallas le estaba empezando a dar vueltas la cabeza por el calor de la lana y el rumbo de la conversación—. Sí. Lo cierto es que yo también lo pienso. Cabellos azabache, ojos azules como el reflejo del cielo en el Loch Katrine. Un magnífico par de...

—¡¡Ian!! —rugió Duncan.

—Por san Columba, Duncan, te has puesto un poco colorado. Cualquiera

diría que no hemos hablado nunca de mujeres hermosas ni hemos visto páginas web subidas de tono. ¿Qué eres? ¿Una monjita?

Duncan empezó a gruñir con instintos fraticidas, pero Dallas sabía que no podía moverse de la silla por miedo a delatarla.

—Además, Duncan. Tienes que reconocer que tú también has ido tras sus faldas —prosiguió aquel bribón—. Estoy seguro de que todavía te tiene embelesado. Y Mairi, a pesar de lo dura que es con los hombres, te hace ojitos, no lo niegues. Aún no he resuelto el misterio de por qué las mujeres te encuentran atractivo. He perdido la cuenta de con cuántas de has acost...

—¡¡¡Basta, Ian!!!

Dallas estaba convencida de que hasta la tormenta se había detenido con su orden.

—O me dices de una maldita vez lo que te ha dicho el tío Arran sobre los juegos o te saco de la cabaña por la ventana. Con los postigos cerrados.

—Y serías muy capaz de hacerlo. —Ian suspiró apesadumbrado—. Está bien. Ya que le has quitado toda la diversión, te lo diré: el tío Arran ha encontrado el aliciente perfecto para que ganes los juegos, y todas las partes están de acuerdo. El vencedor podrá besar a la bella Mairi delante de todos los clanes. No hace falta que me des las gracias por ser el primero en darte la noticia. O sí.

¿Duncan besaría a una hermosa mujer si ganaba los juegos?

El silencio en la cabaña se hizo eterno, y Dallas empezó a verlo todo borroso.

Duncan no pudo contenerse más y se levantó de un salto de la silla para acercarse a Ian.

—Dime que no es cierto que el tío Arran haya concebido semejante despropósito.

La cara de su hermano reflejó auténtica sorpresa.

—Claro que sí, ¿por qué no iba a ser verdad? ¿Es que no te alegras?

—¿Y Mairi y su familia? ¿También han aceptado?

Duncan era incapaz de creer tamaña locura.

—¡Sí! —ladró Ian, que también parecía estar enfadándose al fin—. Y yo también estoy de acuerdo. Es solo un beso, Duncan. No es como si fueras a casarte con ella. ¿Qué narices te ocurre? Sabes de sobra que Mairi no hace nada que no quiera hacer. ¡Y babeabas por ella no hace ni cuatro días, junto al río!

Era imposible defenderse de esa acusación porque Duncan había hecho exactamente eso, babear frente a Mairi cuando fue a bañarse en el río que rodeaba la aldea hasta desembocar en el Loch Katrine. Había sido después de estar practicando con Dallas e imponerse la obligación de interesarse por otras mujeres. Y Mairi, desde luego, era una mujer impresionante. Pero no quería que su pequeño duende escuchase todo aquello.

Algo había cambiado, incluso mucho antes de sus besos. O de lo poco que había podido saborear de ella antes de que los interrumpieran.

Le pareció oír un ruido procedente de debajo de la mesa.

Tenía que echar a Ian de la cabaña. De inmediato.

—Vete a casa, Ian.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? No sé qué te pasa hoy, pero... —El cuerpo de su hermano se arrellanó más en el asiento, si cabía, y enlazó las manos sobre el estómago—. No pienso moverme de aquí hasta averiguarlo.

Duncan inspiró hondo y probó otra táctica.

—¿No será que este año te propones ganar y quieres el premio de besar a Mairi para ti? ¿Por eso te parece bien?

Surtió el efecto deseado. Ian se levantó como un resorte, con la indignación plasmada en el semblante.

—Nunca, me oyes, nunca andaría detrás de una muchacha que te interesara. Dejé de flirtear con Mairi en cuanto vi tu actitud con ella, y apoyé al tío Arran en su decisión porque te veía bastante desanimado con los juegos de este año y pensé que te alegrarías. Pero quizá lo mejor habría sido

arreglarlo estampándote un buen puñetazo en la cara.

Ian, que tenía una complexión muy parecida a la suya, aunque algo más delgado, se acercó a él con el puño apretado.

Por el rabillo del ojo le pareció que el bulto que era Dallas se movía.

Debía sacarla pronto de allí abajo.

En cualquier otra situación, Duncan le habría dado una buena tunda a su hermano pequeño, por muy buenas intenciones que tuviera Ian, pero en ese momento levantó las manos con las palmas estiradas en ademán pacificador.

—Lo siento, Ian.

A su hermano pareció caerle un rayo, de lo quieto que se quedó.

—¿Lo sientes?

—Es verdad que estos días he estado algo alterado por las pruebas — improvisó Duncan. Más bien, ahora estaba alterado por cierta mujer envuelta como un *haggis* debajo de su mesa, pero en lugar de esa enorme verdad, le diría a Ian lo que quería oír—: No he dormido mucho por practicar con el ordenador, así que déjame descansar un poco para poder disfrutar de la anticipación de besar a Mairi, ¿de acuerdo?

Ian entrecerró los ojos con suspicacia, pero Duncan le palmeó en la espalda con tanta fuerza que prácticamente lo encaminó a la salida.

—Ahora déjame descansar, lechuguino. Hablaremos mañana.

Abrió la puerta y el olor a tierra húmeda invadió sus fosas nasales, relajándolo. Cuando su hermano iba a atravesar el umbral, lo detuvo.

—Ian. Gracias.

El lechuguino le dirigió una última mirada entre especulativa y divertida.

—De nada. Pero si yo fuera tú, estaría pensando en las mil maneras de hacer temblar las rodillas de una mujer con un beso, en lugar de darle a las teclas.

Eso haría, pero no con la mujer que su hermano creía.

Duncan corrió hacia Dallas.

## Capítulo 6

El *highlander* flexionó las rodillas hasta apoyarlas en el suelo y se estiró todo lo que pudo para alcanzar el pequeño bulto que yacía bajo su escritorio. Dicho bulto se agitó un poco, pero logró sacarlo, rodear la cortina de mimbre y llevarlo hasta la cama.

Luego procedió a desenvolverlo con suma precaución.

Lo que encontró dentro fue a una Dallas muy sonrojada y que respiraba con dificultad.

—Pequeña, ¿estás bien?

Intentó posar una mano en su mejilla, preocupado, pero Dallas apartó el rostro con debilidad y volvió la cabeza hacia la pared.

—Hacía mucho calor —respondió con el rostro girado, sin mirarlo—. Mis gafas, por favor.

Duncan reprimió un resoplido, se aproximó al escritorio para coger las gafas que había dejado antes allí y regresó para tendérselas a Dallas.

Ella se las puso sin pronunciar palabra, pero el guerrero no podía aguantar más.

—Verás... —comenzó—, toda la locura que has oído de boca de mi hermano...

—No tienes que darme ninguna explicación —lo cortó—. Yo solo existo para ayudarte a ganar en los juegos.

—Dallas...

El grito de ella hizo que se detuviera.

—¿Me puedes decir qué hago en tu cama?!

—Emm... —Duncan recorrió su cuerpo con la mirada antes de musitar—: Se me ocurren bastantes ideas sobre lo que puedes hacer en mi cama, pero no creo que sea a eso a lo que te refieres...

Dallas lo ignoró y trató de bajarse, todavía más sonrojada que antes, si cabía. Cuando apoyó los pequeños pies en el suelo, Duncan la vio la tambalearse y la sostuvo enseguida entre sus brazos, con la extraña sensación de que era allí donde la quería tener siempre.

—¿Vas a dejar que te cuide?

—No.

—Ya lo suponía —suspiró contra su pelo rojo—. Pero lo haré de todos modos.

A pesar de sus protestas, la levantó como si no pesara nada y la sentó en una de las sillas. Se apartó de ella con un esfuerzo casi sobrehumano, cuando lo único que quería era terminar el beso que habían empezado.

Se aclaró la garganta.

—Voy a traerte un poco de agua, ¿de acuerdo? Has estado a punto de asfixiarte debajo de ese condenado tartán.

Dallas asintió y Duncan volvió casi al momento con un vasito de madera que le acercó a los labios. Ella no quería que Duncan le diera de beber y trató de quitarle el vaso, pero el *highlander* no lo soltó y Dallas no tuvo más remedio que tocarlo cuando rodeó con sus manos el recipiente, sus finos dedos sobre los de él, algo con lo que el guerrero ya contaba. Las chispas que siempre saltaban cuando se rozaban volvieron a aparecer y Duncan prolongó el contacto unos segundos más. Dallas tampoco se retiró, aceptando la provocación con aparente serenidad en sus preciosos ojos. La admiraba por ello.

A desgana, soltó el vaso y la observó llevárselo a la boca y beber con traguitos delicados. Había bajado la mirada y Duncan lamentó no ver esos dos soles dorados, pero se recreó en el perfecto arco que formaban sus tupidas pestañas rojizas.

El borde de madera del vaso era algo irregular, y cuando Dallas acabó de beber, unas gotitas se escurrieron por la comisura de esa boca llena que volvía a estar muy seria.

Antes de que Dallas tuviera tiempo de alzar las manos para limpiarse,

Duncan le apresó las muñecas y se inclinó tan cerca que vio cómo sus pupilas se dilataban y su respiración se aceleraba.

Duncan, en cambio, se obligó a mantener la calma. Movi6 sus ojos verdes con total lentitud por su precioso rostro de duende y sac6 la punta de la lengua para lamer esa gota errante que le supo a dulces secretos. No pudo reprimir un gemido que hizo reaccionar a Dallas, quien lo apart6 con fuerza de s6.

—¡No!

El *highlander* se pas6 una mano por los largos mechones oscuros y e intent6 razonar.

—Dallas, no tienes que estar enfadada por lo del beso del ganador. Esto me ha pillado tan de sorpresa como a ti, pero quiero que sepas que no...

—No tienes que hacer eso para que te ayude a ganar.

Duncan entrecerr6 los ojos.

—¿Qué has dicho?

—Si quieres besar a Mairi, hazlo. No tienes que besarme a m6 tambi6n para asegurarte de que te voy a ense1ar. Te lo propuse yo, ¿recuerdas? Sin enga1os.

El *highlander* no daba cr6dito ante semejante acusaci6n.

—¡No puedo creer que pienses eso despu6s de estos d6as juntos! ¡Despu6s de la forma en la que te he tocado! —Duncan no encontr6 la satisfacci6n que esperaba al verla ruborizarse y la estudi6 con detenimiento. Estaba empezando a conocerla un poco mejor, y en ese momento ten6a enfrente a la Dallas que sacaba las p6as para protegerse—. Me estas mintiendo, Dallas. S6 que no me consideras un interesado. Que no me tomas por otro Fergus Maxwell.

Dallas mantuvo un terco silencio.

—Dime que no soy como tu exprometido para ti —casi rog6 Duncan, tom6ndola por los hombros—. Que no has pensado en que te estaba utilizando cuando te ten6a en mis brazos.

—Eres la persona más directa y con menos dobleces que conozco — murmuró, al fin, mientras se apartaba.

—Entonces, ¿qué es lo que ocurre?

Esa enloquecedora mujer seguía sin levantar los ojos del suelo, sin apenas moverse. Duncan hubiera preferido que le gritara, que le dijera que no quería que besara a otra que no fuera ella, en lugar de aceptarlo sin más. Al menos, así habría sabido qué tipo de sentimientos despertaba en su duende. Pero Dallas dijo algo muy distinto:

—Vamos a olvidar lo que ha ocurrido hoy entre nosotros.

Las palabras fueron casi como un golpe.

—¿Y eso por qué?

—Porque tú eres tú y yo... soy yo.

A Duncan ya no le quedaba ni un solo resquicio de paciencia en el cuerpo.

—Qué esclarecedor, Dallas, pero no lo comprendo. Será porque, según recuerdo, yo soy el imbécil de nosotros dos.

La vio abrir la boca, pero de pronto se escuchó el sonido de una gaita a todo volumen.

—¿Pero qué narices es eso? —exclamó, sobresaltado.

—Es el tono de llamada mi móvil.

—¿Una gaita? ¿Es en serio?

Dallas solo se encogió de hombros y se puso en pie para hacerse con el aparato y ver la identidad de la persona que llamaba en la pantalla.

—¡Ay, Dios mío! ¡Es mi padre! Ha debido de llegar a la granja y habrá visto que no estoy allí.

Dallas sostenía el móvil con las dos manos lejos de sí, como si creyera que le iba a explotar, y este no dejaba de vibrar.

—Puedes responder y decir que te encuentras en casa de una conocida.

Dallas tragó saliva de forma tan visible que Duncan fue testigo del movimiento de su deliciosa garganta.

—No, lo mejor será que me vaya ya mismo a casa. Seguro que mi padre

me nota algo raro en la voz y sabrá que no es cierto. No quiero que se preocupe.

Al fin soltó el aparato y empezó a arreglarse para partir.

Duncan alzó una ceja, pero solo dijo:

—Te acompañaré hasta la granja.

Eso detuvo el movimiento de Dallas de trenzarse en pelo a toda velocidad. Con esa odiosa tirantez.

—Todavía es de día y se ha pasado la tormenta. Lo mejor será que vuelva yo sola. No me ocurrirá nada.

—¿Y si me niego?

Por primera vez, lo miró con los ojos llenos de vulnerabilidad, herida.

—Por favor.

Duncan quiso darse de golpes y rogó por una respuesta caída del cielo que la mantuviera a su lado. Como no llegó, se obligó a decir las siguientes palabras:

—Está bien, Dallas. Tú ganas en este juego... por ahora.

La joven apretó los labios y se dispuso a guardar todos sus trastos en el saco. Cuando terminó, la acompañó hasta la puerta y la sujetó del brazo con cuidado.

—Tenemos un tema pendiente.

Ella quiso salir sin decir ni una palabra, pero Duncan la retuvo un momento más.

—Bien, finge que no ha ocurrido nada si lo prefieres. Pero, maldita sea, Dallas, escíbeme un whatsapp en cuanto llegues a casa o iré yo mismo a buscarte.

Su duende no iba a enterarse nunca de que Duncan la seguiría hasta que la viera entrar sana y salva en la granja, pero no estaba dispuesto a que lo echara de su vida sin más. Iba a pensar en él lo quisiera o no.

Cuando vio desaparecer su menuda figura por la puerta de la granja, sacó el móvil apaleado y contó el tiempo que tardó en llegar el mensaje de Dallas,

tratando en vano de no impacientarse.

Por fin, el condenado cacharro vibró.

Habían pasado once minutos.

Eso no era un «en cuanto llegues a casa», pero al menos había escrito.

Desbloqueó la pantalla y leyó el whatsapp con avidez.



Duncan parpadeó.

¿Y ya estaba? ¿Nada de un mensaje más largo en el que se sincerase sobre sus sentimientos o un cortés «hasta mañana»?... ¡Ni siquiera un emoticono lanzando un beso!

Por Dios, Dallas Sterling era una mujer cruel.

Cuando Dallas entró en su habitación, tras inventarse una excusa absurda sobre un curso de Photoshop al que había asistido en la sala de ordenadores comunales para que su padre no la regañara, empezó a temblar con violencia. Gregor Sterling siempre había sido muy comprensivo en cuanto a la pasión de su hija por las nuevas tecnologías, en lugar de obligarla a ser lo que se esperaba de ella: una muchacha que supiera cocinar, coser y que ya hubiera tenido dos o tres niños con un marido honrado; pero Dallas no creía que fuera a tomarse demasiado bien el que hubiera estado tanto tiempo a solas con un hombre. La joven luchó por contener las lágrimas que habían estado a punto de desbordarse en muchas ocasiones en la cabaña de Duncan, lo justo para mandarle el whatsapp a ese bruto, y luego se derrumbó sobre la cama. Los sollozos fueron amortiguados por las sábanas, pero nada podía atenuar el dolor que sentía en el pecho.

¿Por qué las cosas se torcían siempre cuando más feliz se sentía? ¿Y de la manera más humillante?

¿Cómo era posible que estuviera entre los brazos de Duncan, sintiendo sus caricias y riendo como nunca antes, y al segundo siguiente se encontrase escondida bajo un viejo tartán mientras escuchaba cómo ese mismo hombre iba a besar a una hermosa mujer como premio de unos juegos que ella le estaba ayudando a ganar?

El móvil zumbó junto a su oído y no pudo evitar limpiarse las lágrimas y echarle un vistazo para ver si se trataba de él.



¡El muy engreído había puesto una foto de su espectacular cuerpo de guerrero!

Dallas alejó de sí la inmensa tentación de salivar sobre la imagen poniendo

el teléfono boca abajo, y meditó unos instantes la respuesta.

¿Debería olvidarse todo, hasta de su venganza contra Fergus, y no volver a encontrarse él? ¿O llegar más lejos todavía y evitar que Duncan ganase los juegos? Incluso se le pasó por la cabeza la alocada idea de enseñarle cosas mal al *highlander* para que fallara en las pruebas e impedir así que besara a Mairi. Pero su conciencia jamás se lo permitiría y, lo más importante de todo, por mucho que doliera el verlo con otra mujer, no quería perjudicarlo.

Tenía miedo. Miedo porque, en contra de su buen juicio, había bajado las defensas que tanto le había costado alzar y había recibido una nueva herida. Y miedo porque, aun sabiendo que ella no podía ser para Duncan, se había enamorado de él.

Le envió un escueto «sí».

Dallas se despertó al día siguiente con un ligero dolor de cabeza en forma de pequeñas punzadas que arremetían contra sus sienes.

Solo con recordar todo lo que había ocurrido el día anterior sintió la inmensa tentación de esconder el rostro bajo la almohada y no salir en unos cuantos días, pero hizo de tripas corazón y se obligó a preparar las prácticas con Duncan. Le había hecho una promesa, lo ayudaría a ganar, y lo iba a conseguir como fuera. Incluso a costa de su corazón roto cuando lo viera unir sus labios con los de Mairi y alejarse de ella.

Ese era el último día antes de los juegos. Los últimos momentos que pasaría a su lado.

Llegó al claro, que ya era de los dos, muy puntual, pero Duncan ya estaba allí. Por la postura relajada que tenía, sentado contra un árbol y con un brazo apoyado sobre la rodilla flexionada, parecía que ya llevaba un buen rato esperándola.

Alzó la cabeza y el verde profundo de sus ojos la golpeó de lleno. Dallas notó las piernas bastantes débiles al acercarse a él. Ese día no se había puesto camisa, y los músculos de sus brazos y de su pecho dejaban el camino libre al

sol para acariciarlos.

—Buenos días, Dallas Sterling.

Parecía muy serio.

—Buenos días, Duncan MacLaine.

—Supongo que has dado por zanjado lo que ocurrió ayer.

—Supones bien.

Todavía no se había levantado, y Dallas tenía una nueva perspectiva de su rostro apuesto desde esa posición, alzada sobre él. Del cabello negro, que siempre parecía acariciar su frente, la nariz afilada y la mandíbula cuadrada y orgullosa.

El impulso de dejarse caer sobre el guerrero y besarlo fue arrollador. No supo de dónde sacó las fuerzas para resistirlo.

O quizá sí.

Del contundente pensamiento de que la *geek* Sterling estaba mejor sola. Así nadie le haría daño otra vez.

—Te propongo un trato, muchacha.

—Ya tenemos un trato, Duncan. Enseñarte. Y no lo estoy cumpliendo en este momento.

—Es el último día.

Dallas no pudo discernir si había alivio o tristeza en su voz y eso la enfureció.

—Precisamente por eso. No hay tiempo que perder.

Las manos de Dallas salieron disparadas hacia delante y aferraron las muñecas de Duncan con el propósito de levantarlo, como si su cuerpo se hubiera desconectado de la decisión que había tomado su mente en su necesidad por tocarlo. Tiró de él en un esfuerzo inútil, ya que era imposible que alguien de su tamaño moviera a un hombre de la envergadura del *highlander*... Aun así, no quería perder ese contacto.

—Vamos, levántate, diantres... —dijo entre dientes, haciendo palanca con los pies.

Las pupilas de Duncan brillaron con intensidad y con una simple flexión de los codos, que abultó esos bíceps que la hipnotizaban, la tuvo tendida sobre él.

—Eres un bruto —lo acusó con poca convicción.

—Pero eso ya lo sabías —susurró él cerca de su oído.

—¿Qué pretendes, Duncan? —Su voz sonaba muy débil.

—Una última lección que ninguno de los dos podamos olvidar.

¡Cómo si eso fuera a ocurrir! Cómo si no tuviera grabado a fuego cada segundo a su lado.

—Pero no aquí —continuó Duncan—. Quiero llevarte al lugar donde viven los duendes...

Sin saber exactamente cómo había ocurrido, Dallas se había dejado llevar de la mano por Duncan hasta un pequeño embarcadero a orillas del Loch Katrine.

Al ver que el guerrero la empujaba con cuidado hacia una barquita de aspecto inestable, clavó los talones en el suelo. Antes de que pudiera protestar, Duncan habló:

—Vamos a subir a esa barca, Dallas.

—No. —Negó con la cabeza, para luego soltar de carrerilla—: Tú subirás a esa barca, yo me resbalaré y caeré por la borda para hundirme hasta el fondo como una piedra, y asustaré a todos los peces del lago hasta que uno se decida a darse un festín conmigo.

La sonrisa pícaro de Duncan la cegó momentáneamente.

—Tienes una imaginación desbordante.

—En efecto. Pero mi dosis de tropiezos es aún mayor.

—No pensaba dejar que te subieras tú sola. Llevo contigo los días suficientes como para saber que, como mínimo, te mojarías los pies y, quizás, hasta podrías llegar a poner del revés la barca. —Dallas resopló—. Pero no se me había ocurrido que un pez quisiera... devorarte.

Sus ojos verdes brillaron más de la cuenta y Dallas sintió unas inexplicables cosquillas en el estómago.

—Bien. Este es el plan.

La joven parpadeó para centrarse y ver lo que hacía Duncan, que en ese momento había cogido el pobre «saco de las torturas» y, para su consternación, lo acercaba al lago.

—Sé lo nerviosa que te pone que tus trastos estén siquiera a cincuenta metros de una superficie líquida, así que primero pondremos esto aquí. — Colocó el saco con visible cuidado en medio de la barquita, aunque debió de seguir notando su incomodidad porque añadió—: Las juntas están en perfectas condiciones. No se filtrará ni una gota de agua, muchacha, te lo prometo. Ahora viene la segunda parte del plan. La que te incluye a ti.

——No creo que esto sea una buena ide... ¡ah!

Dallas apenas tuvo tiempo de notar la mano de Duncan en su espalda y luego el mundo cambió de posición cuando le sujetó por las corvas con la otra para alzarla en brazos.

No tuvo más remedio que aferrarse a sus hombros y cerró los ojos cuando la depositó también en el fondo de la barca como un cachivache más, esperando el desastre inminente.

Una ligera sacudida y el sonido del chapoteo del agua la hicieron entreabrir los párpados, entre cauta e incrédula.

—Puedes respirar, Dallas. No vamos a hundirnos —bromeó Duncan, ufano.

Por la sonrisa que mostraba, el muy granuja parecía estar disfrutando de lo lindo. Sus piernas, tan largas que ocupaban más de media barca, estaban abiertas a ambos lados de Dallas. Se había remetido la tela del *kilt* entre los anchos muslos para guardar las formas, tenía los brazos apoyados al descuido encima de los remos y la brisa le revolvía el pelo para dejarlo caer de nuevo sobre los hombros. Era la viva imagen de la relajación.

Si él podía hacerlo, Dallas lo intentaría al menos. No se dio tiempo a pensarlo más y estiró el cuerpo, que había encogido como una pelota, para

asomar la cabeza por el lateral derecho. Su piel era tan pálida que seguro que no se apreciaba que los dedos se le hubieran quedado sin circulación de tanto apretarlos sobre la madera de la borda.

Lo cierto era que, al cabo de unos minutos sin incidentes, la sensación del aire fresco en su rostro la hizo desear aflojar la tensión con la que estaba anudado su cabello y dejarlo flotar libre, tal y como el de Duncan. Pero se conformó con disfrutar de las vistas del lago... y del otro ocupante de la barca.

Gracias a los poderosos brazos de Duncan, ya habían recorrido unos cuantos metros desde la orilla y las aguas, calmas y oscuras, se convertían en ondas al paso de los remos. Dichas ondas se fragmentaban en cientos más, en un movimiento calmante y continuo, hasta desaparecer de nuevo en la inmensidad del agua, y las aves volaban con elegante pericia sobre sus cabezas. Una auténtica delicia.

—Deduzco por tu expresión, la cual, aún a riesgo de parecer arrogante, me atrevería a calificar como extasiada —siguió tomándole el pelo Duncan—, que nunca habías hecho algo así.

—No... Nunca. Solo había visto vídeos de paseos en barca en el canal de Loch Katrine en Youtube. Es maravilloso. —Suspiró.

—Pues espera al ver el resto. —Sonrió el *highlander*.

Fue tan fácil para Dallas imaginar que podría compartir muchos momentos como ese en el futuro... Luego se obligó a sí misma a recordar todas las ilusiones rotas que había tenido con Fergus y, para clavar el cuchillo un poco más hondo, el premio que estaría deseando recibir Duncan de ciertos labios femeninos tras ganar los juegos.

Había visto la foto de Mairi.

No logró evitar la enorme tentación y buscó en Facebook hasta dar con su perfil. La conclusión a la que llegó fue que era una mujer tan hermosa que casi dolía mirarla.

—Sé que te cuesta, mi pequeño duende enfurruñado, pero será mejor que alises ese ceño fruncido. Estamos a punto de llegar y no querrás asustar al

resto de duendecillos, ¿verdad?

Dallas se envaró ante sus palabras y le lanzó una mirada asesina.

—¡Por Dios! Ahora ese ceño es aún más feroz...

El muy sinvergüenza fingió echarse a temblar y ella tuvo que morderse el labio para que no se le escapase una sonrisa. Los ojos de un verde imposible de Duncan siguieron el movimiento y su expresión pasó de risueña a una incluso más seria que la suya. Intensa y... hambrienta.

Dejó de remar, totalmente concentrado en su boca.

Estaban tan inmersos el uno en el otro que no se dieron cuenta de que la barca estaba llegando a la orilla y el fondo de esta chocó con fuerza contra los guijarros que conformaban una diminuta isla alzada en el centro del lago.

El golpe hizo que Dallas se tambaleara y rompiera el contacto que los había tenido absortos.

—Perdona —se disculpó Duncan, con voz ronca—, estaba distraído.

Lanzó una última mirada a Dallas y recogió los remos para saltar a tierra con agilidad cargando «el saco de los tormentos». Tras dejarlo en el suelo, se volvió hacia ella con una enorme sonrisa y la mano extendida.

—Bienvenida a un reino mágico.

Dallas estiró la mano y tomó la de él para acercarse con cuidado al borde, sin devolverle la sonrisa.

Entonces, en lugar de alzarla en brazos, como la tenía acostumbrada ya, colocó sus impresionantes manos alrededor de la cintura de Dallas, en un gesto que se le antojó muy íntimo.

El tiempo volvió a quedar suspendido unos segundos en esa posición, hasta que la joven sintió la presión de los dedos de Duncan al levantarla en vilo.

—¿Dónde estamos? —preguntó, para aflojar un poco la extraña tensión que se había apoderado de ellos.

—Lo verás enseguida.

Apenas habían avanzado unos pasos sobre los guijarros, brillantes y

pulidos por el continuo abrazo del agua, cuando la frondosa vegetación les salió al paso.

Dallas no tenía ni idea de que pudieran existir lugares así en el mundo.

—Hay varias islas a lo largo del Loch Katrine —dijo Duncan, como si le hubiera leído el pensamiento—. La más famosa es la isla de Ellen, donde se encuentra el fuerte familiar de tu admirado Rob Roy. Pero, sin duda, mi favorita es esta.

El guerrero apartó unas cuantas ramas y cedió el paso a Dallas a una especie de túnel vegetal.

Avanzaron unos metros por él hasta llegar a un claro tan maravilloso que Dallas pensó que habían sido transportados a un sueño.

El brezo formaba una preciosa alfombra púrpura sobre la que revoloteaban cientos de mariposas multicolores y, esparcidas por una mano caprichosa, unas cuantas piedras se amontonaban aquí y allá, distribuidas de tal forma que parecían tener paredes y techo, como auténticas casitas de hadas recubiertas de mullido musgo.

—La llaman *Eilean Álainn*, «la isla hermosa». Yo prefiero pensar que aquí habitan los elfos, duendes y demás familiares tuyos...

Allí estaba esa sonrisa pícaro otra vez, esa voz ronca, dulce... ¿Cómo no iba a enamorarla?

En ese momento, Dallas deseó más que nada borrar el daño del pasado. Superar todos sus miedos e inseguridades y así tener la oportunidad de mostrarle a Duncan los maravillosos sentimientos que despertaba en ella.

—Ojalá tuviera magia —murmuró bajito.

Duncan lo oyó y le rodeó la cara con las manos.

—Tú eres pura magia, Dallas Sterling.

## Capítulo 7

—Muy bien —dijo Duncan de pronto—, vamos a practicar.

—¿Qué?

Dallas tuvo que parpadear varias veces para volver a la realidad. Una realidad que la golpeó en pleno rostro, como una bofetada. El guerrero se había acercado tanto a sus labios que había pensado que la besaría... ¡Menuda tonta!

—De acuerdo —consiguió responder, orgullosa. Se dirigió al saco—. Voy a sacar las cosas y...

—Así no, Dallas —la interrumpió él—. Hoy será un día especial, inolvidable. ¿Recuerdas?

Algo en su forma de mirarla y de decir esas palabras hicieron que su corazón empezara a latir con fuerza.

—No me gusta jugar sin conocer las reglas antes —logró decir.

Le pareció que su sonrisa se volvía algo diabólica.

—Chica lista... Está bien. Estas son las reglas: tú me harás las preguntas que quieras sobre todo lo que hemos estado practicando estos días. Si fallo, podrás pedirme algo a cambio.

—¿Algo como qué? —preguntó, recelosa.

—No lo sé, mi inocente duendecito. —Duncan encogió sus anchos hombros en un ademán natural y muy atractivo—. Tendrás que usar tu imaginación.

—¿Y si ganas tú? —quiso saber Dallas. Le parecía la parte más arriesgada del juego.

—Entonces seré yo el que tenga que usar la imaginación contigo...

Sus palabras sonaron broncas y oscuras. Tan prometedoras que Dallas se vio sometida a una dura lucha interna, en la que tuvo que decidir si hacer

preguntas difíciles o tan sencillas que le tocara perder siempre ante Duncan.

—Muy bien, duendecito. Será mejor que nos pongamos cómodos.

Duncan se sentó en un parche de hierba de aspecto apetecible, a la sombra de uno de los inmensos pinos que habitaban la isla y palmeó un hueco a su lado. Dallas se recogió con cuidado la falda para sortear unas pequeñas piñas de forma cónica que había dejado caer un alerce cercano, con las agujas todavía verdes y brillantes antes del otoño, y se acomodó junto al *highlander*.

—Si no me gusta lo que me pides —le dijo, con la voz algo temblorosa—, podré negarme. Eso no es discutible.

—Podrás hacerlo en cualquier momento —le aseguró Duncan con gesto tranquilizador, para añadir enseguida—: Pero te gustará.

—Está bien. —Dallas tomó aire y se colocó las gafas. Se lanzaría a la aventura—. Primera pregunta: ¿cuáles son los métodos abreviados para copiar o cortar y después pegar textos, archivos, datos u otros objetos con el teclado del ordenador?

Duncan arqueó ligeramente la comisura izquierda de la boca hacia arriba.

—Esa me la sé, por muy larga que hayas intentado hacer la pregunta. —Rebuscó en el saco mientras respondía—. Hay que pulsar «control C» o «control X» y luego «control V». Demasiado fácil, Dallas.

Dallas dio un respingo cuando vio que Duncan había sacado las gafas de realidad virtual y se inclinaba hacia ella.

—Mi deseo es que te pongas esto.

La joven no supo si sentirse aliviada o decepcionada al ver lo que el *highlander* le pedía, hasta que Duncan le ajustó las gafas, que la privaron de la visión, y una extraña inquietud se apoderó de su cuerpo.

—En realidad, me has hecho dos preguntas y yo te he dado dos respuestas. Así que... —El aliento de Duncan le rozó la oreja y la hizo estremecer—. Me corresponde otro deseo.

Dallas esperó en tensión a lo que fuera que quisiera Duncan.

—Túmbate.

—¿Qu... qué? —jadeó.

—Ya me has oído, Dallas. —Entonces su aliento le acarició el cuello—. Deseo que te tumbes.

Se echó hacia atrás de forma casi inconsciente, en respuesta a su voz, y Duncan la sujetó con ternura hasta que su espalda entró en contacto con el suelo; la mano del *highlander*, fuerte y ancha, le acunaba la nuca. Así, tendida en la hierba y rodeada de oscuridad, sintió el olor algo acre de la resina de los pinos y la fragancia dulzona de las flores, junto con la del propio hombre, que se encontraba muy cerca de ella.

—¿Tienes calor?

Su sola pregunta, su tono bajo y atrayente, la acalararon.

No se atrevió a moverse, expectante, y soltó un pequeño gemido cuando la mano libre de Duncan se apoyó en su rodilla y su contacto la abrasó a través del grueso tejido de la falda.

Sin embargo, no dijo nada sobre su atrevimiento, solo un suspiro trémulo se le escapó de los labios ante el agradable cosquilleo de la tela sobre sus piernas, conforme Duncan iba alzando la tela y dejaba su piel expuesta al sol y a la brisa, pero sin tocarla directamente.

—He querido tenerte así desde el día en que llegaste con tus condenados cacharros al claro y accediste a ponerte estas gafas. —Duncan había escondido el rostro en el hueco de su cuello. Su respiración se había vuelto pesada y cada palabra que pronunciaba era una caricia que rozaba esa zona sensible —. Te mostrabas tan seria y estricta, pero tan dulce contra mi cuerpo.

Dallas alzó la mano y tanteó con suavidad hasta dar con la mejilla del *highlander*. Su sentido del tacto, agudizado por la temporal ceguera, absorbió cada textura y cada ángulo de ese rostro tan bello, sin poder asimilar del todo las palabras que acababa de escuchar. Como si el apagón también hubiera llegado a su mente.

Solo se dejó llevar por las sensaciones, y una desconocida sensualidad se fue apoderando de ella cuando notó, por primera vez, cómo sus pechos se

elevaban con cada respiración y se acercaban a la audaz mano de Duncan, que ahora desataba los lazos del corpiño con tormentosa lentitud.

—Pregúntame más, te lo suplico —le pidió Duncan, para después girar el rostro y besar la palma de la mano con la que le estaba acariciando la cara—. Concédeme otro deseo, Dallas.

—¿Me dirías para qué sirve una crimpadora RJ45?

Duncan, que ya podía ver el delicioso inicio de los pechos de Dallas, detuvo en seco el movimiento de sus dedos y miró con fijeza esa exuberante boca entreabierta, de la que salían los más enloquecedores galimatías en el momento menos oportuno.

—¿Qué demonios acabas de preguntarme?

Si hubiera sido un hombre menos seguro de sí mismo, habría dado media vuelta y habría regresado a nado a la aldea en ese mismo instante.

Dallas se quitó las gafas de realidad virtual y se incorporó sobre los codos. La nueva postura hizo que sus preciosos senos asomasen todavía más fuera del corpiño y la excitación de Duncan volvió a prender como una hoguera... a pesar de las circunstancias.

—Hablamos de esas tenazas especiales para crimpar cables Ethernet aquella vez en la que me dijiste que la conexión del portátil de tu hermano estaba dando problemas. —Siguió la desquiciante muchacha, implacable—. No estoy haciendo trampa...

—¡Ya sé que no estás haciendo trampa, maldita sea!

Duncan rodó sobre sí mismo y también se incorporó hasta quedar medio recostado contra el recio tronco de uno de los árboles que los rodeaban. Dejó las rodillas algo flexionadas para disimular la delatora elevación del *kilt* entre sus muslos, vencido.

Había depositado sus esperanzas en llevar a Dallas a un lugar especial, un lugar en el que se sintiera cómoda, libre, y conseguir hacerla feliz. Estaba seguro de que disfrutaba con sus caricias y Duncan anhelaba continuar lo que

había comenzado en la cabaña, traspasar sus barreras y dejarla sentir el deseo y la ternura que provocaba en él. Pero había sido para nada.

Se pasó las manos por los ojos y la enfrentó.

—No he sabido la respuesta a tu pregunta, así que tú ganas, Dallas. Es tu turno para pedir lo que quieras. Aunque imagino qué es lo que vas a decir. — La joven estaba tan seria como siempre, aunque no había hecho ningún ademán por atarse el corpiño o bajar la falda hasta cubrir sus piernas, redondeadas y muy femeninas. Una nueva tortura que lo hizo apretar la mandíbula—. Dame un momento e iré a preparar la barca para marcharnos.

—En realidad... —Una sonrojada Dallas se puso en pie y comenzó a deshacerse la trenza. Su larguísima melena de fuego cayó en un seductor desorden, y a Duncan le temblaron los dedos por la necesidad hundirlos entre sus mechones—. Ese no es mi deseo.

El *highlander* se pegó un poco más al tronco, hipnotizado al verla caminar hacia él.

—¿No quieres irte?

—No —dijo con voz muy suave cuando llegó a su lado.

Casi le daba miedo preguntar qué era lo que quería.

—¿Puedo? —dijo Dallas, con un nuevo sonrojo.

Duncan agitó la cabeza, confundido.

—¿Puedo sentarme ahí? —Lo que su dedo señalaba como «ahí» era el propio Duncan, que fue incapaz de reaccionar o de respirar siquiera—. Algunas veces he visto a mi padre y a Fiona sentados así, acurrucados junto al fuego. Y siempre me pregunto si... si es tan agradable como parece. Tan íntimo.

Lo único que consiguió hacer un fascinado Duncan, que sentía la sangre correr descontrolada por sus venas y el corazón latir a la carrera en el pecho, fue tenderle la mano a Dallas.

Ella la aceptó con presteza, y el *highlander* vio, como si se tratara de una visión, cómo su hermoso duende se levantaba un poco la falda con recato

para pasar una pierna sobre él, antes de descender hasta su regazo para sentarse encima. En un último momento de lucidez, Duncan la acomodó sobre su estómago, porque estaba seguro de que llegaría al clímax con un solo movimiento de esa mujer sobre su miembro hinchado.

Al sentir el peso de Dallas sobre él, esas hermosas piernas abiertas y apretadas a ambos lados de su cuerpo y sus pequeñas manos apoyadas en su pecho, creyó estar en un sueño y la sujetó de la cintura por miedo a que pudiera desvanecerse en un parpadeo.

Pero Dallas Sterling era muy real y su clara misión era hacerle perder la cordura.

—Mi deseo, Duncan MacLaine, es saber si esta es una postura adecuada para besar.

Con un profundo gemido, Duncan, enterró por fin las manos en sus cabellos y le sujetó la cabeza para devorar su tierna boca.

Los labios de Dallas eran tan suaves como los recordaba, llenos y cada vez más húmedos por los toques de su lengua. Nunca conseguiría saciarse de ese sabor dulce y único. Le succionó con cuidado el labio inferior y Dallas emitió un pequeño jadeo que Duncan aprovechó para abrirse paso hasta el interior de su cálida boca. La notó tensarse un segundo entre sus brazos, aturdida por la invasión, hasta que se adaptó a las caricias de la lengua de Duncan contra la suya, y se relajó lo suficiente como para empezar a responder a ese beso. Al principio fueron unos roces tímidos, exploradores, pero Duncan tenía toda la paciencia del mundo para ella. La dejó conocer cada rincón de su boca hasta que estuvo convencido de que explotaría si no hundía su lengua de nuevo en ella. Al cabo de lo que podría haber sido un segundo o una vida, se separaron para mirarse a los ojos.

—Duncan —lo llamó Dallas, con su preciosa boca algo inflamada por los besos compartidos.

—Dime, mi bello duende.

Le acarició las mejillas tersas, encendidas con un atractivo rubor; y quedó atrapado por los destellos de sus mágicos iris dorados.

—No es nada. Simplemente... soy feliz.

Duncan ahogó una maldición y acercó su rostro a milímetros del suyo para susurrar:

—Que seas feliz para mí lo es todo, Dallas. Todo.

Y volvió a besarla como si le fuera el alma en ello.

Dallas también se entregó al beso con seductor abandono. Le rodeó el cuello con los brazos, mientras sus lenguas se enredaban y se buscaban sin descanso, y Duncan le colocó una mano en la base de la nuca y otra en la cadera para pegarla a él hasta que no supieran dónde acababa uno y empezaba el otro.

Sus movimientos se habían vuelto primitivos, necesitados de algo más, y Dallas había empezado a resbalar hacia el regazo del *highlander*. Duncan solo lo dudó un segundo, luego deslizó las manos por el cuerpo de Dallas, acariciando apenas los costados de sus pechos, hasta dejarlas descansar sobre las rodillas de la joven.

Se separó un momento de su boca exquisita para lanzarle la misma pregunta con la que Dallas lo había vuelto loco a él:

—¿Puedo?

Ella asintió con la vista algo desenfocada y las gafas un poco torcidas.

Estaba tan preciosa que Duncan se tomó su tiempo para deslizar los dedos debajo de la falda mientras la contemplaba. Después, empezó a trazar una línea con las yemas de los dedos desde los finos tobillos hasta las redondeadas pantorrillas, y se detuvo en la suavidad de sus corvas para robarle otro beso. Con su lengua unida de nuevo a la de Dallas, Duncan la sujetó por los muslos y la guio con cuidado hasta que ella acunó la rotunda masculinidad del *highlander* en el triángulo de sus piernas. A pesar de la ropa que los separaba, la sensación fue tan potente que les arrancó un profundo gemido a ambos y los hizo estremecerse de placer.

Fuera de sí por la expresión asombrada y excitada de Dallas, y por su propio deseo, Duncan la aferró por el trasero e impulsó las caderas hacia arriba en un nuevo golpe seco contra su sexo expuesto a él. Y lo repitió otra y

otra vez. Cada embestida provocaba un placentero quejido en Dallas que echaba aceite a las llamas que ardían en el interior del *highlander*. Cuando ella se apoyó en sus hombros y empezó a salir a su encuentro, Duncan se creyó morir.

No iba a tomarla, todavía no. Su duende apenas estaba empezando a descubrir lo que era estar con un hombre, y él se encargaría de acompañarla en cada paso. Pero esa experiencia estaba siendo más erótica e intensa que cualquier otro encuentro con una mujer que pudiera recordar.

Dallas cambió el ángulo en el que subía y bajaba contra Duncan por pura intuición, y le provocó un irrefrenable rugido.

—¡Dios! ¡Sí! Así, pequeña...

Los gemidos de Dallas también habían ido subiendo de volumen; tenía el ceño fruncido y la boca entreabierta, brillante por la saliva de Duncan, y él daría lo que fuera por verla mojada y caliente en todas partes...

Los movimientos de los dos se volvieron frenéticos y desacompañados, hasta que Dallas se detuvo de golpe y echó la cabeza hacia atrás con un grito de pasión que envió a Duncan directo a su propio orgasmo, con la dulce promesa de que alguna vez sentiría las contracciones del sexo Dallas alrededor de su miembro.

Luego se desplomó contra el tronco, abrazado a ella, mientras recuperaban el ritmo normal de su respiración. Al cabo de un rato, Dallas, que había estado acurrucada contra su pecho, depositó un tierno beso en su cuello que lo hizo estremecer de nuevo, y enderezó la espalda hasta apoyarse en las rodillas dobladas del *highlander*. La isla pareció quedar en silencio y para Duncan no existió nada más en el mundo que no fuera ella.

Dallas estaba sonriendo.

Sus hermosas facciones resplandecían al mirarlo con una expresión que derritió los huesos de Duncan y lo hubiera hecho caer de rodillas de no estar ya en el suelo. Esa sonrisa iluminaba todo el claro. Pero, sobre todo, le iluminaba el corazón a él.

«Te amo».

Se le cerró la garganta de pura emoción ante ese pensamiento.

«Díselo, Duncan. Solo son dos palabras. Tiene que ser tuya».

—Dallas... Yo te...

Una molesta vibración interrumpió el momento crucial. La sonrisa de Dallas se apagó y los hizo romper el contacto visual y mirar en derredor para encontrar la procedencia del ruido. Duncan había estado tan absorto en su duende que tardó un poco en darse cuenta de que se trataba de su propio móvil, que estaba dentro del *sporrán*. Si por él fuera, lo habría dejado sonar hasta que se quemara la batería o, mejor aún, lo habría arrojado al Loch Katrine. Así, ese puñetero cacharro jamás volvería a entrometerse entre los dos. Pero Dallas le devolvió algo de sensatez.

—Podría ser importante. A lo mejor el *laird* MacLaine te necesita en la aldea.

Con un gruñido exasperado, Duncan abrió la bolsa de cuero de un manotazo y sacó el teléfono. El nombre que vio en la pantalla lo dejó de una pieza.



Lo peor de todo fue que Dallas también lo vio.

## Capítulo 8

Duncan se quedó con el móvil en la mano, como paralizado, incluso cuando ya había finalizado la llamada, hasta que dejó de sentir el peso de Dallas sobre su cuerpo. El momento perfecto para confesarle lo que sentía se había evaporado, y pensó que sería mejor esperar a solucionar el asunto de Mairi de una vez por todas antes de abrirle su corazón a la mujer de la que se había enamorado por completo. Lo que no admitió ante sí mismo fue que posponer su declaración también era un buen escudo ante su temor a enfrentarse al posible rechazo de Dallas.

El *highlander* se levantó y se acomodó como pudo la ropa, sin quitarle el ojo de encima a ese hermoso duendecito del bosque que había terminado de atar las cintas de su corpiño y se estaba sujetando el pelo. Para su inmenso alivio, la joven no lo estaba trenzando en su tirante prisión, sino que se había recogido la parte superior en una coleta floja y el resto flotaba como un espléndido halo anaranjado hasta su cintura.

Duncan lo interpretó como una buena señal y, en dos zancadas, se colocó ante ella y se inclinó para darle un rápido beso en los labios.

—Estás preciosa.

Las mejillas de Dallas se colorearon y se puso de puntillas para devolverle el beso. Con ese sencillo gesto cariñoso, consiguió que Duncan la deseara hasta la locura otra vez.

—Gracias —respondió ella con timidez. Sin embargo, no lo miró a los ojos.

El *highlander* puso un dedo bajo su barbilla y se la alzó con delicadeza para que lo enfrentara.

—¿Te avergüenza lo que hemos hecho? —inquirió en tono suave.

—No... Me ha gustado mucho. Muchísimo —contestó Dallas con su voz ronca y suave.

Sus ojos dorados lo atravesaron antes de morderse el labio inferior y a Duncan le flaquearon las piernas.

—A mí también... Muchísimo —susurró, para después pasarle la lengua por la zona que había rozado con los dientes. Quiso profundizar el beso, pero Dallas giró el rostro y la boca de Duncan solo encontró su mejilla.

—Quizá deberíamos volver ya. Por si alguien te está buscando...

El rechazo que tanto temía el *highlander* había llegado.

—¿Eres una mujer celosa, Dallas? —preguntó a bocajarro.

—¿Qué? Pues... yo... n-no lo sé —tartamudeó, pillada por sorpresa.

—No me has preguntado para qué querría llamarle Mairi. O si ya hemos hablado en otras ocasiones. Ni siquiera me has dicho nada sobre el supuesto premio de los juegos. —A lo mejor estaba siendo muy brusco y la estaba presionado demasiado, pero Duncan tenía que saberlo porque Dallas intentaba escapar de nuevo y a él le hacía daño—. ¿Acaso no te importaría que besara a otra mujer? ¿Que le diera placer como te lo he dado a ti?

El semblante serio de Dallas se había ido oscureciendo por momentos, pero las lágrimas se agolparon en sus ojos con las últimas preguntas de Duncan y la bofetada que le dio resonó entre los árboles.

—Eres despreciable.

La joven hizo el intento de darle la espalda, pero él no se lo iba a permitir. La aferró por los hombros e impuso su fuerza sobre ella.

—¡Solo quiero que te abras a mí! —Sabía que no era justo lo que la estaba exigiendo cuando él mismo no le había confesado que la amaba. Pero la incertidumbre que provocaba Dallas en su corazón lo hacía guardar silencio—. Quiero que me digas lo que de verdad sientes aquí dentro...

Puso la palma de la mano sobre el pecho izquierdo de Dallas y apretó las mandíbulas hasta que le dolieron por la urgencia de tocar cada parte de su cuerpo otra vez. Por descubrir el color exacto que pintaba sus pezones.

—¿Y qué quieres que te responda, Duncan?! —Le propinó un buen manotazo mientras algunas lágrimas se escurrían por sus mejillas—. ¿Que sé

que Mairi es tan hermosa que soy una cosa insignificante a su lado? ¿Que no hay comparación entre la beldad de las Tierras Altas y la pobre *geek* Sterling?

Duncan se quedó boquiabierto y negó repetidas veces con la cabeza.

—¿Eso es lo que piensas? —dijo al final.

Pero Dallas no lo escuchaba porque se había desbordado por completo.

—¡Eres un bruto! ¡Un insensible... majadero! ¡Haz lo que te plazca con ella! ¿Qué fue lo que dijo Ian? ¡Ah, sí! ¡Babea por ella! —Dallas le estaba golpeando el pecho con los puños según lo insultaba—. Y... y... ¡Ni se te ocurra besarla! ¿Me oyes, Duncan MacLaine?

Todo lo que oía Duncan era el rugido de la sangre en sus oídos.

La alzó en vilo y atrapó su boca con desesperación; mordisqueó, lamió y se hundió en ella, lo que apagó sus protestas y las tornó en gemidos. Dallas le rodeó la cintura con las piernas y Duncan la apretó contra su nueva erección. Más que un beso, la fricción de sus cuerpos era un huracán.

—¡Duncaaaaaaaaaan!

El alarido llegó desde el túnel vegetal que conectaba la orilla con ese pequeño claro de la isla.

—No. Por Dios, no es posible. —Duncan enterró la cara en el cuello de Dallas—. Juro por los colores del clan que esta vez lo mataré de verdad.

—¿Es tu hermano?! —exclamó Dallas con un chillido, aún sujeta a él.

Antes de responder, apoyó la frente en la suya para recuperar el aliento, y luego la hizo resbalar por su cuerpo hasta el suelo.

—Mucho me temo que sí.

Apenas habían puesto unos centímetros de separación entre los dos, cuando Ian irrumpió en el claro.

No venía solo.

Dallas todavía sentía el enfado y el deseo provocados por Duncan, que le hacían hormiguesear hasta las puntas de los dedos, cuando Ian MacLaine, casi tan apuesto como su hermano, se abrió paso hasta ellos.

Intentó recuperar algo de la compostura que había perdido después del explosivo encuentro que acababa de vivir con Duncan para enfrentarse a una conversación entre ambos hombres, pero toda su entereza se desmoronó al ver a la persona que había llegado con Ian.

Dallas se encontró con Mairi cara a cara.

Y la realidad superaba con creces a cualquier foto que hubiera podido encontrar.

Los cabellos azabache se curvaban con gracia sobre un cuerpo escultural, al que acompañaba un rostro de ángel con dos inmensos zafiros por ojos. Estaban fijos en Duncan y a Dallas se le encogió el pecho de forma dolorosa.

Ian fue el primero en hablar.

—Hola, borrego. Te he estado buscando por toda la aldea y me he encontrado a Mairi por el camino, que también estaba intentando dar contigo. —La aludida asintió con una sonrisa de madona italiana y un devastador aleteo de pestañas. Estaba ruborizada y parecía muy complacida con lo que veía—. La muchacha incluso te ha llamado por teléfono, pero le he dicho que era inútil. Nunca le prestas atención al móvil. Es una suerte que yo haya tenido la corazonada de que estarías aquí.

—¿Para qué me estabais buscando? —preguntó Duncan, ignorando el resto del discurso.

—No seas maleducado, hombre. Antes tienes que presentarnos a tu acompañante. —El índice de Ian apuntó a Dallas, y esta tragó con dificultad—. Por casualidad, ¿no serás Dallas Sterling?

—La misma —respondió, una vez que se hubo aclarado la voz. Llevó los brazos hacia delante y enlazó las manos, como cuando era pequeña y se ponía nerviosa en la escuela, en presencia del maestro.

—¡Vaya! —Ian la repasó de arriba abajo en un gesto que parecía ser apreciativo y concentrado al mismo tiempo—. No me extraña que mi hermano haya estado tan ocupado preparándose para los juegos.

—Ian.

El descarado de Ian ignoró a su hermano mayor y le guiñó un ojo a Dallas al encaminarse hacia ella. Ante la mirada atónita de todos los presentes, la rodeó con los brazos en un abrazo de oso y le estampó un beso en la coronilla que la dejó paralizada de la impresión.

—Gracias por ayudar a ese tarugo, Dallas.

—Esta vez sí que no te libras de una paliza que te va a dejar sin un hueso sano en el cuerpo.

La expresión de Duncan era tan turbulenta que Ian la soltó y se alejó dos pasos, sin perder la sonrisa, aunque eso no pareció apaciguarlo en absoluto. Mostraba las claras intenciones de abalanzarse sobre su hermano pequeño, así que Dallas ahogó un jadeo y le aferró la muñeca izquierda con las dos manos cuando pasó por su lado, hecha un manojito de nervios. Lo último que le faltaba ese día era ver una pelea entre Ian y Duncan. El contacto pareció electrizarlos a los dos y calmar a Duncan al instante. Se volvió hacia ella y Dallas se perdió en sus ojos verdes, que la contemplaban con intensidad.

—¿De verdad eres Dallas Sterling?

La melodiosa voz se filtró en los oídos del trío como el rasgar de una dulce arpa. Mairi se había aproximado a ellos y, en una maniobra intencionada o no, se posicionó entre Dallas y Duncan. Era más alta que ella y a Dallas no le gustó nada tener que estirar el cuello para mirarla cuando la joven volvió a dirigirle la palabra.

—He oído bastantes historias sobre ti. —Era una forma de hablar muy ambigua que no aclaraba si lo que había escuchado era bueno o malo—. ¿Así que estás enseñando a Duncan? Me parece una gran idea, ya que se te dan muy bien los ordenadores.

A Dallas le sonaba como si le estuviera dando permiso para estar con Duncan. Se sentía muy intranquila y respondió sin pensar:

—Bueno, nos estamos enseñando muchas cosas mutuamente.

Le pareció que Duncan hacía un ruido como si se estuviera atragantando y que Ian se tapaba la boca tras una mano. ¿Qué narices les pasaba a esos dos?

Mairi abrió unos ojos grandes e inocentes.

—Oh, eso es fantástico. Verás, en realidad, yo también he venido aquí para hablar con Duncan sobre los juegos de las Tierras Altas.

A Dallas se le cayó el alma a los pies. Seguro que venía a hablar sobre el beso.

—Los dos hemos venido —intervino Ian— porque los otros clanes ya están llegando a la aldea y creo que deberías estar allí con el tío Arran y conmigo para recibirlos.

Una idea casi tan mala como la de Duncan besando a Mairi se abrió paso en la mente de Dallas. Si los otros clanes estaban en Loch Katrine, era más que probable que Fergus Maxwell hubiera llegado también. Alzó la cabeza y se cruzó con la mirada de Duncan. De alguna manera supo que él estaba pensando exactamente lo mismo.

—Dadnos un momento para recoger las cosas y meterlas en la barca — pidió el *highlander*.

Guardaron lo poco que habían sacado de nuevo en el saco sin intercambiar ni una palabra. Aunque Dallas acababa de aprender que el roce de dos cuerpos podía ser tan elocuente como mil frases dichas en voz alta, nada de lo mucho que tenían para decirse se podía compartir con los otros compañeros del claro. Ian los observaba con parsimonia desde una roca en la que se había sentado y Mairi, en cambio, estaba toqueteando el móvil sin despegar la vista de la pantalla.

Una enorme sensación de pérdida invadió a Dallas cuando abandonaron ese precioso rincón escondido en el lago y dejó atrás las casitas de duendes de *Eilean Àlainn*, con Duncan pegado a su espalda. Casi no había tenido tiempo de asimilar el torbellino físico y emocional en el que la había sumido, lo feliz que la había hecho o el placer que habían compartido, cuando todo había dado un giro cuyas consecuencias podían ser desastrosas.

Cuando estuvieron cerca de las dos barquitas, Duncan dejó el saco en el centro de la que los había traído a ellos y se volvió para ayudarla a subir. Ninguno de los dos contó con la agilidad de Mairi, que se aferró al brazo del guerrero para impulsarse sobre la barca con una gracia asombrosa.

—Dallas, ¿te importaría cambiarme el sitio en la barca? Me gustaría hablar con Duncan de vuelta a la aldea.

«¡Si ya estás sentada dentro!», protestó una voz furiosa en su interior. «Mejor quédate tú ahí y Duncan y yo te llamamos por videoconferencia». Pero la tímida Dallas no conseguía encontrar palabras para oponerse que no sonaran ridículas. Ya bastante vergüenza había pasado hacía un rato pidiendo a gritos a Duncan que no besara a aquella belleza. Solo él conseguía llegar hasta lo más profundo de su ser y hacerla perder los estribos, pero, al mismo tiempo, lograba que se deshiciera de sus inhibiciones y temores, por mucho que tratara de esconderse en ellos. Si pudiera volver a mostrarse tan atrevida como cuando pidió su deseo en el claro...

Mairi aprovechó el tiempo que Dallas tardó en responder para tomarlo como una aceptación.

—¡Estupendo! —Lo celebró con unas palmadas que a Dallas se le antojaron ridículas.

Un brazo fuerte cayó sobre sus hombros y se encontró con el rostro cariñoso y algo serio de Ian.

—No te preocupes, Duncan. Yo cuidaré de Dallas.

Ella lanzó una mirada implorante al *highlander* con el que quería ir, pero él no hizo ningún movimiento para evitar la separación.

—Más te vale no sobrepasarte con ella, Ian —fue lo único que dijo.

No había más que añadir, así que Dallas se dirigió con Ian a la otra barca con toda la dignidad que pudo reunir.

Se quedó mirando la amenazadora cáscara de madera con indecisión, muy disgustada con Duncan y preguntándose cómo subir sin pedir ayuda al pequeño de los MacLaine ni romperse la crisma en el intento.

Infló el pecho y se dio ánimos en silencio. También hizo un pequeño esquema mental de los pasos que iba siguiendo:



Se le escapó un grito imposible de contener y las manos de Ian la sujetaron a tiempo de evitar que acabara en el agua con un deshonroso chapoteo.

Solo que no era Ian.

Duncan tocó su cuerpo con la familiaridad que le había dado la intimidad que habían compartido y a Dallas se le erizó la piel por su contacto. La alzó en brazos sin dificultad y la puso en medio de la barca.

—Espérame en la otra orilla —le ordenó—. Ni se te ocurra marcharte sin mí o iré a buscarte. ¿De acuerdo?

Dallas se pasó la lengua por los labios e hizo un gesto algo vago con los hombros a modo de respuesta, sin perder detalle del fuego que iluminó sus ojos verdes, pero no se lo iba a poner fácil. Al fin y al cabo, se iba en la otra barca con la angelical Mairi.

—Voy a hablar con Mairi para decirle que no la besaré en caso de ganar los juegos, mi duendecito malhumorado —susurró el guerrero, a la vez que

estiraba la mano y le colocaba con dulzura un mechón detrás de la oreja.

El estallido de alegría en su pecho la dejó tan aturdida por unos momentos que Dallas ni siquiera se enteró de que Duncan regresaba a la otra barca y, cuando quiso darse cuenta, ella ya estaba en mitad del lago e Ian remaba con una expresión preocupada en su rostro.

—Lo siento mucho, Dallas.

—¿Por qué? —preguntó de forma mecánica, con la mente y el corazón muy lejos de allí.

—Sé que querías ir con Duncan, pero yo me he aprovechado de la situación y casi te he obligado a subir a la barca conmigo. —Dallas no respondió a algo que era tan evidente e Ian continuó—: Pero necesitaba que los dos hablásemos a solas. Verás, creo que he metido la pata hasta el fondo. Pensé que besar a una hermosa muchacha como premio en los juegos era una idea inofensiva, por eso estuve de acuerdo con el *laird* y lo animé a llevarla a cabo.

Dallas apartó los ojos de él y fingió que contemplaba los colores estivales de Loch Katrine hasta que dio con la otra barca, a bastantes metros de ellos. Desde esa distancia no podía distinguir los rostros de ninguno de sus ocupantes y la curiosidad la dominó. ¿Cómo estaría llevando Duncan la delicada conversación?

—He visto cómo te mira mi hermano, Dallas. La manera en la que os tocáis. —Fue una forma muy efectiva de que centrara toda su atención en Ian e hizo que se sonrojara de la cabeza a los pies.

—Duncan y yo... Nosotros...

No estaba nada segura de qué podía decirle.

—No hace falta que me expliques nada —dijo Ian, para su inmenso alivio—. Solo necesitaba disculparme. Lo siento de verdad. Espero no haberos causado problemas.

«Es un poco tarde para eso», pensó. Pero, en realidad, Ian no tenía la culpa. No podía saber todas las emociones que bullían entre ellos. Además, se apreciaba a la legua cuánto quería a su hermano, y eso era suficiente para que

Dallas le perdonara cualquier cosa.

—No pasa nada, Ian. —El joven tenía el rostro algo más redondeado que Duncan, y los cabellos más cortos y castaños, pero los dos hermanos conseguían algo asombroso en la seria y tímida Dallas: que siempre tuviera ganas de sonreír—. Todo saldrá bien.

Pronto los cuatro se reunieron en el embarcadero y Dallas buscó ansiosa las expresiones de Mairi y de Duncan. Ella parecía tener los ojos un poco enrojecidos, y el semblante de Duncan era bastante grave aunque relajado. Hubiera dado lo que fuera por quedarse a solas con él, pero tendrían que esperar bastante dado el comienzo inminente de los juegos. Por suerte, se sentía muy positiva e intentaría ser paciente. Tenía ganas de pellizcarse fuerte para comprobar que todo aquello de verdad no era un sueño. Que había alguien que la aceptaba tal y como era, y que la había antepuesto a todo lo demás. Y lo que más quería era confesarle a Duncan por fin lo mucho que lo amaba.

Contempló su imponente figura mientras hablaba con su hermano. Adoraba todo de él, su magnífico cuerpo, sus ojos, la forma en la que la hacía vibrar con su toque y, por encima de todo, la ternura, la paciencia y el sentido de humor que guardaba siempre para ella.

Como si hubiera tirado de un hilo invisible, Duncan se giró, se apartó algunos mechones oscuros de la cara y le dedicó una sonrisa torcida que la hizo estremecer.

—Será mejor que vayamos a MacLaine Tower —dijo a continuación—. El *laird* nos estará esperando. E iremos todos —añadió, lanzándole una mirada significativa a Dallas.

La joven sintió un ramalazo de pánico al pensar en encontrarse en un sitio público después de las humillaciones a las que la había sometido Fergus. Si no hubiera conocido a Duncan, habría dedicado su existencia a pasar desapercibida en su granja, rodeada de nuevas tecnologías y con poco contacto social. Sin embargo, en apenas una semana, Duncan había conseguido que su mundo se tambaleara y, en el transcurso de unas horas,

con su besos y sus acciones, había logrado que se replantease sus poco atractivas perspectivas. Ya no quería seguir refugiándose en la soledad, ni temer al pasado. Estaba enamorada de un magnífico guerrero que había hecho desaparecer sus miedos uno a uno y le había asegurado que su felicidad lo era todo para él. El brillo determinado y protector que transmitían los ojos del *highlander* la hizo asentir. A su lado, nada malo podía pasar.

El grupo se puso en marcha con la tensión crepitando en el ambiente. Mairi iba al final, sin abrir la boca y apenas prestando atención al camino por tener la vista clavada en la pantalla del móvil. Ian iba a la cabeza de la marcha y, cuando Duncan pasó junto a Dallas para ponerse a la altura de su hermano, le rozó el dorso de la mano con la suya en una secreta caricia.

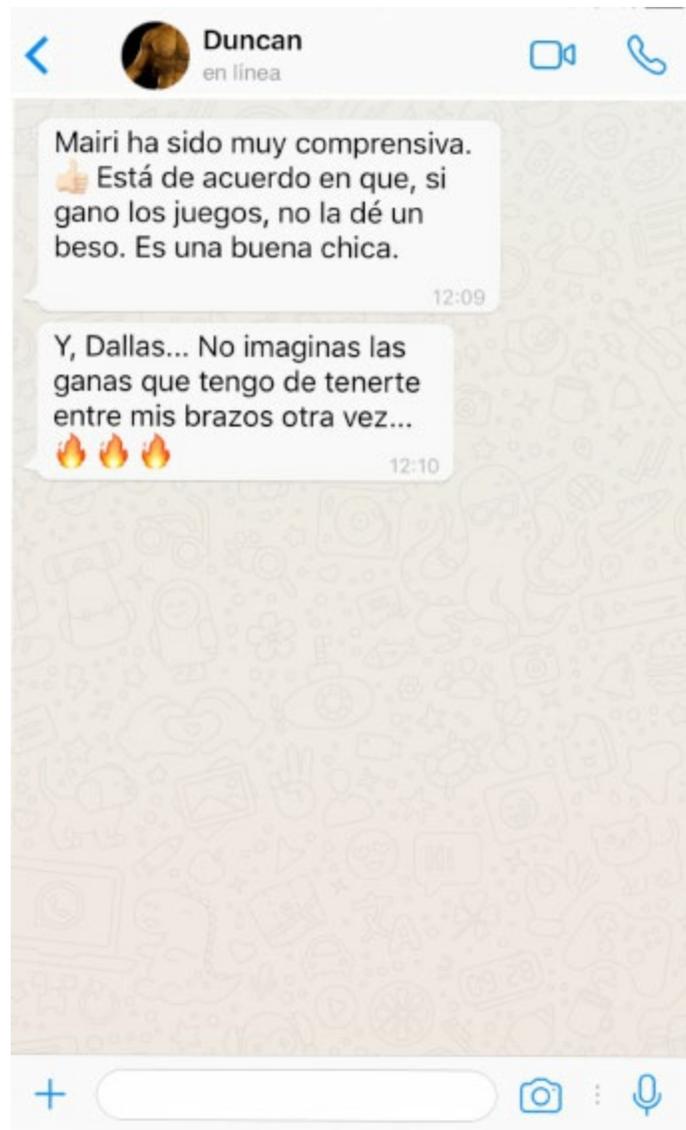
Dallas dio un traspie y Duncan la sujetó enseguida, como si lo hubiera estado esperando.

—Pon más cuidado, duendecito —fingió reñirla con ternura, antes de soltarla.

Siguió adelante como si nada y Dallas se quedó plantada en el camino como una tonta un momento más.

¡El muy sinvergüenza la había agarrado del trasero otra vez!

Al cabo de unos segundos, Dallas notó la inconfundible vibración de un mensaje entrante.



¿Emoticonos con fuego? ¡Qué poco romanticismo! Desde luego, era un auténtico bruto... Se le escapó una sonrisa y unas cuantas mariposas se pasearon por su estómago. Había de reconocer que ella también sentía mucho calor cuando lo tenía cerca.

Miró de reojo a Mairi y se sintió un poco culpable por la animadversión que había sentido hacia ella. No quería ni imaginarse lo que era experimentar que Duncan la rechazara y la joven parecía haberlo aceptado sin dramas. Sin embargo, no se acercó. Era una verdad irrefutable que no se le daba nada bien tratar con gente. De hecho, no sabía cómo actuaría cuando entrasen en

MacLaine Tower y tuviera que enfrentarse a la multitud congregada allí para los juegos. Para cuando avistaron los portones de madera de la fortaleza, donde se apreciaba un constante ir y venir de gente, una bola de hierro se le había asentado en el estómago a causa de la inquietud. Bola que sintió que se multiplicaba por mil cuando entró en la residencia del *laird* y notó todas las miradas puestas en ella.

## Capítulo 9

Dallas estaba muy intimidada por la cantidad de gente, animales y ruedas que levantaban nubecillas de polvo en el patio principal. Había carros repletos de comida, barriles de *whisky* y otras muchas provisiones, también había sirvientas con los brazos cargados de ropa y hombres que transportaban enormes baúles; la actividad era frenética en MacLaine Tower, pero no consiguió sacudirse la sensación de que muchos la miraban al pasar a la carrera como si supieran algo que ella desconocía.

Estuvo a punto de ser arrollada por un caballo que se había espantado a causa del ruido (ella podía comprenderlo muy bien), pero Duncan la apartó a tiempo y ya no soltó su mano. Ian se encargó de escudar a Mairi en el lento camino hacia la entrada del torreón. El espectáculo al llegar al Gran Salón era igual de impresionante. *Highlanders* de todas las edades y condiciones físicas, y con diferentes cantidades de pelo en el cuerpo, se insultaban y golpeaban de manera amistosa, con los colores de los clanes Duff, Craig, Maxwell y MacLaine estampados con orgullo en *kilts* y tartanes. Algunos se alojarían dentro del torreón y otros, por lo que Dallas había conseguido atisbar desde el camino, habían alzado sus tiendas en una loma próxima, junto a la gigantesca carpa que se había levantado para los juegos de realidad virtual, por si los sorprendía la lluvia.

—Tengo que reunirme con mi tío Arran —le dijo Duncan a Dallas junto a su oído para hacerse oír entre semejante estruendo.

Se volvió hacia él y estaban tan cerca que sus labios se rozaron sin querer. Duncan le apretó la mano más fuerte y la condujo a un rincón tranquilo, con un asiento de piedra bajo la ventana. La arrinconó contra la pared y el *highlander* quedó de espaldas a la multitud; su pecho y sus hombros anchos la tapaban por completo. Sin una sola palabra, unió sus labios a los de Dallas en un beso abrasador, excitante y escandaloso al saber que alguien podría

verlos, y que continuó con una estela de besos por la mandíbula de la joven hasta detenerse en la oreja.

—Haces que me olvide de todo y de todos, muchacha. Y solo sienta la necesidad de perderme en ti. —El aliento de Duncan era tan entrecortado como el suyo—. Te voy a llevar al cuarto que yo utilizaba cuando vivía con Arran. Allí estarás tranquila hasta que vuelva a buscarte, ¿de acuerdo?

—Y después, ¿hablaremos tú y yo?

Tenía mucho que decirle a ese apuesto bárbaro.

—Hablabamos... y otras cosas.

Con un hormigueo en el vientre, Dallas volvió a tomarlo de la mano y subieron unas escaleras muy empinadas hasta un estrecho cuartito en el lado este del torreón.

Duncan se detuvo en la puerta y le pasó el pulgar por el labio inferior.

—Será mejor que entres tú sola, mi pequeño duende, o yo no seré capaz de salir si te acompaño dentro.

A Dallas se le incendió el rostro, se puso de puntillas y le dio un cándido beso en la mejilla derecha.

—Nos vemos en un rato —se despidió, y se dispuso a entrar en la habitación.

Duncan dejó escapar una carcajada mientras la volvía hacia él y la abrazaba.

—Con que ahora nos ponemos remilgadas, ¿eh?

Dallas se fingió ofendida y alzó la nariz mientras le daba un golpecito en el pecho.

—No seas...

—Bruto —terminó Duncan por ella, con los ojos echando chispas—. Pero esa no es la despedida que quiero.

Ni Dallas tampoco. Se colgó de su cuello y le devolvió un mordisquito en el labio inferior, por todos los que le había dado él, que lo hizo gemir. Luego recorrió con la lengua el interior de sus mejillas, su paladar y la línea de sus

dientes, despacio y a conciencia. Para entonces, Duncan ya había bajado las manos hasta su trasero y la apretaba contra su cuerpo.

Sin embargo, una de sus manos cambio de dirección a la vez que la obligaba a ir hacia atrás y quedar apoyada contra el muro de piedra, sin dejar de besarse.

De alguna manera, Duncan había logrado sortear la falda y sus dedos empezaron a presionar su sexo, en un punto en concreto que enviaba calambres de placer por todas partes. Estaba muy excitada y la mano de Duncan se movió sin descanso sobre ella hasta que Dallas gimió el nombre del *highlander* en su boca al romperse en mil pedazos.

—Me cobraré el resto luego, diablilla —la prometió entre más besos y guio con cuidado sus desmadejados miembros hasta el interior del cuarto, donde Dallas cayó rendida en la cama.

Unos golpes en la puerta la sacaron de su estado catatónico. Se apresuró a abrir por si Duncan ya estaba de vuelta, aunque le parecía que no hacía tanto tiempo que se había ido.

Quiso cerrar con la misma rapidez, pero una mano fuerte aguantó el pesado marco de madera y la última persona en el mundo con la que quería estar se coló en el cuarto.

—Como no me dejes salir ahora mismo, empezaré a gritar, Fergus. —La joven apretó los puños, invadida por la ira al volver a ver a su antiguo prometido después de tantos meses de humillaciones, y por una buena dosis de inquietud por encontrarse los dos solos y alejados del salón principal—. Te aseguro que no te gustará enfrentarte a los MacLaine.

—¿Y a cuál de ellos tendría que enfrentarme, Dallas? —Los ojos azules de Fergus Maxwell destilaban furia—. ¿A tu amante?

A Dallas le dio un vuelco el corazón.

—No pongas esa cara de sorpresa. Os seguí desde el Gran Salón y fui testigo de vuestro... «intercambio». —Se pasó la mano crispada por los

cabellos rubios y cortos, que en otro tiempo ella había admirado, y se acercó más—. Nunca te mostraste tan apasionada conmigo.

—No seas ridículo —logró replicar con el rostro ardiendo—. Jamás he sentido por ti lo que siento por Duncan.

—¿Y podrías llegar a sentirlo? —inquirió, todavía más cerca.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Fergus?

Intentó rodearlo y llegar hasta la puerta, pero él no la dejó, bloqueándola con su cuerpo.

—Quiero recuperarte. Voy a fingir que no he visto nada de lo que acaba de ocurrir, aunque me esté muriendo de rabia, porque yo tengo parte culpa. Me comporté como un desgraciado y te abandoné, pero necesito estar contigo.

Dallas no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Y todos tus engaños? ¿Y tú prometida? —exclamó, indignada.

—No tengo justificación para mis engaños, solo la esperanza de que tu dulzura pueda perdonarlos, Dallas. En cuanto a mi *antigua* prometida, cancelé el compromiso hace unas semanas.

—Espero que no lo hicieras cuando ella también estaba vestida de novia en el altar —no pudo evitar replicar con amargura Dallas.

El *highlander* hizo una mueca de tristeza, acusando el golpe.

—En realidad, fue ella quien urdió todo el plan para humillarte, Dallas, porque se enteró de lo que sentía por ti. Fui un cobarde, me enamoré de ti de verdad, pero me sentía inferior por estar con una mujer tan inteligente como tú y salí huyendo de vuelta a los brazos de una joven que no me intimidaba en absoluto. —Aunque intentó mostrarse indiferente, a Dallas le dolían aquellas confesiones como agujitas que se le clavaban en el pecho—. Ella me permitió retomar el compromiso a condición de que te enviase aquel whatsapp en el que te hablaba de mi engaño, y luego se encargó de esparcir rumores sobre la *geek* Sterling por la red. Pero he recapacitado, Dallas. Te juro que he cambiado. Y te quiero a ti.

—Fergus, lo que yo quiero es que te marches ahora mismo —replicó,

entre triste y, en cierto modo, liberada—. Pensaba que sí, pero ya ni siquiera necesito tus disculpas.

—¿Y mi protección? —siguió insistiendo él, sin cejar en su empeño. Incluso intentó agarrarle las manos, pero Dallas no se lo permitió.

Una sensación ominosa se apoderó de ella.

—¿Para qué iba a necesitarla?

Más pesar inundó los rasgos simétricos de Fergus Maxwell.

—Eres muy inocente, Dallas. Vulnerable. Yo no deseaba que esto volviera a ocurrirte.

Fergus le extendió su propio móvil. Uno que ella le había ayudado a elegir cuando estaban juntos porque tenía las mejores características del mercado y una magnífica cámara frontal para obtener *selfies* de alta calidad.

—Lo vi hace un rato en Instagram.

Una parte de Dallas se negaba a mirar la pantalla de seis pulgadas, prefería mantenerse en la ignorancia y correr en busca de Duncan. Pero se obligó a coger el teléfono y lo que vio la hizo tambalearse.



Un sudor frío descendió por su espalda. No. Esa pesadilla no podía estar sucediendo otra vez. Además, con su imagen real. Ahora entendía por qué creía haber sentido miradas jocosas y especulativas cuando entró en MacLaine Tower. Aunque el cardo le hubiera tapado el rostro, solo había que sumar dos más dos para saber quién era ella, y más al verla junto a Duncan.

Entre todas las ideas que la torturaban y giraban sin parar en su mente, una se abrió paso con nítida claridad. Las ropas que llevaba en la foto eran las mismas que en ese momento; el escenario, justo el de esa mañana. Y un nombre acudió a su cabeza.

Mairi.

La angelical Mairi, que había estado toqueteando su móvil sin parar desde que llegó al claro de *Eilean Àlainn* y en el camino hacia el torreón.

Una lágrima traicionera se escurrió bajo sus gafas.

—¿Cómo ha podido? —murmuró para sí entre los labios resecaos.

—Dallas, estás muy pálida.

Fergus intentó enjugar su lágrima, pero ella lo apartó sin miramientos. Tenía que salir de ahí.

—Escúchame —la hostigó él, aferrándole el rostro para que se encontrara con sus ojos—, acepta ser mi esposa, como debió suceder hace tres meses. Ven a mi clan y yo te protegeré con el apellido Maxwell hasta que todo esto se halla diluido con un nuevo fenómeno de Internet que acapare toda la atención del público. Sabes que ocurrirá tarde o temprano. No te disgustes así, por favor.

Al no obtener respuesta, Fergus la zarandeó un poco.

—Si piensas que ese Duncan MacLaine va a seguir a tu lado, estás muy equivocada. Estoy convencido de que ya le has enseñado lo suficiente como para no hacer el ridículo en los juegos de las Tierras Altas. No querrá verse envuelto en esta nueva humillación y mañana te olvidará con la primera prueba.

—Tú sabes muy bien de eso, ¿verdad? —le recriminó.

—Sí. Pero soy el que está aquí ahora.

Dallas lo apartó de un fuerte empujón que lo pilló desprevenido y le dio la oportunidad de salir del cuarto de Duncan.

Su primer instinto fue huir. Huir hacia la granja tan rápido como le dieran las piernas, encerrarse allí para siempre e intentar que las burlas no afectaran ni a su padre ni a Fiona. Cuando llegó a las escaleras, bajó los peldaños como una tromba, tropezando varias veces, hasta que estuvo cerca del Gran Salón. Solo tendría que atravesarlo rápido y, una vez en el patio, continuar por los brezales y senderos hasta su hogar.

Entonces pensó en Duncan y frenó en seco.

Dallas ya no era la misma mujer que hacía unos días, ahora lo tenía a él. Aunque nunca le había hablado de lo que sentía por ella más que con su

cuerpo, estaba segura de que cuidaría de ella, que permanecería a su lado. Era Fergus Maxwell quien se equivocaba.

Le pareció escuchar pasos a su espalda, probablemente de Fergus, y se escabulló por uno de los pasillos de MacLaine Tower.

Estuvo deambulando lo que le parecieron horas, siempre cobijándose de los grupos de *highlanders* y sirvientes que iban y venían de un lado a otro con recados o jarras de cerveza en la mano. Cuando ya se sentía tan perdida y angustiada que pensó que iba a detenerse y empezar a chillar a viva voz su desesperación, vio a una joven doncella con rostro muy dulce. No debía tener más de trece o catorce años, y parecía tan tímida y pelirroja como lo había sido ella en su juventud. La muchacha llevaba unos trapos sucios en la mano y un poco de tizne en su mejilla con pecas, por lo que vendría de limpiar alguna de las estancias del *laird*.

—Disculpa. —La detuvo con voz insegura.

La joven hizo una inclinación y la miró sin ninguna malicia.

—¿En qué puedo ayudarla?

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Duncan MacLaine? Creo que estaba reunido con el *laird*.

Dallas se apretujó las manos con nerviosismo mientras formulaba la pregunta.

—Por supuesto, señorita. Están en la Sala de los Escudos. —Al ver la mirada perdida y acongojada de Dallas, la chica se explicó—: Es una estancia a la que se accede desde el Gran Salón, por el lado derecho de la enorme chimenea.

Dallas le dio unas efusivas gracias a la doncella y desanduvo el camino con un poco más de esperanza que minutos antes, y echando en falta un GPS que la orientara dentro de la propia fortaleza.

Por fin, alcanzó la puerta que le habían indicado. Empujó el pomo con mucha suavidad. Tenía tantas ganas de ver a Duncan que ni siquiera se le pasó por la cabeza llamar, a pesar de que dentro se encontrase el cabeza de los MacLaine.

—Está bien, tío. No tengo nada que objetar a eso. —Era la voz de su *highlander* la que se colaba por la abertura de la hoja, y el corazón empezó a golpearle con fuerza en el pecho a Dallas—. Si resulto ganador en los juegos, besaré a Mairi. Lo juro por el honor del clan.

A través de la diminuta rendija, pudo observar cómo estiraba el brazo hacia una tercera persona que escapaba a su campo de visión. Los dedos que agarraron los de Duncan eran finos, blancos y muy delicados, como los de un ángel. Los de una belleza morena de ojos azules.

A Dallas le faltó el aire de los pulmones.

Se giró y se dio de bruces con un cuerpo sólido al que se quedó anclada, sin fuerzas ni siquiera para llorar. Poco le importó que cuando Duncan salió de la Sala de los Escudos, la encontrase en brazos de Fergus Maxwell.

## Capítulo 10

*Un rato antes...*

Lo único que quería Duncan era acabar esa reunión con su tío de una maldita vez y volver cuanto antes junto a Dallas. Solo de pensar que en esos momentos ella estaría tumbada sobre la cama que fue suya una vez, hacía que le diera vueltas la cabeza.

Pero las noticias que le estaba dando Arran eran una auténtica porquería.

—Soy el jefe del clan —estaba diciendo su tío en ese momento—, y cualquier desobediencia hacia mí recibirá un castigo. Incluso la tuya.

—Entonces, encuentra otra solución.

—¡No la hay! —El *laird* de los MacLaine rondaba ya la cincuentena, pero todavía era tan alto y fornido como sus sobrinos, y el fuerte golpe que dio en la mesa para enfatizar sus palabras lo demostró—. Pero no se te ocurra perder a propósito en los juegos de mañana, Duncan, porque yo lo sabré —terminó diciendo, apuntándolo con un dedo.

Duncan miró a su alrededor, sin ver en realidad los escudos de sus ancestros, golpeados, arañados y llenos de tajos, que colgaban de las paredes y daban nombre a la sala. Necesitaba ganar tiempo.

—Van a participar muchos hombres buenos que podrían derrotarme —improvisó—. Cabe la posibilidad de que...

—Ellos no serán el próximo *laird* MacLaine.

El *highlander* palideció y observó a su tío.

—Eso aún no está decidido.

—Sabes bien que sí. No tengo hijos que puedan sucederme, pero tú eres sangre de mi sangre, un guerrero leal y poderoso a quien el clan respeta. El consejo estará de acuerdo cuando llegue el momento.

Para Duncan sería una inmensa responsabilidad y un tremendo un orgullo

cuidar de los MacLaine. Un anhelo que nunca se había atrevido a exteriorizar del todo.

—Serás un buen *laird*, Duncan; has aprendido incluso más de lo que yo podía enseñarte. Sin embargo, el bienestar de nuestra gente también implica sacrificios.

—No creo que besar a Mairi o no en los juegos influya en el bienestar de la aldea —contraatacó.

—Yo le di mi palabra a Mairi de que así se haría, y la palabra de un MacLaine no se rompe.

—Yo también le di mi palabra a Dallas Sterling de que no besaría a otra mujer.

—¡No seas necio! —Golpeó otra vez la mesa con el puño y volvieron al principio de la discusión, cuando Duncan expuso al *laird* que no aceptaría el premio de los juegos porque albergaba sentimientos muy fuertes por Dallas —. La palabra de tu señor está por encima de la tuya. —Arran lo interrumpió con un gesto brusco cuando iba a protestar—. Pero, por si esa no fuera razón suficiente, tu desplante a Mairi también sería una ofensa al padre de la muchacha, y eso no es algo que la aldea se pueda permitir.

La frase de su tío Arran fue como un enorme jarro de agua fría. Al mirarlo bien, se fijó en su rictus de cansancio, en la pesada carga de mirar por el bien común antes que el suyo propio.

—¿Por qué? —gruñó entre dientes.

—Connor MacIntosh inició un modesto negocio de ordenadores personales hace unos años. Hoy en día, se ha posicionado como líder en su sector con un enorme volumen de ingresos, muchos de los cuales van a parar a la aldea.

Duncan se agarró unos mechones de pelo mientras su cerebro trabajaba frenéticamente.

—¿Y por qué yo no sabía nada de esto, maldita sea?

—Porque es algo que MacIntosh quiere mantener en secreto. No desea que

la existencia apacible que lleva aquí cambie. No le interesa que su vida se haga del dominio público ni exponerse a la codicia que se pega como una pulga a la riqueza. Nuestros asuntos los resolvemos entre los dos. Incluso ha sufragado gran parte de los cacharros electrónicos que se usarán en las competiciones. —Duncan no pudo evitar su expresión de estupor—. Para él es un orgullo que su hermosa hija participe en los juegos de Loch Katrine, y que los *highlanders* más valientes compitan por sus atenciones. Se cumplirá la promesa que le he hecho y es lo último que diré al respecto. Si tanto te interesa esa chica Sterling, sabrás qué decir y qué hacer para ganártela otra vez.

Solo que Dallas jamás lo perdonaría. Y él tampoco podría soportar que su duende recibiera un nuevo desplante. Pero, por otro lado, no podía ofender a la hija de MacIntosh y perjudicar a todos los MacLaine sin perder su honor y su dignidad. Se sentía atrapado contra la espada y la pared. Sin tener ni idea de cómo salir.

Un golpe en la puerta interrumpió su preocupado cavilar, y Mairi entró en la estancia con una sonrisa algo extraña en el rostro.

—¿Me permitís unas palabras?

Cuando Duncan por fin abandonó la estancia, agotado, pero dispuesto a cumplir con su deber, se dio de bruces con una escena que parecía sacada de una pesadilla. En plena reunión de clanes, Dallas tenía el rostro enterrado en el pecho de Fergus Maxwell, y este la arrullaba y acariciaba su cuerpo de una manera que provocó que un velo rojo nublase la visión del *highlander*.

Con un grito de dolorida rabia, arrancó a Dallas de los brazos de su enemigo y lo lanzó contra unas mesas repletas de platos y bebidas de un violento rechazo. Antes de que Maxwell pudiera recuperarse, pringado de salsas y desperdicios, Duncan volvió a golpearlo con demoledores puñetazos en los riñones y en las costillas.

Fue ajeno a los vítores de los hombres que lo apoyaban a él y a los silbidos de los *highlanders* leales a Fergus, aunque todos seguían la pelea con

ruidosas risotadas, pasándolo en grande. Y, sobre todo, fue ajeno a las súplicas de Dallas que le rogaba que parase.

El adonis rubio pareció reaccionar y cargó contra él, aferrándolo de la cintura. Era un hombre corpulento y los dos rodaron por el suelo entre golpes y cortes de la loza que se había hecho pedazos. Sin embargo, Duncan era más fuerte, mejor luchador y estaba colérico. Le propinó un último puñetazo que lo dejó casi inconsciente y, tras levantarse entre aplausos, se limpió la sangre que le manaba del labio.

Para su sorpresa, Fergus Maxwell no estaba dispuesto a darse por vencido e hizo el amago de incorporarse. Cuando Duncan se aproximaba a él con un nuevo gruñido, Dallas se interpuso entre los dos. Su postura frenó a Duncan en seco: daba la espalda a Fergus, en ademán protector, y lo enfrentaba a él.

—Eres un salvaje, Duncan MacLaine. Y te odio.

Algo en el pecho del *highlander* pareció romperse.

—¿Tan pronto han cambiado las tornas? ¿Ahora te echas a los brazos de tu antiguo prometido y me odias a mí? Qué carácter tan voluble...

El sarcasmo era la única defensa con la que contaba.

—Déjala en paz, MacLaine —consiguió pronunciar Fergus con su boca inflamada.

—Dile a tu caído defensor que cierre la boca. O no respondo a las consecuencias. —Soltó la amenaza sin apartar los ojos verdes de Dallas, que lo miraban asustados, como si lo viera por primera vez. Y tal vez era cierto, porque Duncan jamás había sentido toda esa violencia descarnada que hacía temblar hasta el aire que lo rodeaba.

—Dallas va a venir conmigo. —El suicida de Fergus no sabía que estaba jugando con su vida.

Duncan aferró a Dallas por los hombros, sin ser capaz de controlar la fuerza con la que la sujetaba o si le hacía daño.

—¿Es eso verdad? ¿Pretendes marcharte con Fergus Maxwell?

—A ti te daría igual —respondió con los ojos húmedos e intentando

liberarse—. Tienes a la perfecta Mairi.

—No te atrevas a meter a Mairi en esto, pequeña mocosa embaucadora.

Las lágrimas empezaron a brotar y a caer por su rostro de duende. Su mirada se centró en un punto a la derecha de Duncan y, cuando él se giró, vio a Mairi y a su tío Arran, que se acercaban al drama que se estaba desarrollando en pleno Gran Salón, atestado de gente. El semblante del *laird* se había oscurecido al captar lo que estaba sucediendo entre ellos dos y el tercer cuerpo tendido en el suelo. Y Duncan se sintió como un auténtico estúpido después de su apasionada y ferviente defensa de la joven en el Salón de los Escudos. Había desafiado al *laird* por ella.

Algunos *flashes* lo deslumbraron y captó varios móviles que estaban grabando segundo a segundo su patética actuación de hombre despedido.

—Me has hecho el hazmerreír de todos.

El rostro de Dallas alcanzó tal grado de tristeza y sus ojos dorados revelaron tal dolor que hicieron tambalear a Duncan.

—Siento no tener un cardo para taparme la cara y que no te avergüences tanto de mí. Pero descuida, me marcharé y nadie volverá a relacionarte conmigo.

«¡¿Pero qué narices estás diciendo, Dallas?!». La pregunta sacudió su mente atormentada.

Palabras amortiguadas empezaron a filtrarse en sus oídos, taponados por la ira. Alcanzó a oír «*geek*», «objetivo localizado» o «cardo de Loch Katrine», acompañados de los murmullos y codazos de la gente, unidos a muecas burlonas y tuvo un presentimiento horrible.

Unas manos apretaron sus muñecas y la presión lo obligó a soltar a Dallas.

—Es suficiente, Duncan.

Su hermano Ian lo miraba con la expresión más dura que le había visto en sus veintidós años de vida.

—Será mejor que resolvamos esto en privado.

El guerrero intentó inhalar aire muy despacio repetidas veces para

recuperar el control, sin dejar de mirar el rostro desolado de Dallas. Algo no encajaba... Su corazón le decía que no podía encajar. Era imposible que se hubiese entregado a él con la pasión que lo había hecho escalar arriba, y luego acabara sin más en brazos del desgraciado de Fergus. Empezó a arrepentirse de su devastador arrebato.

Se pasó la lengua por la pequeña costra que se le estaba formando en el labio y extendió el brazo para coger de la mano a Dallas, como hacía siempre, pero ella rehuyó su contacto, y el pecho volvió a dolerle.

De pronto, un tumulto en uno de los laterales del salón atrajo la atención sobre un grupo de guerreros que se habían enzarzado en una pelea. Estaban muy ebrios y enardecidos por la lucha entre Duncan y Fergus que, para su disgusto, ya se había terminado; y parecía que se habían quedado con ganas de más. Empezaron a volar objetos de todo tipo, incluso taburetes y bancos. Antes de que la situación se volviera incontrolable, sacaron a las mujeres al patio por su seguridad y Duncan, Ian y otros tantos hombres se metieron en medio para calmar los ánimos.

Para cuando el Gran Salón volvió a recuperar una ligera apariencia de orden, y Duncan buscaba a Dallas por toda la fortaleza con unos cuantos moratones más, su duende se había ido.

## Capítulo 11

—¿Dónde está Dallas?!

Duncan cogió a Fergus por el tartán y lo levantó del duro suelo, donde había seguido tendido durante la multitudinaria pelea.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Apenas sé dónde tengo las costillas después de que me las cambiases de sitio a golpes.

Ignoró a ese gusano y sacó el móvil para llamarla, pero le fue imposible conectar la llamada. Estaba claro que lo había apagado.

Lo más probable era que se hubiera ido en dirección a la granja de su familia, así que intentó abrirse paso para ir tras ella, pero Ian le bloqueó la salida.

—Hay algo que necesitas ver.

—Ahora no, Ian.

Iba a apartarlo de un empujón cuando su hermano lo detuvo con sus siguientes palabras:

—Es sobre Dallas y es importante.

El *highlander* apretó las mandíbulas, pero la gravedad de su rostro lo hizo capitular.

—De acuerdo. Vamos.

Encerrados de nuevo en el Salón de los Escudos, a Duncan le temblaron las manos que sostenían el teléfono que le había tendido Ian. Se sacudían de furia y de pura agonía al ver en la pantalla la nueva y humillante imagen de Dallas que se había vuelto viral.

Las cosas que le había dicho...

«Me has hecho el hazmerreír de todos».

Se sentó de golpe en una de las sillas de madera de la sala porque las piernas no lo sostenían. Lo más probable era que Dallas pensara que se

avergonzaba de ella. Y lo que se moría por hacer era encontrarla y no soltarla nunca.

—¿Quién es el culpable de esto? —Casi no reconocía su propia voz, rota de furia y congoja.

Su hermano sacó otro móvil, grande y plateado, que él desconocía, y lo sostuvo en alto.

—La persona a la que pertenece este *smartphone*. Lo encontré en el suelo después de la trifulca y, aunque no he podido desbloquearlo, mira lo que me he encontrado como imagen de bloqueo de pantalla.

Duncan se lo arrebató y pulsó en botón lateral. La pantalla dejó de estar en negro para mostrar la misma foto de Dallas que se había publicado en Instagram con el cardo. Solo que en esa, tenía la cara al descubierto, preciosa y relajada. Era la imagen original.

Y solo había habido una persona más en la isla con ellos tres...

—¡Mi móvil! Qué alivio... Ya no sabía en qué otro sitio buscar y pensaba que tendría que comprarme uno nuevo.

Los hermanos se giraron a la vez para toparse con un renqueante Fergus, que entraba en la estancia como si fuera suya.

—No sé cómo tienes las pelotas para venir aquí... —dijo Duncan, poniéndose en pie.

—Será mejor que corras, Fergus... —dijo Ian, casi a la vez.

Estaba claro que Duncan fue más rápido.

Lo estampó contra la pared con tanta fuerza que hizo vibrar los escudos.

Luego le puso el móvil con la foto de Dallas debajo de las narices.

—Me vas a explicar cómo ha llegado esta foto hasta aquí. Y, Fergus... —Hizo una pausa bastante reveladora—. Más vale que seas convincente...

El movimiento nervioso de la nuez de Adán de Fergus al tragar precedió a un torrente de palabras:

—E-esa foto la hice esta mañana, cuando os seguía. Dallas sale tan bonita que no pude evitar ponerla de fondo de pantalla. Ve-verás, alcancé la aldea

temprano con mi caballo y me acerqué a la orilla del lago porque tengo que admitir que es bastante hermoso... Y, bueno, allí estabais, cruzándolo con una barca. Llegué y me fui por la parte de atrás de la isla para que no me vierais. Tuve... —Clavó sus ojos azules en Duncan y luego los volvió a bajar—. Tuve unos celos terribles al veros a Dallas y a ti juntos porque venía dispuesto a recuperarla. Así que se me ocurrió colgar esa imagen en Internet para separaros y que ella se refugiara en mí.

—Hijo de perra egoísta. ¿Y qué hay del sufrimiento que le ibas a causar a Dallas con tus artimañas rastreras?

—Pensaba consolarla y...

Esta vez Duncan sí que saboreó los golpes que le daba.

—Ya la estabas consolando cuando os encontré, ¿eh? Te aprovechaste de una mujer herida para tenerla en tus brazos.

—¡Para, por favor! —rogó Fergus, con el ojo a la virulé—. ¡Ella me rechazó! —Eso sí que sirvió para detenerlo—. No quería saber nada de mí, pero la vi acercarse a la puerta de esta sala y luego salir corriendo con el rostro transfigurado. Acababa de chocar contra mí cuando nos sorprendiste.

Duncan lo soltó y Fergus cayó hecho un ovillo en el suelo.

—Márchate de Loch Katrine ya —ordenó, a la vez que arrojaba el móvil plateado a la madera que recubría el piso y lo hacía añicos con el tacón de la bota.

—Mañana son los juegos... —protestó débilmente el aludido.

—Más vale que hagas caso a Duncan, y que no vuelvas por aquí. —Esta vez fue Ian quien intervino. Lo ayudó a ponerse en pie y llamó a unos cuantos sirvientes para que se lo llevaran al establo a recoger su caballo. Luego se giró hacia su hermano.

—¿De qué estabas hablando con el tío Arran que pudiera afectar así a Dallas?

El *highlander* soltó un suspiro de derrota.

—Prometí besar a Mairi.

La granja de los Sterling era un lugar acogedor en medio de un bosquecillo de robles, rodeado por un pequeño huerto y corrales de cerdos y gallinas que vivían ajenos a los infortunios de los hombres. En concreto, de un *highlander* moreno y de dos metros, que aporreaba la puerta sin descanso.

A la octava llamada, un hombre pelirrojo, con gafas y muy adusto (la viva imagen de su hija), abrió unos centímetros la hoja de madera.

—Buenas tardes. ¿Puede decirle a Dallas que Duncan MacLean está aquí?  
—pidió Duncan con rapidez, antes de que volviera a cerrar.

—Dallas no desea ver a nadie.

—Necesito hablar con ella, por favor. Es muy urgente.

Duncan apenas pudo contener las ganas de empujar a Gregor Sterling y derrumbar todas las paredes de la granja si era necesario hasta dar con Dallas. Pero esa no era la mejor forma de congraciarse con su futuro suegro.

—Pues envíala un whatsapp o un correo. Mi hija responderá cuando esté disponible.

—Es que puede que no esté disponible nunca para mí —masculló, desesperado.

—Mira, jovencito. —El tono de Gregor sonaba muy enojado cuando estiró el cuello para mirarlo—. La primera vez que hicieron daño a mi hija, yo quise llamar a sus diez primos para que se encargasen de afinar unas cuantas gaitas, no sé si me entiendes. Pero Dallas se negó porque no quería que las rencillas entre el clan Sterling y el clan Maxwell se agravasen. No me tientes a llamarlos ahora.

—Me enfrentaría con diez y con cien hombres por Dallas.

El padre de su duende parpadeó, sorprendido, pero no hizo amago de moverse de la puerta. Duncan se pasó una mano por la nuca y cambió el peso de una pierna a otra.

—Está bien, me voy a marchar. Pero solo si me promete que le dará a su hija mi mensaje.

Gregor asintió una vez.

—Dígale que, aunque no venga a los juegos de las Tierras Altas, que vea la retransmisión en directo. Es muy importante que no se los pierda hasta el final.

—De acuerdo, muchacho. Tienes mi palabra de que se lo diré.

Un rotundo golpe de la madera al cerrarse y los cloqueos de las gallinas fueron lo único que siguió a la promesa de Gregor Sterling, así que Duncan giró sobre sus pies, sacó el móvil del *sporrán* camino de vuelta a casa y abrió el Instagram que le acababa de instalar Ian.

Haría las cosas bien.

Colgó la foto, antes de prepararse para los juegos del día siguiente.

## Capítulo 12

El día de los juegos de las Tierras Altas de Loch Katrine había llegado.

Dallas, tumbada en la cama, seguía con avidez el comienzo de las pruebas desde la *tablet* con unas emociones totalmente distintas a las que imaginó que sentiría cuando envió un whatsapp a Duncan MacLaine por primera vez.

Poco o nada le importaban ya Fergus Maxwell o su pequeña revancha. Solo el hombre que había logrado herirla más que nadie en el mundo por lo mucho que lo amaba.

La sorpresa que se había llevado al encender el teléfono tenía que ser de él. Llevaba su marca inconfundible, esa chispa que la hacía reír, aunque quisiera llorar. Sacó el móvil otra vez para ver la foto.



Sí. Sin duda, era obra suya. Pero le asustaba confiar en sus palabras. ¿De verdad le parecía tan importante su corazón?

Todavía no podía creerse que hubiera acudido a su granja el día anterior. Ella se había escondido detrás de la puerta de su habitación y había alcanzado a oír la petición de Duncan, que su padre se encargó de trasmitirle después. Así que allí estaba, con un nudo de emoción en la garganta, esperando a que lo nombrasen a él entre los participantes.

Por fin, el *laird* MacLaine pronunció el nombre de Duncan y, cuando la cámara lo enfocó, a Dallas se le escapó un jadeo asombrado.

Sus cabellos, negros e indómitos, le acariciaban los hombros desnudos al ritmo de una brisa invisible. Su torso también estaba al descubierto, marcado con un pigmento de color azul oscuro que resaltaba su poderosa musculatura, centímetro a centímetro, hasta acabar en el abdomen plano, desde donde caía un *kilt* con los colores del clan, y una pesada espada de aspecto mortífero

adornaba su cadera. Tenía esa postura beligerante que Dallas conocía tan bien, con las piernas largas y sólidas algo abiertas, listo para el combate. Un apasionado y soberbio guerrero escocés.

Pero el detalle que le había hecho contener la respiración a la joven se hallaba en su rostro, donde unas gafas de metal sin una patilla reposaban sobre su arrogante nariz.

Ella debió de haberlas olvidado en su salida precipitada de la cabaña de Duncan y el *highlander* las llevaba puestas ahora sin vergüenza alguna. Casi con orgullo, a pesar de lo incongruente de su aspecto, el cual seguro que daría para numerosas chanzas y comentarios burlones en Internet.

¿Qué era lo que estaba ocurriendo?!

Esa misma pregunta se la hizo hora tras hora mientras lo veía combatir y realizar tremendos esfuerzos físicos en las pruebas tradicionales sin perder las gafas. Aunque seguramente suponían un obstáculo más que una ventaja para Duncan en esos momentos, Dallas sentía que eran un mensaje para ella. Y su contenido sin descifrar la hacía temblar por dentro.

La joven sufrió con cada golpe que recibía y con cada grito de dolor que se le escapaba. Pero, al final, Duncan logró salir victorioso de esa primera parte de los juegos y su éxito la hizo soltar el aire que había estado conteniendo.

Para cuando comenzaron las pruebas de realidad virtual y de informática, ya Dallas era un manojo de nervios, aunque Duncan se estaba desenvolviendo bastante bien. Su cara era la viva imagen de la concentración absoluta y ella no podía evitar pasar los dedos por el cristal de la *tablet*, como si lo acariciara, cada vez que las cámaras lo enfocaban de cerca.

Pasó un ejercicio, y después otro... y llegó el reto final de ofimática. Dallas se había tumbado bocabajo en la cama y tenía el rostro prácticamente encima de la pantalla del aparato electrónico. Su *highlander* se ajustaba las gafas de vez en cuando y los entrenados músculos de su espalda se estiraban y se contraían cada vez que tecleaba con fuerza en el ordenador o movía el ratón. Era un espectáculo fascinante y muy sugerente.

Sonó el cuerno que ponía fin al tiempo para la última prueba de los

participantes y todos levantaron los brazos y se pusieron de pie, para dirigirse luego al estrado de madera donde se anunciaría al vencedor.

Dallas se sentó sobre el colchón, con la *tablet* sobre las piernas cruzadas y retorciéndose las manos de ansiedad. El silencio que se había hecho en la carpa era absoluto, por lo que se escuchó un rugido claro y estentóreo que pronunció un nombre: Duncan MacLaine de Loch Katrine.

Dallas se cubrió la cara con las manos, invadida por una alegría y un alivio inmensos, y sintiendo la apabullante necesidad de estar al lado de Duncan para poder abrazarlo en un momento tan especial para él.

Buceó muy, muy hondo en su interior.

¿Y si estaba perdiendo la oportunidad de ser feliz el resto de su vida junto al hombre que quería a causa de unos temores que no existían en realidad? Podría ser que al final Duncan no besara a Mairi, ni que sintiera de verdad que, por su culpa, había hecho el ridículo delante de todo el clan... ¿Y si su foto viral tras un estúpido cardo no era tan importante, mientras que lo que Duncan intentaba demostrarle era trascendental? En el amor, como en los juegos, había que arriesgarse a perder o ganar. Y ella quería arriesgarse por Duncan.

Arran MacLaine volvió a hablar y provocó que Dallas se tensase antes de mirar a la pantalla con recelo. Mairi había subido a la tarima y se había colocado al lado de su guapo *highlander* a la vez que el público silbaba, aplaudía y hacía comentarios salaces.

—Voy a reclamar mi premio a esta hermosa mujer de las Tierras Altas.

Casi antes de que Duncan terminase la frase, Dallas había acercado el dedo al botón de apagado.

Al dejar que las lágrimas fluyeran por su rostro una vez más, se sintió muy estúpida.

Duncan MacLaine estaba sobre la tarima de madera cubierto en sudor, pigmento azul y con unas molestias de mil demonios por culpa de las gafas

rotas de Dallas Sterling. Sin embargo, había ganado los juegos y las posibilidades que todavía le quedaban para recuperar a su precioso duende lo hacían sentirse optimista a pesar de lo mucho que arriesgaba.

Con el corazón latiendo fuerte, se acercó a la preciosa Mairi, que lo esperaba con las mejillas sonrosadas y una sonrisa emocionada.

—Voy a reclamar mi premio a esta hermosa mujer de las Tierras Altas. — Se obligó a hablar más alto en la parte más difícil—. He aquí mi beso.

Entre los jaleos desaforados del público, tomó su mano, blanca y tersa, y depositó un ligero beso sobre el dorso con una inclinación caballeresca.

—Sin embargo —continuó tras incorporarse y mirarla a los ojos—, la dama reclama su propio premio para sí.

Sin soltarla, se giró hacia la multitud buscando un rostro en concreto, tal y como habían acordado en la Sala de los Escudos.

—El granuja de mi hermano Ian es un hombre afortunado, ya que Mairi solicita su presencia aquí arriba.

Y, en verdad, era un hombre con suerte, porque la bella muchacha bebía los vientos por él. Era lo que había querido confesarle a Duncan desde que había ido a buscarlo a la isla de los duendes. Pero la conversación se había pospuesto una y otra vez, porque en la barca le había permitido a Duncan hablar de sus sentimientos por Dallas durante todo el trayecto sin decidirse a interrumpirlo. Tuvo que pasar un buen rato hasta que la muchacha logró que Duncan y el *laird* la escuchasen en MacLaine Tower, donde llegó como un ángel salvador a solucionar todos sus problemas.

Mairi sabía que lo más probable fuera que Duncan resultara vencedor de los juegos, y había reunido todo su coraje para pedirle ayuda y sorprender a Ian. No quería ser uno más de los flirteos del picaflor de su hermano, a los que descartaba pronto en busca de un nuevo reto. Ian MacLaine jamás olvidaría ese encuentro con Mairi MacIntosh.

El lechuguino subió a la tarima con una mueca desconcertada, y Duncan no pudo reprimir una sonrisa de oreja a oreja al verlo, sabiendo lo que le esperaba. Se hizo a un lado y Mairi dio unos coquetos y cortos pasitos hacia

su hermano pequeño, cuya expresión pasó a ser muy intensa al contemplarla. La joven alzó la cabeza, con los ojos brillantes y los labios entreabiertos...

Y el bofetón que le arreó a Ian resonó por toda la carpa.

—¿Cómo tienes la caradura de enviarme whatsapps llenos de corazones semanas atrás y luego permitir que otro me bese en los juegos? ¿Y si ese hombre no hubiera sido tan galante como Duncan? —Se echó la brillante melena hacia atrás, por encima del hombro, y lo miró de arriba abajo con expresión desdeñosa—. Eres odioso, Ian MacLaine, así que no voy a perder mi tiempo contigo. Será mejor que busque a alguien que me merezca más que tú.

Su falda describió un arco al girarse para bajar de la tarima ante unos espectadores estupefactos, que derramaban la cerveza en el proceso de servírsela o dejaban caer directamente el vaso mientras contemplaban la escena. Pero un Ian con sonrisa lobuna la detuvo y le dio un sonoro beso en la boca antes de echársela al hombro y dirigirse a Arran y al padre de la muchacha, que parecían muy conformes con la situación, a pesar de los aspavientos de la ofuscada Mairi.

—Si me disculpáis, tengo que hacerme merecedor de esta hermosa fierecilla —declaró, con un tono tan satisfecho que dejaba más que a las claras que estaba encantado con su ardua tarea.

Duncan no se unió a las carcajadas y ovaciones que siguieron a la partida de la pareja.

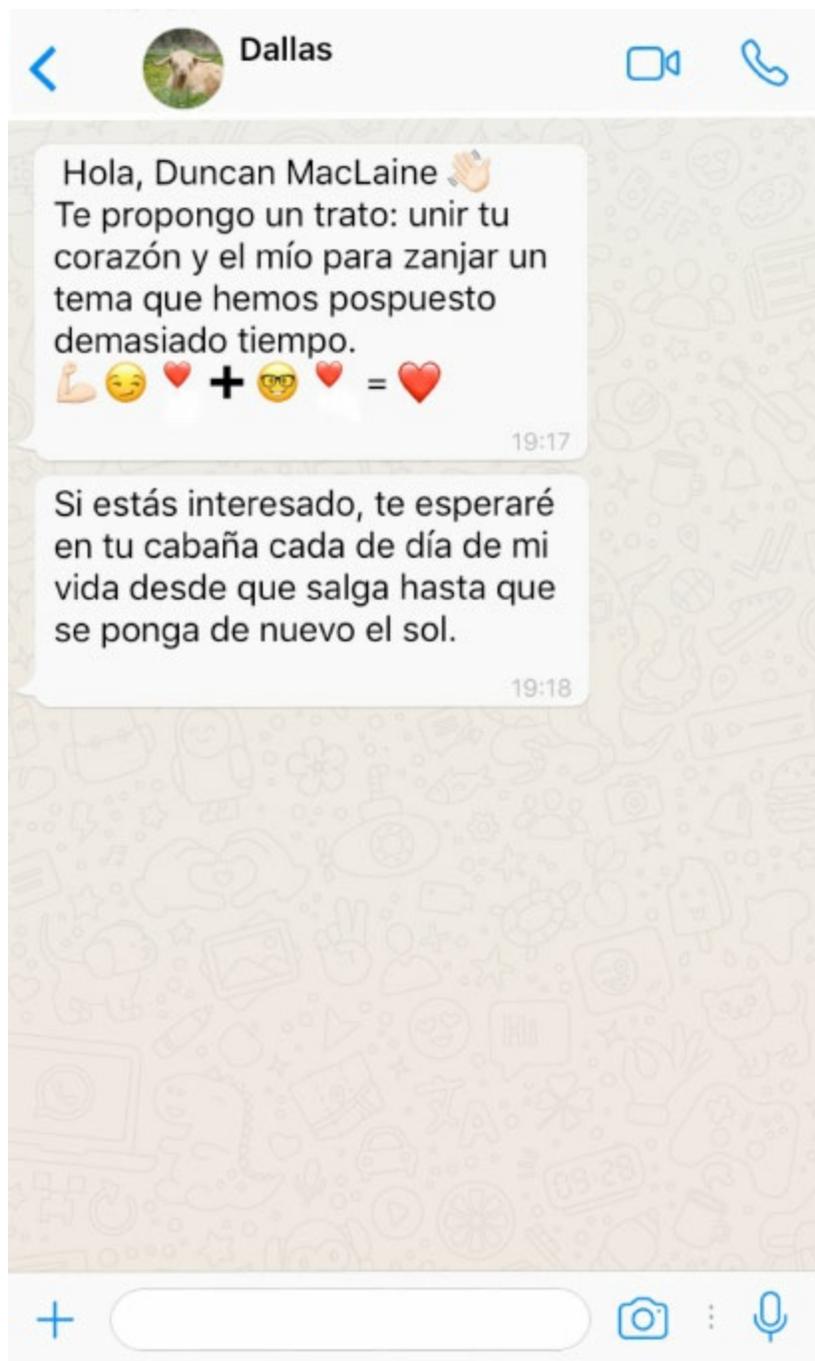
Cuando el volumen de ruido fue disminuyendo, el *highlander* pidió un plano de cerca.

—Os ruego un minuto de atención. —El público estaba ansioso por más espectáculo, así que lo miraron con impaciencia para que hablase de una vez. Duncan se aclaró la garganta—. Me gustaría explicaros cómo es la persona a quien pertenecen estas gafas en realidad. —Se las quitó con cuidado y las mostró a cámara—. Dallas Sterling es brillante. No solo por sus vastos conocimientos en nuevas tecnologías, sino porque una luz que es pura magia irradia de su sonrisa. Es hermosa por dentro y por fuera, la más bella para mí.

Una mujer que merece el respeto y la admiración de todos. Y yo... necesito desesperadamente hablar con ella sobre un tema que hemos pospuesto demasiado tiempo —acabó, con una mano sobre el pectoral izquierdo, donde bombeaba a toda potencia su corazón. Se guardó para él decirle a Dallas cuánto la amaba. Eso lo reservaba solo para los dos.

Un murmullo bajo se fue apoderando del ambiente, pero no se movía ni un alma. Ningún duende pelirrojo que hubiera estado mezclado con la multitud se dirigió a él, tal y como era el mayor deseo de Duncan. Su teléfono no recibió una llamada o un mensaje que lo rescatasen de su angustia. Mucho rato después, tuvo que empezar a aceptar la idea de que era posible que Dallas ni siquiera hubiera visto la retransmisión de su ferviente declaración.

Y entonces su móvil vibró...



Duncan abrió la puerta de madera con los pulmones a punto de entrar en combustión después de correr a toda velocidad hasta la cabaña para comprobar con sus propios ojos si el mensaje que le había devuelto el alma al cuerpo era real. El cambio de la luz del exterior a la penumbra de la casa lo dejó medio cegado por unos momentos, hasta que un movimiento cerca de su

escritorio le llamó la atención.

Parpadeó un par de veces para captar bien la escena. La mesa estaba hasta los topes de cables de colores, un ordenador de sobremesa con una pantalla más grande que todo el Loch Katrine descansaba sobre la lisa superficie junto a varios cacharros de formas y colores que no había visto en su vida. Ni siquiera en sus prácticas con Dallas. Y... la más que factible propietaria de semejante despliegue tecnológico se encontraba trasteando debajo de la robusta madera. Su gracioso trasero alzado hacia él.

El *highlander* se acercó con sigilo, muy tentado de pasar la palma por las bien delineadas curvas. En cambio, y previendo el desastre, lo que hizo fue colocar la mano entre la mesa y la cabeza de Dallas y llamarla con suavidad.

Su despistado duende quiso levantarse tan rápido que su coronilla chocó contra la mano de Duncan, que absorbió el impacto.

—¡Ay! —se quejó ella, más por la sorpresa que por dolor, y a Duncan se le dibujó una sonrisa absurda y enamorada en el rostro al ver ese ceño que había acabado por adorar.

Dejó que se pusiera en pie y deslizó la mirada desde las suaves ondas pelirrojas de su pelo, que llevaba suelto, hasta las delicadas puntas de los pies que asomaban bajo la falda marrón. Se entretuvo un segundo en la forma en la que subían y bajaban sus pechos bajo el corpiño antes de preguntar, con la voz un poco ronca:

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Bueno, verás. —Parecía nerviosa, como el propio Duncan, y se colocó las gafas un par de veces antes de continuar—. Dada tu carencia absoluta de ordenadores y demás aparatos electrónicos en casa, y puesto que voy a venir por aquí a menudo, he pensado que sería una buena idea trasladar algunas de mis cosas a la cabaña... Si estás de acuerdo.

—No vas a venir por aquí a menudo, Dallas —la contradijo con dulzura. Su mano ya se había alzado de forma inconsciente para atrapar uno de sus rizos—. Vas a quedarte para siempre. ¿No es eso lo que decías en tu whastapp?

Necesitaba tanto oír esa promesa salir de sus propios labios.

Dallas se ruborizó.

—Es que... es más fácil decírtelo por whatsapp que en persona. —A Duncan, que no apartaba la vista de su irresistible boca, lo atravesó un rayo de deseo cuando vio asomar la punta de su lengua rosada por un instante—. Eres un hombre bastante imponente, ¿sabes?

La joven lanzó una mirada elocuente a su pecho descubierto y pintado de azul y, a pesar de la intensidad de lo que sentía, Duncan no pudo evitar que se le escapara la risa.

—Te aseguro que no es más que fachada. —Tomó la mano suave y pequeña de Dallas, y la colocó sobre su pecho, encima del corazón—. En realidad, me tienes completamente en tus manos.

La sintió estremecerse, para después llevar la mano libre de Duncan a su propio corazón. El gesto lo hizo inhalar de golpe al notar el pezón inflamado bajo la tela. Saber que ella también lo deseaba lo llevó al límite de su resistencia.

—Y tú me tienes en las tuyas —contestó por fin su duende.

Quizá Dallas no fuera consciente de la sensualidad que transmitía, pero el matiz bajo y acariciante de su voz, y la forma en la que apretaba la palma de Duncan contra su seno, hicieron que el *highlander* no pudiera controlar más el impulso desenfrenado de poseerla que siempre provocaba en él.

—¿De verdad estás en mis manos, Dallas? —susurró, mientras utilizaba el pulgar para trazar un círculo alrededor del sensible pezón, que la hizo jadear. —Porque, en ese caso, sí que te asustaría saber todo lo que ansío hacer contigo...

—¿Qué... cosas me asustarían, Duncan?

La pregunta alcanzó de lleno las entrañas del *highlander*.

Dallas tenía los ojos muy abiertos, su brillo dorado tras las gafas era inocente, excitado y curioso a la vez.

Utilizó su peso para hacerla retroceder hasta el escritorio y la dejó apoyada

contra la madera para cercarla con los brazos. En esa postura, derramó sobre su oído los oscuros deseos que hacían pulsar su virilidad bajo el *kilt*.

—Hace días que agonizo por ver tus pechos, mi pequeño duende. Por conocer su tacto, su color y su sabor en mi lengua. —Sus dedos ya descendían por la garganta de Dallas hasta la hendidura de su escote y llegaron a las cintas que ataban el recatado corpiño.

Dio un fuerte tirón a la condenada tira hasta que esta se rompió, y ella lo ayudó con los brazos para sacar la prenda con presteza. La camisa siguió el mismo camino y flotó hasta suelo entre los dos, como si cayera la última de las barreras que Dallas había alzado para protegerse de resultar herida.

Duncan se quedó extasiado contemplando los voluptuosos senos. Eran más llenos de lo que había imaginado, muy blancos y con cimas del color de las frambuesas. Acercó la mano con reverencia, y los acarició y sopesó en sus palmas antes de inclinarse y lamerlos con ternura.

Dallas se tambaleó, aturdida, y Duncan aprovechó para aferrarla de la cintura y sentarla sobre la mesa. Luego se colocó entre sus piernas y empezó a subirle la falda hasta más allá de los muslos con una mano, sin apartar la otra de su pecho.

—¿Quieres que siga?

—Sí. —Fue un delicado suspiro.

Su duende jadeó su nombre por la sorpresa e intentó detenerlo, pero el *highlander* se arrodilló en el suelo y la miró para atravesarla con la fuerza de su deseo.

—En mis fantasías, te hacía sentir mi aliento entre tus muslos.

Antes de que Dallas pudiera reaccionar, le sujetó las rodillas para impedir que las cerrara, acercó el rostro a sus tiernos pliegues escondidos, respiró muy despacio sobre ella y pasó la lengua por la mojada abertura para impregnarse de su sabor. Dallas gritó y sus caderas saltaron hacia delante a la vez que tiraba al suelo objetos de la atestada mesa sin darse cuenta, tan solo concentrada en las cosas que hacía Duncan con su boca.

—Por favor, Duncan... —Le llegó su ronco jadeo, sin aire.

El *highlander* chupó una vez más, hambriento, antes de introducir un largo dedo en su interior, que la hizo alcanzar el clímax con la segunda penetración.

El corazón de Duncan parecía querer salirse del pecho ante la dulce rendición de Dallas, y se levantó, estremecido, sin dejar de observar su precioso rostro ruborizado por el placer. Después se inclinó una vez más sobre su oído, ardiendo de excitación, sin darle ni una pequeña tregua.

—Y, por último... —susurró sobre su sonrosada piel—, eres tan sensible aquí, mi amor. —Trazó una línea desde uno de sus pechos hasta los rizos pelirrojos del sexo de Dallas que acababa de devorar con avidez, y dejó descansar la palma sobre su humedad—. Que sueño con saber cuántas veces seguidas puedo hacer que te corras para mí. Con mis dedos, con mi boca. Y con mi...

Dallas se incorporó, temblado, y comenzó a besarlo antes de que las crudas palabras pudieran salir de sus labios. Duncan la alzó con un gemido y ella enroscó las piernas alrededor de su cintura mientras el *highlander* la llevaba en un par de largas zancadas hasta la cama. La piel de sus torsos desnudos rozándose al fin.

—Eres un bruto —murmuró Dallas contra sus labios.

—Pero eso ya lo sabías...

La depositó con cuidado sobre el colchón y se tumbó sobre ella, con el aliento entrecortado y su descomunal erección a punto de explotar.

—Dallas, necesito hacerte mía.

La hermosa mujer que tenía entre sus brazos después de tantas incertidumbres y malos entendidos le acarició la mandíbula con increíble dulzura y esbozó esa sonrisa que lo privaba de todo excepto de la necesidad de amarla.

—Ya soy tuya.

Duncan volvió a besarla sin descanso, su lengua salía y entraba de su boca como si le estuviera haciendo el amor, con movimientos eróticos destinados a provocar una nueva oleada de humedad en Dallas. Terminó de desvestirla sin

apenas separarse de su cuerpo y le quitó las gafas para no perder detalles de los soles que brillaban en sus ojos. Luego se deshizo del *kilt* de los MacLaine para situarse entre sus pálidos muslos.

Colocó las manos a ambos lados de su cabeza, con el peso descansando sobre los antebrazos, y empezó a penetrarla poco a poco, centímetro a centímetro, atento a todas las expresiones que cruzaban por su hermoso rostro.

Con Dallas siempre sería el hombre más paciente del mundo, aunque su sangre rugía por hundirse en lo más profundo de su resbaladiza calidez. Derramó besos por su piel mientras la dejaba adaptarse a la nueva experiencia de tenerlo dentro de ella; y Dallas también empezó a tocarlo y a obrar su magia, a pasar las manos por su abdomen tenso, su pecho duro y sus hombros rígidos por el deseo apenas contenido, hasta clavarle las uñas en la espalda cuando el *highlander* empezó a empujar más fuerte y se vio sacudida por el placer. Los sollozos de su duende lo excitaron cada vez más, y el pigmento azul que había utilizado en los juegos se había transferido al cuerpo de Dallas con su unión, como si la marcara para siempre. Un sentimiento de posesión lo hizo embestir con potencia sobre ella, haciendo crujir las maderas la cama y que gimiera descontrolada, mientras acariciaba su clítoris hasta que Dallas gritó su nombre y se deshizo en profundos espasmos a causa de un demoledor orgasmo. Las deliciosas contracciones de su mujer, esas que soñó sentir alrededor de él una vez, apretaron su miembro hasta que Duncan se derramó en su interior con un intenso rugido de amor y satisfacción plena.

Un rato después, cuando estaban saciados y exhaustos, Duncan escuchó la suave voz de Dallas, que descansaba sobre su pecho.

—Duncan, ahora que soy capaz de hablar...

El *highlander* rio y deslizó las manos por su piel expuesta. Tersa y suya.

—No me tientes a dejarte sin palabras de nuevo —murmuró rozando sus nalgas.

Dallas inspiró hondo y se pegó más a él.

—No seré yo quien te lo impida —lo provocó con dulzura—, pero antes,

escúchame. Sabes que vi la retransmisión de los juegos en directo y quería felicitarte por tu victoria.

—Tú me hiciste ganar, mi preciosa experta en nuevas tecnologías.

Dallas se sonrojó por el halago y se dejó besar. Luego continuó:

—También quería disculparme por dudar de ti sobre Mairi.

La abrazó más fuerte. Era el momento de zanjar todos los temas que tenían pendientes.

—Y yo quería disculparme por actuar como un desquiciado en MacLaine Tower, pero cuando te vi con Fergus, me volví loco —confesó—. Ian me enseñó la foto de Instagram un rato después. —Le acarició el pelo con ternura. No podía ni quería dejar de tocarla—. Sabes que nunca me avergonzaría de ti, ¿verdad?

La giró y se colocó sobre ella para observar su expresión, y su duende asintió con seriedad, creyendo en sus palabras.

Duncan tomó aire.

—Dallas, llevo unos días buscando el momento perfecto para decírtelo. Y me he dado cuenta de que, en realidad, cualquier momento es perfecto para decirte que te amo. Cada segundo de mi vida.

Dallas volvió a mirarlo de esa forma que conseguía debilitarle las piernas. Sus hermosos ojos dorados brillaban de emoción.

—Yo también te amo, Duncan. —Esbozó una sonrisa traviesa antes de rodearlo con las piernas para recibirlo en su interior—. Con toda mi alma de *geek*.

## Epílogo

La boda de Dallas Sterling y Duncan MacLaine de Loch Katrine fue un evento multitudinario y muy sonado en todas las redes sociales, en contra de los deseos de la vergonzosa novia, que hubiera preferido una ceremonia íntima, arropada solo por los familiares y amigos más cercanos, entre los que se incluían sus diez primos y los cuarenta y siete hijos que estos sumaban en total. Sin embargo, no se podía culpar a los clanes Duff, Craig y Maxwell, testigos de excepción de los momentos clave de su romance, que hubieran preferido posponer el viaje de vuelta a sus tierras para no perderse tan dichoso evento. La ceremonia religiosa se celebró en la capilla de MacLaine Tower, con una preciosa Dallas vestida de blanco y con una corona de flores adornando esa cabellera roja como un amanecer que había hechizado al novio desde el primer día, y un apuesto Duncan con el tartán de gala ajustado a su sólido cuerpo de guerrero. El beso de los recién casados fue captado por un elevado número de cámaras, cuyos dueños opinaron que era tan perfecto que no sería necesario ningún filtro o retoque antes de subirlo a Internet. Por último, la carpa de los juegos de las Tierras Altas sirvió para alojar a los entregados invitados y que disfrutasen de un copioso banquete nupcial, el cual se desarrolló sin sobresaltos, para su secreta desilusión.

Muchas horas después, enredados entre las sábanas y su propia piel, Duncan y Dallas MacLaine seguían compartiendo besos en la cama de su modesta cabaña, ajenos a todo excepto a lo que veían en la mirada del otro después de hacer el amor.

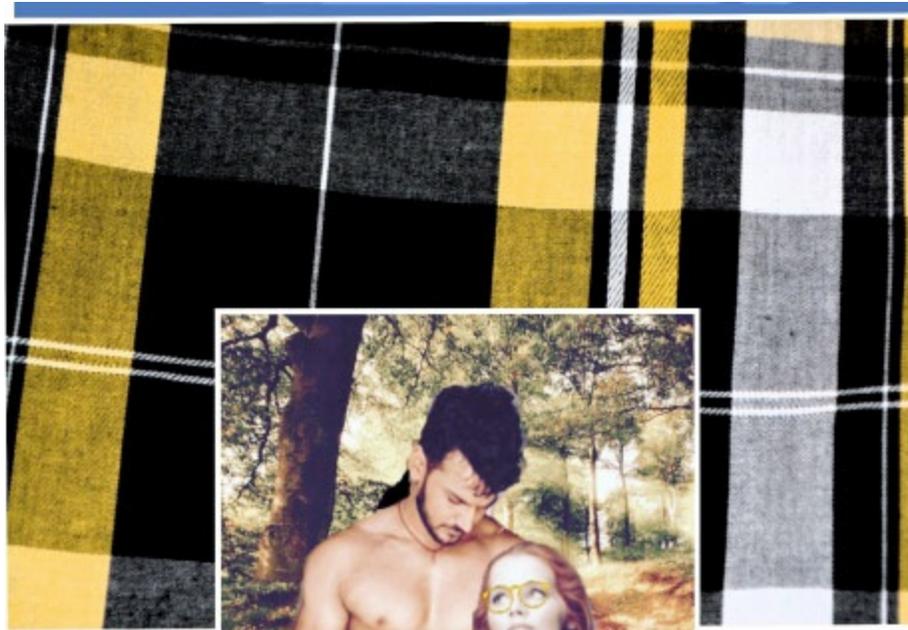
Hasta que la flamante novia comenzó a reír con esa melodía que hacía vibrar hasta el alma de Duncan.

—No puedo quitarme de la cabeza tu imagen en los juegos. Con ese aspecto tan fiero y... —Se le escapó otra carcajada—. Mis viejas gafas con la patilla rota. ¿Cómo se te pudo ocurrir hacer algo así?

Duncan giró con ella en brazos hasta atraparla debajo de su cuerpo y le dio un pequeño mordisco en el cuello que le erizó la piel.

—Es muy poco halagador que te tomes a risa una demostración tan romántica de tu pobre y enamorado esposo. —Se recreó en las chispas doradas de sus ojos—. Sin embargo, estás de suerte, mi bello y travieso duende, porque estoy decidido a dedicar cada aliento que me queda a hacerte sonreír...

Ese mismo día, muchos besos y caricias después, Dallas, por fin, aceptó la solicitud de amistad de su marido en Facebook. Y, esa vez, Duncan supo exactamente cómo convencerla para conseguir una foto de los dos...



## Dallas (Sterling) MacLaine

  
Amigos

  
Siguiendo

  
Mensaje

  
Más

 Vive en Loch Katrine

 Casada con Duncan MacLaine

 De Las Tierras Altas de Escocia



Dallas ( Sterling) MacLaine

10 h · 🌐



Este es un mensaje para ti,  
**Duncan MacLaine:**

01110100 01100101 00100000 01100001  
01101101 01101111 🤔🤔

5 veces compartido



Me gusta



Comentar



Compartir

👍❤️ 25



**Duncan MacLaine**

Yo también te amo, duendecito.

(El highlander 🤔🤔)

Ayer a las 22:06 · Me gusta · Responder · ❤️ 1



**Dallas ( Sterling) McLaine**

Eres mi mejor alumno de código binario...

(La geek 🤔🖥️)

Ayer a las 22:14 · Me gusta · Responder · ❤️ 1



Escribe un comentario...



FIN

# Agradecimientos

Muchísimas gracias a todos los que sabíais que estaba escribiendo esta historia tan especial por la paciencia y las palabras de aliento que me habéis regalado. No os imagináis cuánto he aprovechado vuestros consejos e ideas, aunque a veces ni siquiera fuerais conscientes de ello. Las crimpadoras nunca volverán a ser lo mismo para mí.

Gracias a mi familia. Siempre.

A Érika Gael, por comprenderme tan bien y ser tan profesional y cercana a la vez.

Y, por supuesto, infinitas gracias a ti, que has elegido leer esta novela en la que he puesto toda mi ilusión, por ser una parte tan importante de esta aventura.

Si te gustan las redes sociales tanto como a mi *geek* (o un poco menos, como a mi *highlander*), te estaré esperando con los brazos abiertos en Facebook, Twitter e Instagram.

Un abrazo enorme,

Isabel Jenner

## Nota de la autora

A pesar de las pinceladas históricas de la Escocia real del siglo XVIII con las que he decorado esta obra, y de situarla en un entorno fascinante que existe hoy en día (Loch Katrine robó el corazón al propio sir Walter Scott), también me he tomado tantas licencias literarias a la hora de escribir *La geek y el highlander* que no sabría ni por dónde empezar a enumerarlas. Por esa razón, mi mayor deseo es que hayas disfrutado con esta singular novela y que te hayas dejado llevar por el humor y los sentimientos de sus protagonistas para pasar un rato agradable en ese lugar imposible y mágico al que solo son capaces de transportarnos los libros.

## Próximamente, el libro II de *Tecléame «Te quiero»...*

ENLAZADOS

Isabel Jenner

*En una Nueva York del siglo XIX...*

—Abigail, querida. Ya que resulta evidente que eres incapaz de mantener una conversación educada durante más de un minuto, ¿podrías al menos no bostezar cuando un caballero te está hablando?

—No lo he hecho, madre.

—Por supuesto que sí, justo antes de fingir que bebías de tu copa.

La espalda de Abby tocó la pared empapelada en tonos pastel contra la que la había ido acorralando su madre, como un implacable general. Detestaba que la conociera tan bien.

—Será que he abierto la boca con demasiado énfasis porque estaba sedienta y has creído que... —La mirada incendiaria en los ojos azules de Ashley Reed la hizo detenerse en seco. Emitió un suspiro de derrota—. No volverá a ocurrir, madre.

—Más te vale, Abigail, no puedes continuar desechando pretendientes de esa manera —la amonestó.

«¿Aunque charlar con cualquier hombre de Nueva York sea tan tedioso que con solo pensarlo me entre sueño?». Claro que no sería una buena idea hablarle a su madre de las cualidades soporíferas de los jóvenes que se tomaba tantas molestias en presentarle.

Lanzó una mirada subrepticia al salón lleno con los invitados a la fiesta de su amiga Lindsey, a la espera de un heroico rescate, pero la salvación llegó del pequeño retículo que colgaba de su mano enguantada.

Lo abrió con rapidez al notar la vibración y sacó el móvil.



«¡Loado sea el Señor!». Consiguió mantener una expresión compungida cuando se dirigió a su irritada madre.

—Es Lindsey, me necesita.

Apretó el teléfono contra su pecho para darle más dramatismo al momento.

La señora Reed torció el gesto, disgustada por no poder seguir aleccionando a Abigail, pero no podía cometer la grosería de ignorar a la hija de los anfitriones delante de sus narices.

—Está bien. Seguiremos con nuestra charla más tarde.

No si Abby podía evitarlo. Le dirigió una sonrisa deslumbrante y cruzó el salón a toda prisa hacia las escaleras de la espléndida mansión victoriana situada en la Quinta Avenida, a solo unos números de distancia de la suya.

Abrió muy despacio la puerta del cuarto de Lindsey, con los negros bucles despeinados tras subir a la carrera y muerta de curiosidad por los iconos que había usado su amiga.

«Caballos y vaqueros... Interesante».

Inspiró hondo.

—¡Lindsey Margaret Smith! ¿Se puede saber por qué no estás en tu propia

fiesta?

La acusación de Abby pareció atizarle en plena espalda a la joven rubia que estaba sentada frente al teclado de un femenino ordenador portátil, cuya cubierta iba a juego con los muebles color salmón de la estancia. Se puso rígida, bajó la tapa de un manotazo y se giró hacia ella con una mano en el pecho.

—¡Abby! Casi se me para el corazón... ¿Es que todavía no has aprendido llamar?

—Después de tantos años, ya sabes que no —resopló Abby, luego cerró la puerta con una sonrisa maliciosa y los ojos azul cobalto chispeantes—. ¿Qué es lo que escondes ahí? ¿Me dejarás verlo?

Se aproximó al tocador y señaló el portátil que Lindsey estaba en proceso de reiniciar.

—Para eso te he pedido que vinieras, pero ya no debería enseñártelo. Ahora tengo que volver a buscar la página e introducir la contraseña para identificarme. Me has hecho cerrar la ventana del susto —refunfuñó su amiga.

—Vamos, Lin, no me regañes tú también. La general Reed ya me ha sermoneado lo suficiente por hoy —se lamentó.

—¿Has hecho enfadar a tu madre otra vez? —Lindsey alzó la cabeza y la miró con curiosidad—. Déjame adivinar, te has quedado dormida mientras hablabas con Adam Wilcomb.

—¡Claro que no! —Se escandalizó Abby—. Ya sabes que, cuando le prometo a mi madre que algo no volverá a suceder, cumplo mi palabra. Además, en aquella cena el propio Adam admitió que solo me vio dar un ligero y adorable cabeceo.

—¿Pero...?

—Hoy he bostezado delante de todo su grupo de amistades —confesó—. Soy incapaz de mantener un control absoluto sobre mi cuerpo y me resulta bochornoso, de verdad. Sin embargo, ¿es tan difícil encontrar a un caballero con quien conversar sobre temas que no haya escuchado en otras cincuenta

ocasiones?

—Bueno, creo que he dado con la solución perfecta a tus problemas —  
respondió Lindsey.

—Eso suena de lo más misterioso...

Abby movió un delicado taburete forrado con la misma tela floreada que el dosel de la cama y se acomodó el polisón de su vestido granate lo mejor que pudo para sentarse junto a su amiga.

—¿Y bien?

Las mejillas de Lindsey se ruborizaron un poco mientras volvía la pantalla hacia ella.

## WESTERN♥DARLING

Para vaqueros exigentes



Usuario: Josh\_\_DuroPeroTierno

Online



JOSH 1 foto

*«Enamorado del  
Salvaje Oeste, busco  
esposa fiel.»*

### Sobre mí:

Casado	Nunca antes
Hijos	No
Profesión	Rancharo
Tabaco	A veces (pero no escupo)
Altura	1,92
Complexión	Fuerte
Residencia	Wyoming



Mensaje

La boca de Abby se abrió de par en par y, en esa ocasión, no fue a causa del aburrimiento.

Lindsey le dio un ligero codazo en las costillas.

—¿Le enviamos un mensaje antes de bajar al salón de baile? Estoy segura de que este caballero del Oeste conoce temas de los que jamás hemos oído hablar.

Si te ha gustado

*La geek y el highlander*

te recomendamos comenzar a leer

*A un beso de perderte*

de Raquel Mingo

*Selección RNR*

RAQUEL MINGO

*A un beso  
de perderte*



*Romance Actual*

PRÓLOGO

Le temblaba la mano mientras sujetaba con fuerza el marco de plata perfectamente lustrado.

No podía creer que la visita programada diez días antes a casa de Nathaniel Rosdahl, el magnate y gran tiburón de la tecnología, en la más amplia extensión de la palabra, fuera a desembocar en aquella situación.

Se concentró de nuevo en la fotografía de la preciosa joven rubia que le devolvía la mirada desde el papel con esos ojos azules tan impresionantes en su evidente bondad y esa deslumbrante sonrisa que hacía que le martilleara el pecho de manera dolorosa. «Es posible que eso se deba a que llevas soñando con ella casi cada noche durante los últimos ocho meses», lo contradijo su siempre analítica mente mientras absorbía cada detalle de ella, desde las largas y torneadas piernas, visibles gracias al corto vestido veraniego, pasando por las dulces y provocativas caderas, la diminuta cintura, los generosos senos —que el escote en pico insinuaba a pesar de tratarse de una prenda elegante y recatada—, el grácil y largo cuello, el perfecto y por demás hermoso rostro, con sus grandes y sensuales labios rosas, sus marcados pómulos, sus grandísimos ojos claros de un intenso azul que resaltaban en aquella piel blanca como el alabastro, sus pestañas largas y curvadas y toda esa mata de cabello tan rubio que parecía casi blanco. En la imagen, al contrario que en sus sueños, iba maquillada de forma muy tenue, pero sin duda alguna se trataba de la misma mujer. Y aquello sencillamente era inconcebible.

Porque aquella diosa era un producto de su imaginación. Una obsesión.

—¿Has encontrado algo que te interese más que mi conversación? — Escuchó la voz de su anfitrión a su espalda, pero no consiguió encontrar la fuerza de voluntad necesaria para prestarle la debida atención—. ¿O alguien? —Años de práctica en el despiadado mundo de los negocios consiguieron a duras penas que mantuviera una expresión neutra y escondiera su absoluto asombro.

—Admiraba el paisaje —mintió, mostrando indiferencia.

—Claro —aceptó el hombre mayor, ahora a su lado, sin molestarse en

comentar que, aparte de la chica, solo aparecía un solitario árbol y una franja de césped. Jassmon lo miró de reojo y vio que estaba tan ensimismado como él observando la fotografía.

—¿Quién es? —preguntó en voz queda, dejándose de disimulos.

—Larry. —Se lo quedó mirando con la boca abierta.

—¿Qué? Pero cuando mencionaste ese nombre yo creí que... —Se calló, no queriendo resultar más idiota de lo que ya parecía.

—¿Qué estaba hablando de un hijo varón? —Terminó el multimillonario por él. Se limitó a asentir. El otro mostró una sonrisa triste mientras sus ojos seguían fijos en la joven de la instantánea.

—Muchos caen en ese error. Supongo que la culpa es de ese apodo que le puse hace una eternidad, pero de niña era un huracán, y tenía tantas ganas de complacerme que casi antes de sostenerse en pie ya estaba aprendiendo béisbol, hockey sobre hielo y, por supuesto, fútbol. Con seis años era un auténtico marimacho, para absoluto horror de su madre, que vivía obsesionada con apuntarla a clases de ballet, piano y pintura, con la obvia intención de contrarrestar. Lo de Larry comenzó como una broma, pero cuando quise darme cuenta ya no pude quitármelo de la cabeza. Mi esposa nunca me lo perdonó —terminó con un suspiro cansado, volviendo su mirada azul, tan parecida a la de la muchacha, hacia él—. Pareces... aturdido —dijo, con expresión pensativa.

—Es solo que no sabía que tuvieras una hija. —Se apresuró a mentir.

—La tenía —aclaró con voz apenada. Jassmon sintió que el corazón se le detenía. No podía ser. No podía llevar ocho meses soñando con alguien que ya no existía.

—¿Qué ocurrió? —preguntó en un susurro, con la garganta cerrada. No estaba muy seguro de si quería saberlo, pero se obligó a permanecer firme, esperando las palabras que lo confirmaran.

—Desapareció. —Al oírle decir aquello sintió un dolor agudo en el vientre, como si le hubieran clavado una lanza y se la estuvieran retorciendo en la carne, aunque se dijo que no había nada peor y más definitivo que la

muerte. Que aquello dejaba una puerta abierta.

—¿Cuándo?

—Hace un año.

—Quizá se marchó sin más. —Esa posibilidad era infinitamente mejor que la que dejaba entrever Nathaniel. Porque después del tiempo que había pasado, no era muy probable que apareciera si no se había marchado por su propia voluntad.

—No. Ella adoraba a su madre. Eran uña y carne, jamás se habría ido de ese modo. Además, tenía una vida cómoda y sin complicaciones. Éramos una familia feliz —afirmó el hombre mayor con los ojos fijos en los suyos, como si quisiera convencerle de ello—. Mi mujer murió de pena, Seveages. Cuando vio que ninguna cantidad de dinero, ninguna influencia o poder —por mucho de ambos que tengo—, ningún ejército de investigadores, burócratas ni agencias gubernamentales traía de vuelta a su niña, cuando comprendió que la había perdido para siempre, ella... se dejó morir. La enterré hace seis meses. De hecho, las enterré a las dos. —Dejó la fotografía con infinito cuidado sobre el aparador, mirándola con cariño—. Además, está su colgante. —Jassmon lo miró inquisitivo—. Apareció en Riad hace diez meses. Se lo regalamos cuando cumplió dieciocho años y desde entonces siempre lo llevaba puesto. —Jass se mantuvo en silencio, poco dispuesto a decirle a aquel padre atormentado que era bastante probable que la chica lo hubiera vendido si se había quedado sin blanca. Aunque también cabía la posibilidad de que lo hubieran hecho sus secuestradores si la joya era cara, siempre y cuando la teoría del rapto fuera cierta. Y aunque de cualquiera de las dos formas habría podido terminar en la capital de Arabia Saudita, diez mil quinientos kilómetros le parecían demasiados. Agudizó la vista, pero desde la distancia en que estaba tomada la instantánea era imposible distinguir nada.

—¿Tienes alguna en la que se vea de cerca? —Si se extrañó por la pregunta su anfitrión no lo dejó ver.

—Elige una. —Siguió el movimiento de su mano y evitó por los pelos quedarse sin respiración. Al otro lado de la habitación había una elegante

mesa rectangular colocada contra la pared, atiborrada de fotografías de ella. Las había de todas clases: grandes, pequeñas, de cuerpo entero, solo de la cara, de cuando era niña, adolescente, más actuales, en marcos de plata, de madera labrada, de nácar... No tuvo consciencia de haberse acercado, pero de repente sostenía una imagen de su rostro con sus chispeantes ojos mirándole con fijeza y una enorme sonrisa que parecía ir dirigida solo a él. Bajó la mirada al colgante y suspiró para sí mientras admiraba el pequeño piano de cola. Había comprado bastantes chucherías para saber que aquella joyita, de apariencia elegante y sencilla, costaba una fortuna.

—Supongo que no es de bisutería. —El otro alzó una ceja con desdén.

—Es de platino. —Su voz rezumaba arrogancia—. Tiene catorce diamantes blancos y seis negros formando las teclas, y está valorado en cincuenta mil dólares. —La mirada fija de Jassmon fue suficiente para que se viera obligado a señalar un último detalle—. Es macizo.

—Ya —se limitó a decir, para nada sorprendido con la extravagancia. Rotó los hombros, por completo convencido de su decisión, a pesar de haberla tomado en ese mismo instante—. Necesitaré una ampliación lo más grande y clara que puedas conseguir de la pieza. Y varias fotografías de tu hija. —Ante ese último comentario su pulso se aceleró, consciente de que por primera vez dispondría de una imagen real de la mujer de sus sueños. De inmediato notó el cambio en su anfitrión, que se alejó un paso de él y le miró con desconfianza.

—¿De qué está hablando, Seveages? —A Jass no le pasó desapercibido que había vuelto a las formalidades, un tratamiento que habían dejado de usar poco después de estrecharse la mano, la primera vez que se vieran.

—De que voy a buscar a tu hija y a traértela de vuelta. —La cara de absoluto asombro del hombre lo dejó indiferente, aunque algo se enterneció muy dentro de él con la pequeñísima chispa de esperanza que se prendió en aquellos ojos azules.

«Lariel». El nombre se deslizó por su paladar como un trago de *whisky*

Crown Royal Northern Harvest Rye elaborado por la destilería canadiense Crown Royal y proclamado como el Mejor *Whisky* del Mundo 2016 pocos meses atrás.

Entrando en su inmensa oficina se dirigió hacia el mueble bar, disimulado por los paneles de madera que lo hacían parecer un mueble funcional más, y abriéndolo cogió la botella redondeada con el tapón dorado en forma de corona y las pegatinas de color crema pálido e intenso verde con el distintivo sello de la corona real roja sobre el cojín púrpura. Echó una buena cantidad en el vaso, ignorando al antes afamado whisky escocés, ahora demasiado acomodado por una reputación que ya no le hacía justicia, y por lo tanto falto de innovación.

Supuso que era un poco temprano para ponerse a beber, pero se consoló pensando que no todos los días descubría uno que la deslumbrante visión de todas sus fantasías nocturnas, y de las diurnas, por qué no admitirlo, existía en el mundo real. Enterarse también de golpe de que era muy probable que estuviera muerta y descuartizada en algún minúsculo hoyo de cualquier remoto bosque tampoco ayudaba a tranquilizarle los nervios. Porque por mucho que intentara convencerse de la hipotética huida de la joven de los amorosos brazos de sus progenitores, esa posibilidad cada vez le parecía menos viable.

Había hablado con Nathaniel un buen rato, y aunque los padres tendían a idealizar a sus hijos y a creer que sus vidas eran de color de rosa, en verdad no parecía tener motivo alguno para escaparse de noche con lo puesto, sin siquiera una nota de despedida.

Por lo que sabía, había ido a una fiesta benéfica en lugar del matrimonio, puesto que ellos tenían otro compromiso. Solía hacerlo a pesar de su juventud, y Jass tuvo que apretar la mandíbula al pensar que cuando desapareció tenía solo veintiún años. Muchas personas recordaban haberla visto durante el acontecimiento –sobre todo los hombres, que estuvieron rondándola o bailando con ella durante horas–, pero no pareció que prestara especial atención a nadie en particular. Circuló por la fiesta, hablando con

unos y otros, dispensando una especie de encantamiento natural en ella, con el único objetivo de recaudar fondos para la obra de caridad de esa ocasión, que era la construcción en Queens de un colegio para niños discapacitados y, de repente, en algún momento entre las doce y media y la una, simplemente se esfumó sin dejar rastro. Su limusina seguía en la calle esperando a que saliera a las tres de la madrugada cuando el salón se quedó vacío, y fue entonces cuando empezaron a sonar las alarmas. El chofer llamó al señor Rosdahl para informarle de la situación y horas después se activó un dispositivo de búsqueda a nivel internacional, promovido por Nathaniel, que duró seis meses.

Todo eso se lo había contado él mismo hacía una hora escasa, y Jass había absorbido cada detalle como si fueran los Diez Mandamientos contados por Dios en persona.

No podía culpar al hombre por haber perdido las esperanzas y abandonado la investigación. Seis largos meses sin una sola pista, viendo cómo su mujer se consumía frente a sus ojos hasta morir entre sus brazos, habría acabado con cualquiera. Pero había logrado mantenerse en pie, a pesar de haber perdido a las dos personas que más quería en el mundo, y seguía manejando con puño de hierro una de las empresas más importantes y lucrativas del país. Quizá esa fuera la razón, sospechó. Sin poder lanzarse de lleno a los negocios día tras día, planteándose nuevos retos a cada tanto, como la fusión que ambos estaban estudiando, no le quedaría nada por lo que luchar, y se hundiría en el mar de desesperación que las pérdidas habían dejado tras de sí.

Él hablaba muy en serio cuando le dijo que la traería de vuelta, aunque no había añadido que siempre y cuando siguiera viva. Pero aun así y todo se aseguraría de que sus restos fueran repatriados para que su padre pudiera enterrarla con dignidad. Habría querido ignorar el fogonazo de dolor que le atravesó el pecho cuando ese pensamiento penetró en su subconsciente, pero llegó con tanta rapidez y lo atravesó de lado a lado con una intensidad tan arrolladora, que no supo protegerse.

Miró el vaso, aún intacto, y se lo bebió de un trago, ignorando la vocecilla

que le susurraba que esas no eran maneras de saborear el Mejor *Whisky* del Mundo del Año, y dejó escapar una desagradable risa entre dientes mientras rellenaba el vaso y volvía a vaciarlo con idéntica prisa. Bastante más relajado, se preguntó con cierta guasa qué era con exactitud lo que hacía de aquel licor el mejor, si sacar la mayor puntuación en los cuatro criterios según el incomparable Jim Murray: nariz, gusto, equilibrio y acabado de la destilación, o que dos copazos lo dejaran a uno *suavecito*. Con la botella en la mano miró dudoso el vaso vacío. Tan solo eran las diez y media y nunca, jamás, bebía a esas horas.

De repente, unos ojos claros de un azul intenso aparecieron en su subconsciente y su mano, por sí sola, llenó el vaso casi hasta el borde. Dejó la botella en el mueble para evitar tentaciones y se sentó frente a su enorme escritorio, en el que no había ni un lapicero fuera de su sitio. Dio un pequeño sorbo, apreciando esa vez las notas de suave roble, caramelo y vainilla especiada. En verdad estaba bueno, y sus entrañas agradecían el ardor del licor mientras recorría su organismo, como un bálsamo que ayudara a calmar sus demonios. Aunque no consiguiera borrar esos malditos ojazos.

La primera vez que soñó con ella se había creído un tío con suerte. En su fantasía había podido ver su cuerpo curvilíneo, sus medidas perfectas, sus vivos ojos azules, su larga melena rubio platino, sus labios succulentos y carnosos. Había sentido, aunque no lo escuchara, cómo lo llamaba, y había querido con toda su alma llegar hasta ella. Había sabido, en lo más profundo de sí, que esa mujer estaba hecha para él. Y cuando había despertado, sudoroso y anhelante, pensó que había sido el sueño erótico más extraño de su vida, puesto que no contuvo ni pizca de sexo.

La segunda vez no había tenido tanta suerte. Sus gritos de auxilio lo habían sacado de la cama de un salto. Había sentido el corazón bombeando con fuerza, golpeando contra su tórax, la respiración tan jadeante como si hubiera estado corriendo varios kilómetros. Había estado nervioso, agitado y expectante. Había sabido que solo había sido un sueño, pero aun así había tenido una sensación extraña, como si esa mujer estuviera llamándolo, y sus

palabras rondaron su mente mucho tiempo después de que se obligara a olvidar el incidente. «Ayúdame, por favor, ayúdame».

Aquellos malditos sueños aparecieron cada semana para torturarlo con un realismo espeluznante, y su cariz se volvió cada vez más urgente, denotando un peligro mayor, lo que le provocó una angustia alojada en su pecho que no conseguía eliminar, aunque con las primeras luces del alba su cerebro, siempre tan lógico, lo obligaba a ocultarla tras una cortina de sentido común y cautela.

A veces, no sabía si por suerte o por desgracia, había noches en que la historia empezaba de otro modo, y se convertía en el sueño húmedo más caliente de toda su vida. Entonces se despertaba excitado y anhelante, tenso y duro como el acero, y deseando golpear algo con fuerza.

Durante esos largos ocho meses siempre tuvo claro que se trataba de fantasías nocturnas provocadas por la necesidad de una mujer bajo él, ya que su absorbente trabajo no le dejaba mucho tiempo para el sexo.

Pero una mirada a aquella maldita fotografía y todas esas mentiras que había estado pergeñando para mantenerse cuerdo se habían ido al traste.

Hizo ademán de tomarse su tercer lingotazo del día, pero lo dejó sobre la mesa con un golpe sordo. Necesitaba tener la cabeza despejada. Sacó el iPhone del bolsillo interior de su americana y pulsó un número de la lista de marcación rápida, poniendo el manos libres mientras empezaba a teclear en su moderno ordenador. Tan solo dio un timbre cuando se escuchó una voz al otro lado.

—¿Qué hay, chico? —A pesar de cómo se sentía, sonrió. Tenía veintisiete años y era el dueño de una de las empresas líder en tecnología, tanto de Estados Unidos como a nivel mundial. Hacía mucho que había dejado de ser un chico, pero a su interlocutor le encantaba utilizar esa palabra como un apodo, quizá porque sabía cómo lo había detestado cuando verdaderamente lo merecía. Era muy probable que siguiera llamándolo así porque pensara que seguía molestándole, y no tenía ninguna intención de sacarlo de su error.

—¿Estás muy ocupado?

—Qué va. Esto está más tranquilo que una pensión de prostitutas con gonorrea. —Jass contuvo una carcajada—. ¿Qué necesitas? —Se limitó a preguntar, ya que le conocía desde el día que nació. Aun así, dudó porque lo que iba a pedirle traería graves consecuencias, pero aquellos ojos grandes y dulces aparecieron de nuevo y todo lo demás dejó de tener importancia.

—Quiero que prepares un equipo de asalto. —El silencio al otro lado de la línea le hizo contener la respiración. No había pensado que se negaría, sin embargo, en ese momento le parecía una posibilidad muy real.

—¿Y puede saberse para qué, exactamente, un pijo como tú necesita un equipo con conocimientos militares?

—No me jodas, Rolland.

—Y tú no me vengas con hostias, muchacho. Tendrás que darme algo más que una orden nebulosa para que me meta en la boca del lobo a pecho descubierto. —Jassmon se pasó la mano por el pelo y maldijo para sí. Ya sabía que tendría que contárselo, así que ¿por qué estaba montando ese numerito de «Aquí mando yo y se hace lo que yo digo»? «Porque tiene el poder de conseguirte lo que necesitas». Y lo acojonaba que se lo negara.

—Está bien. Es una operación encubierta...

—Todas lo son, cachorro. Ahora suelta lo que no sé. —Jass inspiró profundo mientras su mirada se perdía entre la multitud de edificios que conformaban el distrito financiero y que los enormes ventanales acristalados que ocupaban todo un lado de la espaciosa oficina situada en el piso ochenta y dos mostraban con un esplendor demoledor, pero no reparó en las espectaculares vistas, ni su imagen contribuyó a relajarlo, como solía ocurrirle de manera habitual.

—La hija de un socio potencial desapareció hace un año, y antes de cerrar el trato quiero tener claro qué pasó. Cada vez se hace más evidente que la secuestraron durante una fiesta en el Waldorf Astoria, con más de trescientos invitados de entre lo más granado del *jet set* de Nueva York.

—¿Y qué tiene eso que ver con reunir a un equipo?

—Aún es circunstancial, pero podría ser que se la hubieran llevado a

Arabia. —Un silencio espeso se coló a través del cable del teléfono.

—¿Quieres que meta a mis hombres en Oriente Medio para rescatar a la polluela de un posible socio comercial? ¿Pero quién te crees que eres, Rambo? —Jassmon entrecerró los ojos, algo irritado por la burla.

—Es complicado, Ro. Pero sí, esa sería la versión oficial.

—¿Y cuál es el verdadero motivo de esta locura?

—Con lo que voy a pagar por este trabajo, espero que sirva con la que te he dado —contestó con brusquedad.

—Puede que al resto, pero no a mí.

—Bien, ¿y qué tal que unos putos árabes se han llevado a una de nuestras mujeres? —exclamó a voz en grito—. ¿Necesitas mucha imaginación para darte cuenta de para qué la quieren esos cabrones?

—Cálmate, chaval, aún no sabes si esa historia es cierta y ya estás echando pestes sobre esa gente. —Jass respiró hondo, intentando aceptar el consejo, pero la imagen de la joven, con su largo pelo rubio, sus ojos azules, y su piel blanca e inmaculada, todas ellas características sumamente apreciadas y deseadas en un país en el que solo existía todo lo contrario, le provocaron un escalofrío de terror—. ¿Qué es lo que no me estás contando? —le oyó preguntar con voz suave.

—Déjalo estar, Ro. Sabes que mi instinto raras veces me ha fallado. — Esperó, con todos los músculos en tensión, durante el larguísimo minuto que su amigo se mantuvo callado.

—Si de verdad la tienen allí, va a ser un infierno sacarla. —Jass dejó escapar el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta y sus dedos volvieron a moverse, volando sobre el teclado.

—Lo sé.

—Reunir un equipo para enfrentarse a una misión suicida me va a costar lo suyo, sobre todo si no quieres que involucre a tu padre, como supongo que es el caso.

—Mantenlo al margen —confirmó con voz helada—. No he conseguido

recopilar mucha información de momento, pero estoy mandándote todo lo que tengo. La pista más consistente es un colgante bastante valioso que siempre llevaba consigo y que apareció hace diez meses en una casa de empeños de Riad.

—¿Lleva algún grabado que lo identifique como de la chica?

—No, pero al parecer es de Chopard. —Como el viejo no contestó nada se apresuró a añadir—. Es un renombrado diseñador de joyas. Y donde nos sonrío la suerte es que fue un encargo específico de sus padres, por lo que no hay otro igual en el mundo.

—Un detalle muy conveniente, por cierto —acordó su amigo—. Supongo que has descartado que la muchacha se marchara por propia voluntad. —Jass lo pensó durante una fracción de segundo.

—Sí.

—Bien. Empezaré a trabajar en ello en cuanto lo reciba. Dudo que saquemos algo de los asistentes a la fiesta, sobre todo teniendo en cuenta que ha pasado un año. La mayoría estarían demasiado borrachos como para ver algo más que el fondo de sus copas y el resto o bien se encontrarían muy ocupados agasajando a los peces gordos o simplemente dejándose ver. Esas fiestas son un circo.

—Estoy seguro de que mis congéneres apreciarían mucho tu elevada opinión de ellos. —Escuchó el gruñido del hombre mayor.

—A veces olvido que eres uno de ellos, pijito. Y hablando de dinero, que es lo único que podrá convencer a esos hombres de unirse a tu alocado plan...

—Ofrécele medio millón a cada uno —lo cortó, tajante. El silbido apreciativo no lo sorprendió. Era una condenada fortuna.

—¿En cuántos estás pensando?

—No podemos llevar un maldito ejército o supondremos un blanco tan fácil que lo mismo daría si lleváramos una gran equis en la espalda, pero necesitamos los suficientes como para representar una fuerza de ataque a la vez que defensiva. Creo que con una docena bastará.

—Joder, eso son seis millones. Y súmale otro en infraestructura, sobornos y desarrollo. Y eso gracias a lo que vamos a ahorrarnos con tus juguetitos de última tecnología.

—No te preocupes por el dinero. Concéntrate en conseguir once tíos que sepan lo que hacen y que no duden en jugársela en ese desierto. No voy a regalarle medio kilo a nadie. —Cerró los ojos un instante antes de soltar la bomba final—. Yo seré el número doce.

—Y una mierda. —La frase, si era que podía denominársela así, fue dicha en voz muy baja, pero la agresividad de las palabras fue tan patente que Jass sintió un pequeño nudo en la garganta. Ese hombre había sido su mentor, su superior, y un segundo padre para él, y había aprendido desde muy joven cuándo era mejor no jugársela al duro coronel—. No vas a ir allí.

—Claro que sí. Es mi misión y pienso ir, así que no gastes saliva.

—Mira chico, tu padre me descerrajaría un tiro entre ceja y ceja si permitiera que arrastraras tu digno culito de Harvard por el reino de Salmán bin Abdulaziz, así que quítatelo de la cabeza.

—Tendrás que vivir con eso, *viejo*. —Jassmon enfatizó la última palabra para devolverle lo de chico, disfrutando al imaginarlo echando humo por la nariz al escuchar la pulla—. Porque no voy a cambiar de opinión. Además, así te evitas contratar a un piloto. —Se cruzó de brazos, consciente de que aquella era una gran baza a su favor. Rolland sabía muy bien que era capaz de hacer volar cualquier cosa con un par de alas.

—Eso no es ni la mitad de difícil que mantener al teniente general ajeno a todo este embrollo del demonio. Así que mejor te quedas probando tus *tablets* y chucherías antes de que papá se enfade. —No se ofendió en lo más mínimo por sus palabras despectivas. Estaba más que acostumbrado a que aquel hombre aprovechara cualquier estrategia para conseguir lo que quería, y en el pasado había utilizado aquella en particular demasiadas veces para picarlo y llevarlo de la nariz de un sitio a otro, como un maldito mono amaestrado.

—Tengo que hacerlo —susurró en cambio, y supo que lo había escuchado porque su interlocutor dejó escapar un suspiro cansado.

—Venga, Jass, no te encabezones, hombre. Esta es una misión peligrosa, no una excursión a un sitio exótico. Espero que al menos la mitad de los hombres no regrese. —Permanecieron un momento en silencio, asimilando la realidad. Ambos sabían que era lo más factible, así como también que, a pesar de las altas probabilidades de no salir con vida de aquello, conseguiría los hombres que necesitaban.

—Sabes que tengo entrenamiento militar. El hecho de que no dedique mi vida a ello no significa que lo haya olvidado. Y si te preocupa que no esté en forma...

—No es eso, maldita sea. Sé que eres el rey del gimnasio, cuando tu ayudante y tu secretaria consiguen echarte de la dichosa oficina, pero Arabia no es lo mismo que el entrenamiento básico de la Fuerza Aérea. Allí te verás obligado a matar o ver morir a tus compañeros, incluso palmarla tú mismo o esa señorita a la que tanto deseas rescatar. ¿Estás preparado para eso, muchacho? ¿Serás capaz de quitar una vida humana, quizá veinte? —No pudo darle una respuesta rápida y contundente. Aquella había sido una de las principales razones por las que había rechazado esa forma de vida, para gran disgusto de su padre. Un pequeño bip anunció la llegada de un email a su bandeja de entrada. Lo abrió sin mucho interés y se quedó sin respiración cuando una fotografía del rostro de Lariel acaparó toda la pantalla. Nathaniel se había apresurado a mandarle todo lo que le había pedido, a juzgar por la cantidad de archivos que había adjuntado. Rozó la pálida mejilla como si realmente la tuviera allí, frente a él.

—Haré lo que haga falta —juró, deseando más que nada en la vida poder enfrentarse a esos ojos en persona.

—Joder, Jass. Vas a hacer esto aunque no te apoye, ¿verdad?

—Sí. —Casi pudo ver cómo el otro se mesaba el cabello, exasperado.

—Está bien. Puedes ahorrarte mis quinientos mil también. En cuanto...

—Ni hablar. Tú no vienes.

—¿Qué has dicho?

—Ya lo has oído, así que déjate de gilipolces. —Sentía el corazón a mil

por hora y sabía bien a qué era debido. Se llamaba miedo. El propio Rolland había dicho que aquella era una misión suicida, y por nada del mundo iba a permitir que el hombre al que quería como a un padre terminara enterrado bajo unas pocas paladas de tierra en un asqueroso desierto.

—Chico, si estás empeñado en jugarte el tipo en ese país de mala muerte, no me queda más remedio que ir a cuidar de tu culito neoyorquino. Ya es bastante malo engañar a Daymond, pero tener que informarle de que tu cuerpo viene en un ataúd cerrado o, peor aún, que ha sido imposible reunir tus trozos y transportarlos a casa... Me encargaré de traerte de vuelta, aunque sea lo último que haga. Así que hazte a la idea y pasemos a temas más importantes.

—Te he dicho que no...

—O cuentas conmigo o no hay trato. —El filo acerado de su voz le dijo que aquella condición era innegociable. Sopesó sus posibilidades. Podía buscar un equipo por su cuenta, pero sabía que no sería ni por asomo tan bueno como el elegido por Rolland, y las posibilidades de supervivencia de todos, incluidas las de la señorita Rosdahl —a la que él no debería haberse acostumbrado a llamar por su nombre de pila—, menguarían de forma notable.

—¿Cómo se supone que harás para salir de la base?

—Tengo vacaciones como todo el mundo, y me deben un montón de días que nunca encuentro el momento de cogerme. No te preocupes, estaré listo. —Le fastidió el tono jovial que detectó en la voz del coronel cuando supo que lo había derrotado, y decidió que era el momento de pinchar su burbuja de alegría.

—Estaba pensando...

—¿Humm?

—...en un C-130 H Hércules.

—¿Quieres un Lockheed 130? —preguntó el otro incrédulo—. ¿Y dónde cojones piensas que voy a conseguirlo? —Jass no respondió. Claro que no hizo falta—. ¿Pretendes que robe un avión de transporte táctico de treinta millones de dólares de la base de las Fuerzas de la Marina del Atlántico?

—Robar es una palabra muy fea. Más bien espero que lo lleves a arreglar.  
—Por el silencio que se hizo al otro lado supo que estaba sopesándolo.

—No será nada fácil. —Se obligó a no reírse. Le encantaba la facilidad del viejo para adaptarse a las situaciones—. Esos bichos están muy vigilados, y tendré que pedir un favor muy gordo para que en el informe figure un destrozo lo suficientemente grande como para que esté fuera de circulación el tiempo que precisamos.

—¿Y ese pedazo de soborno no irá a parar por casualidad a un competente ingeniero de vuelo? —La ronca carcajada del otro hombre lo hizo sonreír.

—Chico listo. Tengo al tipo perfecto para ese puesto, competente y temerario, justo lo que necesitamos. Y con un desmedido amor por el dólar. Claro que con tu elección de transporte me obligas a buscar a un segundo piloto.

—Olvídalo. Yo llevaré el Lockheed.

—¿Estás loco? Ese avión necesita de dos pilotos, además de un ingeniero, un [navegante](#) y un jefe de carga. Ya vamos a prescindir del último, pero no vas a pilotar tú solo un trasto que con todo el equipo pesará más de cuarenta mil kilos.

—Bastante más. Necesitaremos tanques de combustible externos para recorrer esa distancia de un tirón. De todos modos puedo hacerlo.

—Y yo puedo tirarme al grupo de animadoras de los Yankees al completo en lo que dura un partido —Le espetó con arrogancia—. Así que iré buscando otro piloto, por si resultas herido y al final todos morimos porque no puedas levantar el puto avión del suelo. —No le quedó más remedio que aceptar que tenía razón. Cabía la posibilidad de que quedara incapacitado para pilotar, o podía morir y entonces estaría condenando al resto a buscar otra forma de salir de un país hostil, con el posible resultado de terminar como él.

—De acuerdo —aceptó, aunque ambos sabían cuánto le había costado hacer aquella concesión.

—Dios, en menuda me he metido. Si tu padre no me mata por permitir que

te embarques en esta locura, me sacará las tripas por la boca por saquear la propiedad de la Marina de los Estados Unidos. De una forma u otra estoy jodido.

—Míralo de este modo. Con tu medio millón podrás retirarte en una bonita y cálida playa de Honolulu.

—¿Eh? ¿Y para qué narices querría yo jubilarme? —preguntó en extremo indignado.

Bastante rato después de haber colgado, Jass miraba por la ventana sumido en sus pensamientos, intentando embeberse de la belleza que se extendía a sus pies como una alfombra multicolor. Aquello fue lo que lo convenció de comprar toda la planta del edificio, más que el hecho de poner en sus tarjetas el número 285 de la calle Fulton, o de contestar a sus amigos o posibles clientes que la sede central de su empresa estaba ubicada en el One World Trade Center, lo que siempre los hacía enarcar una ceja con admiración y, por qué no admitirlo, bastante envidia.

Cuando sus anteriores instalaciones en Los Ángeles se quedaron pequeñas y empezó a buscar otro emplazamiento, en ningún momento se le pasó por la cabeza hacerlo en Nueva York, y mucho menos en el emblemático edificio, pero tras hacer oídos sordos durante semanas a la insistente y famosa empresa que contrató, por fin, sobre todo porque ninguno de los otros lugares que le mostraron lo convenció, accedió a ver el sitio, y lo cierto era que se enamoró al instante de las increíbles vistas, expuestas al desnudo por las enormes cristalerías desde el suelo hasta el techo. Le gustaba considerarse a sí mismo un hombre moderno y cosmopolita, por lo que la fachada de paneles de acero y vidrio, y la estructura cuadrada de la base que iba volviéndose octagonal según subía, para volverse otra vez cuadrada al llegar al tejado, lo cual causaba la percepción visual de que las diferentes plantas del edificio iban girando en su ascensión, y que parecía además plata líquida cuando el sol incidía en ella, sencillamente le fascinaba.

Apoyó las dos manos en el frío cristal, luchando contra los frenéticos latidos de su corazón, contra su analítica y siempre lógica mente, contra las

advertencias de Rolland, incluso contra su padre, el gran teniente general Daymond Seveages, al que incluso sin estar allí podía escuchar decirle que aquello era una soberana estupidez, mucho más que haber abandonado las Fuerzas Aéreas para ponerse a jugar con chismes electrónicos, aunque unos cuantos de esos «trastos» fueran a parar a las ansiosas manos del Gobierno, y lo que su padre consideraba un *hobby* tonto le hubiera reportado a su cuenta corriente más millones de los que sería capaz de gastarse en diez vidas.

Aun así, por mucho que lo intentó, no pudo convencerse de parar esa locura.

Tenía que ir tras su sueño de ojos azules.